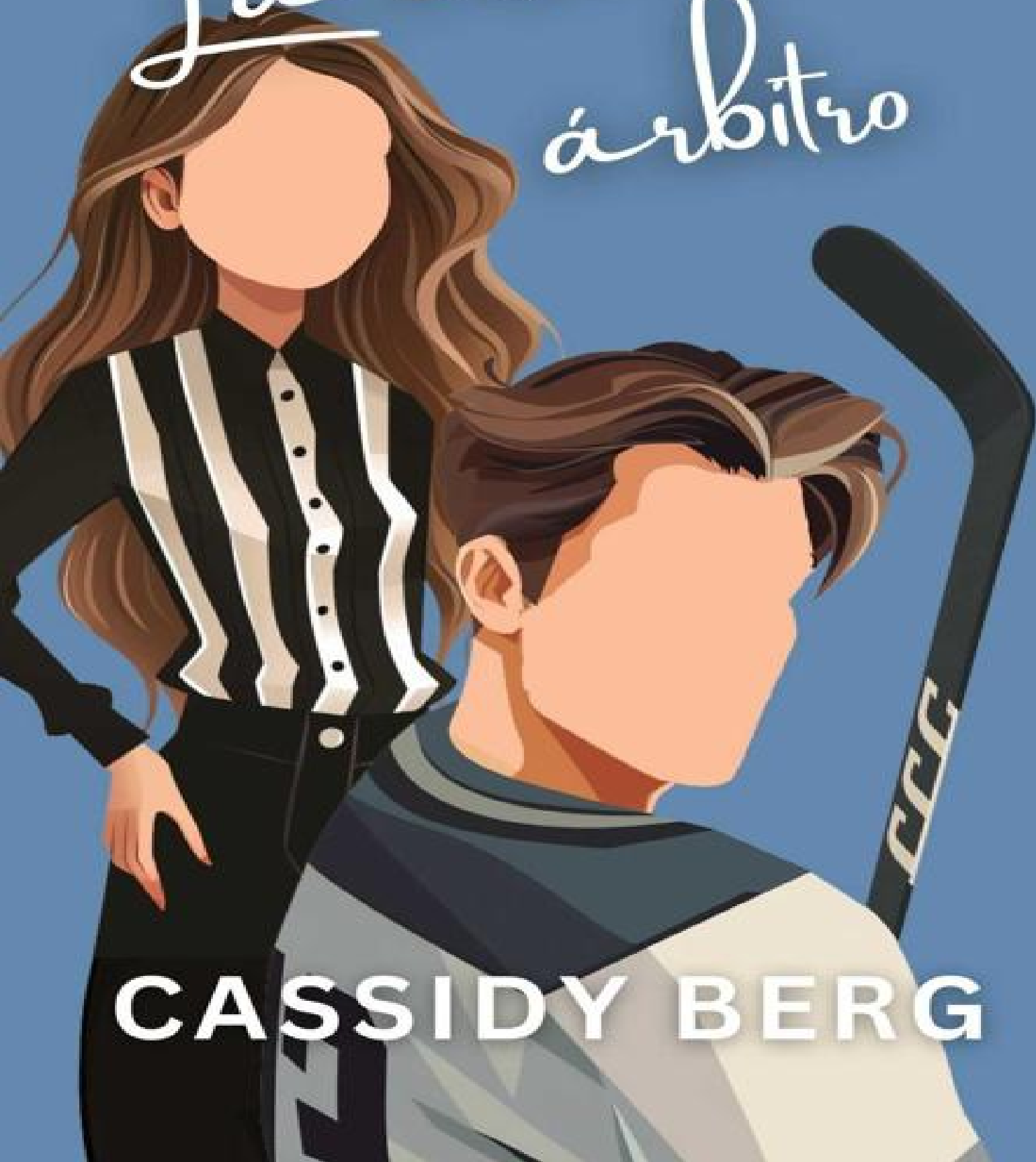


La cita del árbitro



CASSIDY BERG

La cita del árbitro

Corazones helados

Por Cassidy Berg

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres o personajes, empresas o lugares, sucesos o incidentes son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o sucesos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este eBook puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor.

2024 Cassidy Berg
Publicado por Entrada Publishing.

♡ Capítulo 1 ♡

La puerta de los vestuarios se abre de golpe, acallando la charla en el interior. El imponente cuerpo de Mike Donovan llena el umbral de la puerta y su estatura de 1,90 metros proyecta una sombra sobre la habitación. Sus penetrantes ojos azules recorren los rostros de sus compañeros de equipo, una mezcla de veteranos curtidos y novatos con los ojos muy abiertos. El aire cruje de tensión cuando Mike se dirige a su puesto.

Deja caer la bolsa con un ruido sordo y comienza el ritual de prepararse. El olor familiar del cuero y el sudor le envuelve mientras se pone la camiseta de entrenamiento. Cerca de él, algunos novatos le dirigen miradas, sus conversaciones en voz baja se apagan en su presencia.

Mientras Mike se ata los patines con precisión, unos pasos se acercan. Levanta la vista y se encuentra con Ryan O'Neill, el último fichaje estrella del equipo, rondando nervioso.

"¿Sr. Donovan?" Ryan balbucea. "Esperaba que tal vez pudiera darme algunos consejos sobre posicionamiento defensivo".

Los ojos de Mike se entrecierran, evaluando al chico. Después de un momento, gruñe. "Vigila tus huesos. No dejes que te pisen. Y por el amor de Dios, mantén la cabeza alta".

Ryan asiente con entusiasmo, absorto en cada palabra. Mike vuelve a sus patines, pero añade bruscamente: "Trabajaremos en ello durante los entrenamientos".

Una pequeña sonrisa se dibuja en el rostro de Ryan mientras se retira.

Sobre el hielo, la lucha se intensifica. Mike rastrea el disco, con los músculos tensos como muelles. Ve su oportunidad y ataca. Su hombro impacta con una fuerza aplastante, lanzando a un compañero más joven por el hielo. El jugador se desliza hasta detenerse, jadeando.

Desde el banquillo, llega la voz ronca del entrenador Bear. "¡Así se hace, chicos! ¡Tomad nota!"

Mike ayuda a su compañero a levantarse con una palmada en la espalda. "Camina, chico. Vivirás".

Más tarde, en la sala de pesas, el tintineo del metal puntúa los gruñidos de esfuerzo de Mike. El sudor le corre por la cara mientras levanta un peso que haría temblar a la mayoría de los hombres. Sus brazos tiemblan con el esfuerzo de la última repetición.

Cerca, un grupo de jugadores más jóvenes observan atónitos.

"Jesús", susurra uno. "¿Es siquiera humano?"

Otro sacude la cabeza. "Por algo le llaman 'Iron Mike'".

Mike ignora la charla, concentrado únicamente en su agotadora rutina. Cada repetición, cada gota de sudor, es un testimonio de la ética de trabajo que ha definido su carrera. Cuando hace

sonar las pesas, Mike se permite una pequeña sonrisa de satisfacción.

¿De la vieja escuela? Tal vez. Pero hay una razón por la que ha sobrevivido tanto tiempo en un juego de jóvenes.

La sala de reuniones del equipo bulle con la energía de la pretemporada. Mike se encorva en su silla, escuchando a medias el discurso habitual del entrenador Bear. De repente, una frase atraviesa sus pensamientos.

"...primera mujer árbitro de la NHL, Samantha Merritt."

El cuerpo de Mike se pone rígido. Se agarra al asiento y aprieta tanto la mandíbula que podría romperse un diente. La sala gira con una charla excitada, pero Mike solo oye un rugido sordo.

"Tiene que ser una broma", murmura en voz baja.

Después del entrenamiento, Mike apenas se ha quitado la ropa cuando le ponen un micrófono en la cara. Los ojos ansiosos del reportero brillan con el aroma de la controversia.

"¿Qué opinas del nombramiento de Samantha Merritt, Mike?"

Debería morderse la lengua. Lo sabe. Pero las palabras salen de todos modos.

"Es un truco publicitario", gruñe Mike. "Esto no es una contratación de diversidad. Es la NHL. ¿Crees que una mujer puede soportar a tipos de doscientos kilos golpeándose contra las tablas? Por algo siempre han sido hombres".

La sonrisa del periodista se ensancha. A Mike se le revuelve el estómago. Sabe que acaba de encender una mecha.

Horas más tarde, Mike se inclina sobre la barra de O'Malley's, tomando su tercera cerveza con algunos miembros de su equipo. El televisor parpadea con la pulida sonrisa del comisario Hendricks.

"...el compromiso de hacer el hockey accesible a todos..."

Mike se burla y se da la vuelta. "Accesible, una mierda", refunfuña sin dirigirse a nadie en particular. "¿Qué será lo próximo, patinadores artísticos como ejecutores?"

Algunos compañeros se ríen nerviosamente, pero el malestar es intenso.

La mañana siguiente llega como un tren de mercancías. Mike apenas ha cruzado las puertas de la pista cuando su teléfono explota. Las notificaciones inundan su pantalla: tweets, comentarios, mensajes. Todo sobre su entrevista.

"¡Dinosaurio misógino!"

"¡Ponte al día, Donovan!"

"#FireIronMike"

Con un gruñido, mete el teléfono en su taquilla. El satisfactorio golpe de metal contra metal no ayuda a calmar la agitación de sus tripas.

Se suponía que este era su juego. Su mundo. Ahora tiene la sensación de que se le va de las manos y se aferra a fantasmas del pasado.

El resplandor azul de la sala de vídeo baña el ceño fruncido de Mike, que se inclina con los ojos fijos en la pantalla. Samantha Merritt se desliza por el hielo, con su silbido agudo y decisivo. Mike aprieta la mandíbula en busca de errores, pero no encuentra ninguno.

"Maldita sea", murmura, rebobinando el vídeo. Observa a Samantha sortear una melé con facilidad y salir con el instigador a cuestras. Su posicionamiento es impecable.

Mike se sienta y se pasa una mano por el pelo. "Es buena", admite ante la habitación vacía, las palabras le saben a derrota.

Más tarde, la reunión de jugadores se convierte en un caos. La voz de Ryan O'Neill se eleva por encima del estruendo.

"¡Donovan tiene razón! Una mujer no tiene lugar..."

"¡Cállate, O'Neill!" Alex Chen, su veterano portero, interrumpe. "Tu mentalidad de dinosaurio no tiene cabida aquí".

La sala se divide, los gritos resuenan en las taquillas. Mike se levanta y su silla chirría con fuerza.

"Esto es una mierda", gruñe, dirigiéndose a la puerta.

En el pasillo, casi se inclina sobre una mujer menuda con una acreditación de prensa. Zoe Rodriguez, sus ojos se iluminan ante la primicia que se despliega ante ella.

"¡Mike! ¿Te importaría comentar la división del equipo sobre...?"

"Sin comentarios", gruñe Mike, pasando de largo. Las preguntas de Zoe se desvanecen mientras él se aleja a grandes zancadas, con una tormenta de emociones en el rostro a la que no sabe poner nombre.

Horas después, el estadio está vacío y oscuro. El roce de los patines de Mike resuena en el espacio cavernoso mientras se desliza en círculos lentos y sin rumbo. Su mente se acelera, repitiendo los acontecimientos del día en un bucle sin fin.

Al acercarse al centro del hielo, Mike se frena. Su mirada se posa en el pliegue del árbitro, vacío ahora pero que pronto será el dominio de Samantha Merritt. Se detiene y mira fijamente ese pequeño trozo de hielo como si en él se encontraran las respuestas a las preguntas que teme

formular.

Por un momento, sólo un parpadeo, la duda cruza las curtidas facciones de Mike. El juego que ama está cambiando. ¿Se ha quedado atrás? ¿O es él la última línea de defensa de una tradición que merece la pena preservar?

Mike se aleja a toda velocidad. Las preguntas persisten, sin respuesta, mientras desaparece entre las sombras de la arena.

♡ Capítulo 2 ♡

El zumbido eléctrico del estadio llena los oídos de Samantha Merritt cuando se pone delante del espejo de cuerpo entero del vestuario de árbitros. Su reflejo le devuelve la mirada: una mujer con una camiseta a rayas, preparada para hacer historia. Se ajusta el uniforme blanco y negro, sus manos tiemblan ligeramente mientras alisa arrugas invisibles.

"Lo tienes, Sam", se susurra a sí misma, respirando hondo para calmar su acelerado corazón. Años de entrenamiento, innumerables partidos arbitrados y toda una vida probándose a sí misma la han llevado a este momento. Esta noche se convertirá en la primera mujer árbitro de la Liga Nacional de Hockey.

Cuando Samantha sale al pasillo, la envuelven los sonidos familiares de una arena bulliciosa. Pero esta noche, algo es diferente. Voces silenciosas y miradas curiosas la siguen mientras avanza por los sinuosos pasillos.

"¿Es ella?", oye susurrar a alguien.

"No puedo creer que dejen hacer esto a una mujer", murmura otra voz.

Samantha acelera el paso y aprieta la mandíbula mientras asimila los comentarios. Esperaba que hubiera resistencia, pero la realidad todavía le escuece. A cada paso que da, siente que se le va poniendo cara de juego: la expresión severa e imperturbable que ha perfeccionado a lo largo de años de enfrentarse a los que dudan.

La reunión de oficiales previa al partido se celebra en una pequeña sala junto al pasillo principal. Al entrar, Samantha percibe inmediatamente un cambio de energía. Sus compañeros saludan con la cabeza, pero es la presencia del entrenador Thomas "Grizzly" Bear la que domina la sala. El carácter rudo del legendario entrenador parece aún más pronunciado cuando sus ojos se posan en Samantha, sin apenas reconocer su presencia.

"Buenas noches, caballeros", gruñe el entrenador Bear, ignorando deliberadamente la presencia de Samantha. "Mantengamos este juego limpio y rápido. No quiero que ninguna llamada innecesaria nos ralentice".

Samantha siente que sus mejillas se ruborizan, pero mantiene una expresión neutra. Se concentra en las instrucciones del árbitro principal y repasa mentalmente los protocolos y las señales que utilizarán durante el partido.

Al término de la reunión, Samantha se prepara para el siguiente reto: la habitual revisión del equipo en el vestuario del equipo local. El ambiente cargado de testosterona la golpea como una ola al entrar, el silencio repentino en las conversaciones deja claro que su presencia no es bienvenida.

Sus ojos recorren la sala y se posan en Mike Donovan. El veterano defensa es una leyenda del hockey, conocido tanto por su estilo de juego de la vieja escuela como por sus francas opiniones

sobre las tradiciones de este deporte. Cuando sus miradas se cruzan, los ojos azules de Mike se convierten en hielo. Le sostiene la mirada un momento antes de darle la espalda deliberadamente, un claro mensaje de falta de respeto.

Samantha traga saliva y reprime el dolor y la ira que amenazan con aflorar. Tiene un trabajo que hacer y no va a dejar que nadie, ni siquiera "Iron Mike" Donovan, la intimide.

"Buenas noches, caballeros", dice con voz clara y profesional. "Voy a realizar la revisión del equipo ahora. Por favor, tengan su equipo listo para la inspección".

Mientras se mueve por los vestuarios, comprobando meticulosamente el equipamiento de cada jugador, Samantha siente el peso del escrutinio sobre sus hombros. Pero cada equipo que inspecciona, cada reglamento que hace cumplir, la lleva más a su elemento. Para eso está aquí, no para ganar un concurso de popularidad, sino para garantizar la integridad del deporte que ama.

Samantha se acerca a Ryan O'Neill, el prometedor novato del equipo. Le coge el palo y se dispone a comprobar sus medidas y el trabajo de la cinta.

"Genial, ahora tenemos chicas acariciando nuestros palos", murmura Ryan en voz baja, lo suficientemente alto como para que Samantha lo oiga.

Samantha se queda paralizada, las palabras la golpean como una bofetada. Abre la boca para responder, pero antes de que pueda hacerlo, una voz ronca rompe la tensión.

"Cállate, O'Neill", suelta Mike Donovan, su tono es lo suficientemente agudo como para hacer que el novato se estremezca. "Sólo está haciendo su trabajo. Muestra algo de respeto por el maldito proceso, por lo menos".

Samantha abre los ojos, sorprendida. Mira a Mike, pero su rostro está impasible, ya se ha dado la vuelta. No ha sido exactamente un espaldarazo, pero la inesperada defensa la deja momentáneamente sin habla.

Para cuando termina la inspección, los nervios de Samantha se han asentado en la familiar concentración previa al partido. Al salir de los vestuarios, Mike Donovan vuelve a mirarla. Esta vez, no aparta la mirada. En su lugar, le hace un pequeño gesto de confianza con la cabeza.

Que duden de ella. Que cuestionen su presencia. Samantha Merritt está aquí para arbitrar un partido de hockey, y eso es exactamente lo que va a hacer.

Tras completar rápidamente la inspección, Samantha se retira a un rincón tranquilo de la sala de oficiales. Sus manos tiemblan ligeramente cuando saca su teléfono, buscando un momento de consuelo antes de enfrentarse a la multitud. Un mensaje de su madre, Evelyn, ilumina la pantalla:

"Has trabajado muy duro para esto, cariño. Pase lo que pase ahí fuera, estoy muy orgullosa de ti. ¡Muéstrales lo que una mujer Merritt puede hacer!"

A Samantha se le nubla la vista al leer el mensaje y se le hace un nudo en la garganta. Se permite

un breve momento de vulnerabilidad, sacando fuerzas del apoyo inquebrantable de su madre. Luego, cuadrando los hombros, guarda el teléfono. Ha llegado el momento.

El camino hacia el hielo parece interminable y a la vez demasiado corto. A medida que Samantha se acerca al túnel, el rugido de la multitud se hace más fuerte, un intimidante muro de sonido. Se detiene en la entrada, con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos.

Le llama la atención un movimiento en el palco de prensa. Allí, inclinada sobre la barandilla, está Zoe Rodríguez. El rostro de su mejor amiga se ilumina de emoción cuando devuelve la mirada a Samantha. Zoe levanta el pulgar con entusiasmo, con una sonrisa amplia y alentadora.

Samantha no puede evitar devolverle la sonrisa. La presencia de Zoe es un poderoso recordatorio de por qué este momento es importante, no sólo para ella, sino para todas las chicas a las que alguna vez les han dicho que el hockey no es para ellas. Con renovada determinación, Samantha pisa el hielo.

El aire frío le golpea la cara cuando sale a calentar. El estadio parece contener la respiración, miles de ojos siguen cada uno de sus movimientos. Samantha siente el peso de sus miradas, la mezcla de curiosidad, escepticismo y hostilidad en el ambiente.

Samantha respira hondo y comienza su rutina de calentamiento. Se pone en marcha, ganando velocidad a medida que rodea la pista. Con facilidad practicada, ejecuta una serie de giros cerrados, demostrando la agilidad que la ha llevado hasta aquí. Sus paradas lanzan salpicaduras de hielo, nítidas y precisas.

Mientras se mueve, Samantha siente que se apodera de ella una calma familiar. Este es su elemento. En el hielo siempre se ha sentido más a gusto, más ella misma. Con cada grácil maniobra, afirma en silencio su derecho a estar aquí, su pericia evidente en cada movimiento.

Por el rabillo del ojo, Samantha ve a Mike Donovan observándola. Su expresión es ilegible, pero hay una concentración en su mirada que antes no existía. Samantha lo mira durante un breve instante antes de apartar la mirada y continuar con su calentamiento.

Suena el silbato que indica el final del periodo de calentamiento. Mientras Samantha patina hacia su posición y las jugadoras se alinean, se da cuenta de que el ánimo del público ha cambiado ligeramente. Sigue habiendo muchas caras de escepticismo, pero también nota asentimientos de aprobación e incluso algunas sonrisas alentadoras.

El estadio enmudece cuando suenan las primeras notas del himno nacional. Samantha se yergue en el centro del hielo, con la mirada fija en la bandera que ondea suavemente en lo alto. La melodía le resulta familiar, pero esta noche tiene un peso que nunca antes había sentido.

Mientras suena la canción, los ojos de Samantha se desvían hacia el palco VIP. Allí, Patricia Hendricks, comisionada de la NHL, la observa con la intensidad de un halcón. Sus miradas se cruzan durante un breve instante. Hendricks asiente levemente con la cabeza, con una expresión ilegible. A Samantha se le revuelve el estómago. La apuesta de la comisaria por ella conlleva expectativas muy altas.

Termina el himno y los jugadores toman posiciones. Mike Donovan pasa deslizándose, su voz baja y cortante. "No la cagues, novato".

Samantha aprieta la mandíbula, pero se enfrenta a su fría mirada sin inmutarse. "Guárdatelo para el partido, Donovan", replica, con un tono frío y profesional.

Un destello de algo pasa por la cara de Mike. ¿Sorpresa? ¿Respeto? Se aleja patinando antes de que ella pueda decidir.

El estadio contiene la respiración cuando Samantha levanta el disco. El tiempo parece ralentizarse. Se fija en la escena: las tensas posturas de los centrales, el público inclinado hacia delante, el brillo del hielo fresco bajo las luces. El peso del momento se asienta sobre sus hombros. Esto no es sólo un partido. Es historia.

El disco se le cae de la mano.

¡Crack! La madera choca con el caucho con un sonido que resuena por toda la arena. Los cuerpos chocan. El juego estalla en un movimiento frenético.

Samantha arranca con movimientos fluidos y precisos. Se desliza hacia atrás, con el silbato preparado y la mirada fija en el disco. La conocida descarga de adrenalina corre por sus venas.

Cuando se adapta al ritmo del juego, una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. Los nervios, las dudas, la presión, todo se desvanece. Porque aquí y ahora, Samantha Merritt está exactamente donde debe estar.

♡ Capítulo 3 ♡

El estadio vibra con una expectación eléctrica, un polvorín de tensión a punto de estallar. Samantha Merritt se desliza hasta su posición, con sus patines trazando delicados arcos sobre el hielo recién repavimentado. Prácticamente puede saborear la animosidad entre Mike Donovan y el delantero estrella del equipo contrario, Tyler "El Martillo" Hammond.

Samantha mira a los dos hombres, observa cómo agarran los bastones con los nudillos en blanco y cómo sus cuerpos se tensan como muelles a punto de romperse. Respira hondo y se centra. Este cara a cara podría cambiar la trayectoria del partido y ella tiene que estar muy atenta.

"Manténganse limpios, caballeros", advierte, con una voz de acero que contradice sus nervios.

Los penetrantes ojos azules de Mike se cruzan con los suyos durante una fracción de segundo. ¿Es un destello de respeto o de desdén? Antes de que pueda decidirlo, el disco cae y estalla el caos.

La intensidad del juego aumenta con el paso de los minutos. Samantha se encuentra en constante movimiento, patinando hacia atrás con fluida gracia, siempre anticipando la siguiente jugada. Sin embargo, su atención no deja de centrarse en Mike Donovan.

Sucede en un borrón de movimiento. Mike alinea el martillo, sincronizando su aproximación con precisión depredadora. El impacto es sísmico. Los cuerpos chocan con un crujido enfermizo que resuena en toda la arena. The Hammer salta por los aires, estrellándose contra las tablas como un muñeco de trapo arrojado a un lado.

El público estalla, una cacofonía de vítores y abucheos que luchan por el dominio. La mano de Samantha vuela hacia su silbato y se queda allí mientras su mente se acelera. ¿Golpe limpio o penalti? La línea es muy fina y tiene una fracción de segundo para decidir.

Sus dudas le cuestan caro. El juego continúa, el disco es un borrón negro que rebota en palos y patines. Samantha aprieta los dientes, enfadada consigo misma por el momento de indecisión. Se concentra de nuevo, decidida a no dejar escapar otra oportunidad.

A medida que transcurre el periodo, Samantha se siente atraída por Mike Donovan como una polilla por una llama especialmente peligrosa. Cada uno de sus movimientos parece gritar un desafío, retándola a que haga sonar el silbato. Lo observa con una intensidad de halcón, fijándose en cada golpe, en cada sutil interferencia.

"¿Vas a llamar a algo o sólo admirar la vista?" Mike gruñe mientras pasa patinando durante una parada.

Las mejillas de Samantha se sonrojan, pero su voz es de hielo. "Juega el disco, Donovan. No al hombre".

Los últimos minutos del tercer periodo transcurren con un empate a 3-3 en el marcador. El aire

del estadio es tan denso como para cortarlo con un cuchillo. En la esquina, Mike lucha furiosamente por la posesión, enzarzado en una lucha desesperada con The Hammer.

Los palos chocan con el sonido de los disparos. Los cuerpos se golpean, una maraña de miembros y violencia apenas contenida. Samantha se acerca, con el silbato preparado y todas las terminaciones nerviosas en alerta máxima.

De repente, el Martillo se desploma sobre el hielo, agarrándose la cara. La sangre se filtra entre sus dedos, tiñendo de carmesí la superficie inmaculada. El público contiene la respiración y todos los ojos se vuelven hacia Samantha.

Con miles de miradas clavadas en ella, Samantha siente todo el peso de su posición. Esta decisión podría decidir el partido, tal vez incluso el curso de su carrera. Cuando se lleva el silbato a los labios, el tiempo parece detenerse.

El estridente silbido de Samantha atraviesa la cacofonía como un cuchillo. Su brazo se eleva hacia el cielo, inquebrantable, mientras patina hacia el centro de la conmoción. La reacción del público es inmediata y visceral: un tsunami de abucheos y abucheos se abate sobre ella desde las gradas.

"¡Penalización mayor, número treinta y tres, abordaje!" La voz de Samantha suena, clara y autoritaria.

Mike Donovan se gira hacia ella y sus ojos brillan con una furia que haría temblar a funcionarios de menor rango. Se abalanza sobre Samantha, su metro ochenta de estatura sobresale por encima de ella. Le escupe saliva cuando suelta un torrente de protestas.

"¿Estás ciego?!" Mike ruge, clavando un dedo en el Martillo, que está siendo ayudado a ponerse de pie. "¡Él lo embelleció! Esto es una mierda".

Samantha no se inmuta. Se enfrenta a la ira de Mike de frente, con la barbilla levantada en señal de desafío. "La decisión se mantiene, Donovan. Intencional o no, fue una jugada peligrosa".

"¿Peligrosa? ¡Estás fuera de tu liga, niña!"

Los demás árbitros se reúnen para formar una barrera entre el enfurecido jugador y el inquebrantable árbitro. Mientras escoltan a Mike hasta el área, éste lanza un último puñal verbal por encima del hombro.

"Espero que estés orgulloso de ti mismo. ¡Arruinando el maldito juego!"

La puerta del área se cierra de golpe. Mike se pasea por el espacio reducido como un tigre enjaulado, con los nudillos blancos en su bastón. Sobre el hielo, el juego de poder se desarrolla con agonizante inevitabilidad.

Los pases del equipo contrario son nítidos y metódicos. Sondean la defensa del equipo de Mike en busca de puntos débiles. Cuando llega el disparo, es un rayo láser a la escuadra. Suena la bocina de gol, sal en la herida ya supurante de Mike.

A medida que transcurren los últimos segundos, la rabia impotente de Mike va in crescendo. Suena la bocina, que confirma la derrota de su equipo. Con un rugido primitivo, golpea el cristal con su palo. El crujido resuena en todo el estadio, pero Mike sólo tiene ojos para Samantha Merritt. Su mirada se clava en ella, una promesa silenciosa de que esto no ha terminado.

El vestuario es una tumba, el silencio sólo se rompe por el portazo ocasional de una puerta. Mike apenas se quita las protecciones cuando llegan los medios de comunicación, con los micrófonos apuntándole a la cara como dedos acusadores.

"Mike, ¿tu opinión sobre el penalti que cambió el partido?"

Debería marcharse. Lo sabe. Pero las palabras salen, amargas como la bilis.

"Era una broma", escupe Mike. "Una parodia. ¿Quieres saber lo que pienso? Creo que la liga está más preocupada por marcar casillas de diversidad que por preservar la integridad del juego."

Los ojos de los periodistas se iluminan, presintiendo sangre en el agua. Mike sigue adelante, sin tener en cuenta el suicidio profesional que está cometiendo.

"No se puede poner a alguien ahí fuera con un silbato sólo porque sirva para una bonita historia de relaciones públicas. Esto no es una película para sentirse bien. Es hockey profesional. Hay consecuencias reales cuando tienes árbitros que no pueden manejar la velocidad y la fisicalidad del juego".

Se hace el silencio en la sala. En el repentino silencio, Mike casi puede sentir el calor de los puentes ardiendo. Pero está demasiado lejos para preocuparse.

"Si esta es la dirección que toma la NHL, quizá sea hora de que algunos de nosotros colguemos los patines. ¿Porque esto? Este no es el juego por el que he dado mi vida".

Con esa frase de despedida, Mike se abre paso a hombros entre los atónitos periodistas. A medida que sale de los vestuarios, el peso de lo que ha hecho empieza a recaer sobre sus hombros. Pero ya no hay vuelta atrás.

El juego está cambiando. Y Mike Donovan acaba de declarar la guerra.

♡ Capítulo 4 ♡

El vestuario de los árbitros, normalmente un refugio de alivio tras el partido, parece más bien una tumba. Samantha Merritt se sienta encorvada en un banco, con su camiseta de rayas crujientes hecha un desastre. Le tiemblan las manos mientras repite la jugada por milésima vez, cada vez con más dudas.

El embarque. El silbato. La cara de Mike Donovan, retorcida de furia.

Su teléfono vibra con intensidad maniaca y se desliza por el banco como un insecto demente. Samantha sabe lo que le espera en esa pantalla brillante: un diluvio de opiniones, acusaciones y arbitrajes de sillón de millones de personas que no estaban en el hielo. Que no sintieron la tensión que crepitaba en el aire. Gente que no tuvo que tomar una decisión en una fracción de segundo con el peso de la historia sobre sus hombros.

Coge el teléfono y se retira como si le quemara. Todavía no. No está preparada para enfrentarse al juicio del mundo. No cuando aún se cuestiona el suyo.

Horas más tarde, en un rincón poco iluminado del O'Malley's Bar, Samantha picotea unos cacahuetes. Al otro lado de la mesa de madera, Zoe Rodríguez observa a su amiga con una mezcla de preocupación y curiosidad profesional. A la periodista que lleva dentro le pica el gusanillo de indagar, de conseguir la primicia sobre la noticia más explosiva de la noche. Pero la amiga ve las sombras bajo los ojos de Samantha, el ligero temblor de su mano al levantar el vaso de agua.

"Hiciste tu trabajo, Sam", dice Zoe suavemente, estirando la mano para apretar el brazo de Samantha. "Tomaste la decisión que creíste correcta".

La risa de Samantha es hueca. "¿Lo hice? Dios, Zo, he visto ese golpe cientos de veces en mi cabeza. ¿Y si...?"

"Nada de 'y si...'", le corta Zoe con firmeza. "Es una madriguera en la que no quieres entrar". Hace una pausa, sopesando cuidadosamente sus próximas palabras. "Mira, tengo que preguntar. La entrevista de Donovan después del partido..."

Samantha levanta la cabeza, los ojos repentinamente agudos. "¿Qué entrevista?"

Zoe da un respingo. "Mierda. ¿No lo has visto?"

A Samantha se le va el color de la cara. "¿Qué tan mal?"

"No es genial", admite Zoe. "Básicamente acusó a la liga de comprometer la integridad del juego en aras de la diversidad".

Samantha aprieta con fuerza su vaso. "Ese dinosaurio misógino", sisea. "Como si no me hubiera ganado mis galones mil veces".

Zoe asiente con simpatía, pero hay un brillo en sus ojos que Samantha reconoce demasiado bien. La historia es demasiado jugosa para ignorarla.

"Sam, odio preguntar, pero como tu amigo, estoy aquí para escuchar. Como periodista..."

"No", la interrumpe Samantha, con voz firme a pesar del alcohol que le corre por las venas. "Sin comentarios, Zo. Esta noche no. Esta noche, sólo necesito a mi amiga".

Zoe asiente y aparta su cuaderno de periodista. Se sientan en un silencio agradable, con el peso de las palabras no dichas colgando entre ellos.

La mañana siguiente amanece con la sutileza de un mazazo. La cabeza de Samantha palpita al ritmo del incesante ping de su teléfono. Busca el aparato a tientas y entrecierra los ojos ante la pantalla demasiado brillante.

Se le hiela la sangre.

Su cara salpica sus redes sociales. Su enfrentamiento con Mike Donovan se reproduce en un bucle infinito, compartido y vuelto a compartir hasta que se convirtió en una piedra de toque cultural de la noche a la mañana.

Samantha observa horrorizada cómo millones de desconocidos analizan cada una de sus expresiones, su lenguaje corporal, el tono de su voz. Psicólogos de sillón y expertos en lenguaje corporal opinan, y sus teorías infundadas ganan fuerza con cada retweet.

"Claramente intimidado por la masculinidad de Donovan."

"¡Mira cómo se estremece! Totalmente fuera de sí".

"El experimento de diversidad de la NHL fracasa estrepitosamente".

Los comentarios se mezclan, una cacofonía de juicios y vitriolo. Samantha se siente expuesta, desnuda para que el mundo la vea y critique. Ya no se trata sólo de una decisión. Se trata de toda su carrera, de sus sueños, de su identidad como árbitro y como mujer en un campo dominado por los hombres, y todo ello es ahora pasto de las insaciables fauces de Internet.

Mientras tanto, en las elegantes y modernas oficinas de la sede de la NHL, la comisionada Patricia Hendricks frunce el ceño ante la pantalla de su ordenador. El vídeo viral se reproduce en silencio, pero su impacto resuena en la sala como un trueno.

Patricia se echa hacia atrás en la silla y se pellizca el puente de la nariz. Esto es una pesadilla. Meses de cuidadosa planificación, de progreso gradual hacia una NHL más inclusiva, todo ello amenazado por treinta segundos de imágenes virales.

Coge el teléfono, con la mandíbula rígida. Hay incendios que apagar, declaraciones que elaborar. Pero antes tiene que mantener dos conversaciones muy difíciles.

Mientras marca el número de Samantha Merritt, Patricia se pone firme. Ha luchado demasiado, durante demasiado tiempo, para dejar que esto lo descarrile todo. Por un lado, tiene que apoyar a Samantha, reforzar la confianza de la joven árbitro ante este ataque. Por otro, tiene que hacer frente a los comentarios incendiarios de Mike Donovan sin convertirlo en un mártir de la vieja guardia.

Se trata de un delicado acto de equilibrio, en el que el futuro del hockey se tambalea.

El teléfono suena una vez, dos veces. Patricia respira hondo y se centra.

Esta es la verdadera prueba de liderazgo: no cuando las cosas van bien, sino cuando el mundo te observa, esperando a ver si tropiezas.

La línea se conecta. ¿"Samantha"? Soy el Comisario Hendricks. Tenemos que hablar."

♡ Capítulo 5 ♡

El clamor de los paparazzi y los fans asalta a Samantha Merritt cuando sale del taxi, una visión en seda negra. Sus dedos tiemblan ligeramente mientras alisa las arrugas inexistentes de su vestido, una fortaleza de tela contra el intimidante brillo de la gala benéfica de la NHL. La alfombra roja se extiende ante ella como un guantelete carmesí, salpicada por los flashes cegadores de las cámaras y los rostros expectantes de los periodistas.

Samantha respira hondo y cuadra los hombros. Se ha enfrentado a matones de cien kilos sobre hielo; puede con esto. Sin embargo, al dar sus primeros pasos, el chasquido de sus tacones parece ensordecedor, un metrónomo en cuenta atrás para ¿qué? ¿El desastre? ¿La redención? El jurado sigue deliberando.

En el opulento salón de baile, Mike Donovan reina como un rey del hockey. Su esmoquin a medida le confiere un aspecto elegante, pero es su sonrisa pícara y su encanto sin esfuerzo lo que hace que una pequeña multitud esté pendiente de cada una de sus palabras. Los obsequia con historias de heroicidades sobre el hielo, cada anécdota salpicada de carcajadas.

"Así que ahí estoy, a dos minutos del final, perdiendo por uno", dice Mike, con los ojos brillantes. "Y este novato, recién salido de juniors, intenta..."

Las palabras mueren en su garganta cuando ve una figura familiar entrando en el salón de baile. Samantha Merritt, con un aspecto demasiado elegante para la comodidad de Mike, se desliza en la sala con una incertidumbre que le oprime algo en lo más profundo del pecho. Se le tensa la mandíbula y su sonrisa fácil vacila por un instante.

"¿Estás bien, Mike?", pregunta uno de los admiradores.

Mike esboza una sonrisa que no le llega a los ojos. "Nunca mejor dicho", miente suavemente, alcanzando un canapé. "Ahora, ¿dónde estaba?"

La gala se alarga, una brillante fachada que oculta las corrientes de cambio y resistencia que se arremolinan bajo la superficie. Y en el centro de todo, Samantha Merritt y Mike Donovan orbitan uno alrededor del otro como planetas cautelosos, ninguno dispuesto a reconocer la atracción gravitatoria que los acerca inexorablemente.

El rápido discurso del subastador llena el salón de baile, interrumpido por el agudo chasquido de su martillo. "¿Escucho 5.000 dólares por esta camiseta firmada y usada de la Summit Series del 72? 5.000 dólares para el caballero de atrás. ¿Escucho 5.500 dólares?"

La mano de Samantha se levanta casi por voluntad propia. Su pulso se acelera cuando siente que los ojos de la sala giran hacia ella. No se trata sólo de un trozo de la historia del hockey; se trata de pertenecer, de reivindicarse en este mundo.

"¿5.500 dólares a la encantadora dama de negro! ¿He oído 6.000 dólares?"

Otra mano se levanta y Samantha se queda sin aliento. Mike Donovan, con la mandíbula desencajada en esa sonrisa exasperantemente atractiva, la mira a través del mar de esmóquines y vestidos de noche. El desafío en su mirada es inconfundible.

"¡6.000 dólares al Sr. Donovan! \$6,500? Sí, ¡6.500 dólares a la Sra. Merritt!"

Las pujas van y vienen, y cada vez se trata menos de la camiseta y más de la batalla tácita entre ellas. Las mejillas de Samantha se sonrojan, una mezcla de alegría y desafío. Que la parta un rayo si deja que Mike Donovan gane también.

Cuando la puja supera los 10.000 dólares, la sala contiene la respiración. Ya no se trata de caridad, sino de un duelo entre palas alzadas y miradas de acero.

La tensión finalmente se rompe cuando cae el martillo del subastador. "¡Vendido! ¡A la Sra. Merritt por 12.500 dólares!"

La victoria se siente vacía cuando Samantha capta el destello de algo en los ojos de Mike antes de que él se dé la vuelta.

Más tarde, mientras los invitados se filtran en el opulento comedor, el corazón de Samantha se hunde. Allí, en la mesa que le han asignado, está sentado Mike Donovan, que parece tan emocionado como ella. Se acerca despacio, como lo haría un animal acorralado.

"Donovan", asiente rígida, tomando asiento.

"Merritt", vuelve, con la voz entrecortada.

Se hace un silencio incómodo, pesado como la nieve de efecto lago en Buffalo. Samantha se da cuenta de las miradas curiosas de las mesas de alrededor, de los susurros apenas disimulados. Ella y Mike podrían ser animales en un zoo, especímenes de los mundos en evolución -y en colisión- del hockey.

El silencio se alarga, sólo roto por el tintineo de los cubiertos y las charlas tensas de sus compañeros de mesa. Samantha se encuentra hiperconcentrada en la presencia de Mike: la forma en que sus hombros se tensan cuando ella coge su vaso de agua, el golpeteo rítmico de sus dedos sobre el mantel.

Es el dueño del equipo, a la izquierda de Samantha, quien finalmente aborda el tema. "Así que", dice, con una voz de forzada jovialidad, "¿qué pensáis los dos sobre el futuro de nuestro deporte?".

La pregunta flota en el aire como una granada. Samantha toma aire antes de lanzarse.

"El hockey está evolucionando", comienza, su voz ganando fuerza. "Es hora de que asumamos ese cambio. La inclusión no es sólo una palabra de moda, es la clave para el crecimiento de nuestro deporte, para asegurar su relevancia para las generaciones venideras."

Mike se burla, el sonido irritando los nervios de Samantha. ¿"Evolucionando"? Más bien

desmantelando todo lo que hace grande al hockey. Esta obsesión con la 'inclusividad' está diluyendo la esencia misma del juego".

"¿Y qué esencia es esa, Donovan? ¿Exclusividad? ¿La violencia? ¿El club de los chicos buenos?" Samantha contraataca.

"Tradición", responde Mike, inclinándose hacia delante. "Respeto por la historia de este deporte. La dureza, las agallas, eso es lo que separa al hockey de otros juegos".

Sus voces se alzan y el debate se acalora. Las conversaciones cercanas se apagan cuando las cabezas se vuelven hacia su mesa.

"No puedes creer en serio que excluir a gente preserva de alguna manera la 'pureza' del hockey", argumenta Samantha, con las mejillas sonrojadas. "¡El juego es más fuerte cuando refleja la diversidad de sus aficionados!".

"Y no puedes pensar en serio que forzar el cambio por el cambio hace que el deporte mejore", replica Mike, con los ojos brillantes. "Hay cosas que merece la pena conservar, Merritt".

Ahora están de pie, con las manos sobre la mesa e inclinados el uno hacia el otro. La porcelana fina vibra con la fuerza de sus palabras. Pero para Samantha y Mike, el resto de la habitación se ha desvanecido. Sólo existe este momento, este choque de ideologías que parece mucho más personal que profesional.

"Vives en el pasado, Donovan", dice Samantha, con voz grave e intensa. "El mundo está cambiando. El hockey tiene que cambiar con él".

"Algunas cosas no deberían cambiar", gruñe Mike, y Samantha se da cuenta de repente de lo cerca que están. Puede ver las motas grises de su barba incipiente, oler el leve aroma de su colonia.

Durante un instante, ninguno de los dos se mueve. El aire entre ellos crepita con una energía que no es del todo antagónica. Luego, como quemados, ambos retroceden, roto el hechizo.

Samantha se alisa el vestido, evitando la mirada de Mike. Mike se aclara la garganta y coge su vaso de agua con una mano que no acaba de estabilizarse.

La gala continúa a su alrededor, pero algo ha cambiado. En el fragor de su discusión, se ha forjado una conexión, tenue, confusa, pero innegable. Mientras vuelven a sus asientos y se miran el uno al otro, Samantha y Mike se dan cuenta de que su rivalidad puede estar ocultando algo mucho más complicado.

La gala sigue su curso, un brillante carrusel de copas de champán y risas forzadas. Samantha Merritt se encuentra a la deriva, todavía aturdida por el acalorado intercambio con Mike Donovan. Navega entre la multitud con el piloto automático, asintiendo y sonriendo a caras que apenas registra.

"¿Champán, señora?"

La voz la sobresalta. Samantha se da la vuelta y choca con un acosado camarero que hace malabarismos con una bandeja sobrecargada. Las copas de cristal se tambalean precariamente mientras ella tropieza y su tacón se engancha en el dobladillo del vestido. El mundo se inclina y, por un instante, Samantha se prepara para el impacto del suelo de mármol contra la seda.

Nunca llega.

Una mano fuerte le agarra el codo y la sostiene con sorprendente suavidad. Samantha levanta la vista y se queda sin aliento al encontrarse con la intensa mirada de Mike Donovan. El tiempo parece ralentizarse, estirándose como un caramelo mientras permanecen congelados en este inesperado cuadro.

La mano de Mike está caliente contra su piel, callosa por los años que lleva agarrando un palo de hockey. Samantha es muy consciente de cada punto de contacto entre ellos: sus dedos enroscados alrededor de su brazo, el roce de su pecho contra su hombro cuando se inclina para asegurarse de que está estable. El aroma de su colonia, una embriagadora mezcla de cedro y algo claramente masculino, la envuelve.

Por un momento, Samantha ve más allá de la rudeza exterior, más allá del antagonismo que ha definido sus interacciones. Ve la preocupación en los ojos de Mike, la protección instintiva que le ha llevado a tenderle la mano. Es una faceta de él que nunca esperó encontrar, y la deja desequilibrada de una forma que no tiene nada que ver con su casi caída.

Tan rápido como empezó, el momento se rompe. Se separan de un salto, ambos conscientes de las miradas curiosas de los invitados cercanos. Samantha se alisa el vestido, con las mejillas encendidas. Mike se aclara la garganta, con la mano flexionada a su lado como si intentara deshacerse del recuerdo de su tacto.

"Yo... gracias", consigue Samantha, con la voz apenas por encima de un susurro.

Mike asiente rígido, con la mandíbula apretada. "No quería verte hacer un espectáculo", gruñe, pero las palabras carecen de su mordacidad habitual.

Aturdida y confusa por el torrente de emociones que la invaden, Samantha murmura una excusa y huye. Se abre paso entre la multitud, con el corazón golpeándole las costillas a un ritmo entrecortado. La puerta del baño es un santuario y prácticamente cae por ella, agradecida por un momento de soledad.

Las duras luces fluorescentes del tocador contrastan con el suave resplandor del salón de baile. Samantha se agarra al borde de la encimera de mármol, mirando su reflejo en el ornamentado espejo. Tiene las mejillas sonrojadas y los ojos demasiado brillantes. Apenas reconoce a la mujer que le devuelve la mirada.

Con manos temblorosas, abre el grifo y deja que el agua fría corra por sus muñecas. Es una técnica que utilizaba para calmar los nervios previos al partido, pero no sirve de mucho para aplacar la tormenta que se desata ahora en su interior. Se salpica agua en las mejillas acaloradas, sin importarle el daño que pueda causar a su maquillaje cuidadosamente aplicado.

"Contrólate, Merritt", murmura a su reflejo. "Este es Mike Donovan. El mismo Neanderthal que ha estado tratando de socavarte en todo momento".

Pero por mucho que lo intente, Samantha no puede deshacerse del recuerdo de las caricias de Mike, de la sorprendente ternura de su apretón. Choca violentamente con la imagen que se ha hecho de él: el obstinado defensor de la vieja guardia del hockey, la espina en su costado profesional.

¿Cómo puede sentir tanta rabia hacia él, tanta frustración por su obstinada resistencia al cambio, y al mismo tiempo sentirse atraída por su pasión? ¿Cómo puede despreciar lo que él representa y admirar el fuego de sus ojos cuando lo defiende?

Samantha respira hondo y temblorosa. Es un terreno peligroso. No puede permitirse ver en Mike Donovan más que un obstáculo que superar. Su carrera, sus sueños, el futuro que imagina para el hockey, todo depende de su capacidad para mantenerse firme frente a las viejas actitudes que él representa.

Y sin embargo...

Mientras tanto, en un balcón apartado, Mike Donovan aspira el aire fresco de la noche como un ahogado. Se tira de la pajarita, aflojándola con más fuerza de la necesaria. La fresca brisa no ayuda a calmar el tumulto de su mente.

¿Qué demonios acaba de pasar ahí dentro?

Mike se enorgullece de su capacidad para leer el hielo y anticiparse a las jugadas antes de que se desarrollen. Pero nada en sus años de hockey podría haberle preparado para la sacudida que sintió cuando tocó a Samantha Merritt. Fue como recibir un bofetón en el pecho: inesperado, sobrecogedor, que le dejó desequilibrado a su paso.

Se pasa una mano por el pelo, desordenando los mechones cuidadosamente peinados. El recuerdo de la mirada de sorpresa de Samantha se repite en su mente. Por un breve instante, ve más allá del uniforme, más allá de la controversia. Vio a una mujer apasionada e inteligente que luchaba con uñas y dientes por aquello en lo que creía.

Es una cualidad que respeta. Diablos, es una cualidad que ve en sí mismo. Y ahí radica el problema.

Por mucho que odie admitirlo, Mike no puede negar la admiración que siente por la tenacidad de Samantha. Sus argumentos sobre el futuro del hockey, aunque irritantes, proceden de un amor genuino por este deporte. Es el mismo amor que le lleva a defender sus tradiciones con tanta fiereza.

Mike se apoya en la barandilla del balcón, contemplando el resplandeciente horizonte de la ciudad sin verlo realmente. ¿Cómo puede conciliar esta nueva comprensión de Samantha con la ira que siente hacia lo que ella representa? ¿Cómo puede luchar contra los cambios que ella impulsa y, al mismo tiempo, sentirse atraído por el fuego que alimenta su cruzada?

Es una complicación que nunca vio venir y para la que no está preparado. Sobre el hielo, todo está claro. Hay reglas, sanciones, ganadores y perdedores. Pero esto es territorio desconocido.

Cuando la gala toca a su fin, los invitados empiezan a salir del salón de baile. Samantha sale del baño con la compostura recuperada, aunque algo frágil. Se dirige hacia la salida, deseosa de escapar de las emociones encontradas que le ha provocado la noche.

Al otro lado de la sala, Mike vuelve a entrar desde el balcón. Sus ojos, como atraídos por una fuerza magnética, encuentran a Samantha entre la multitud. Por un momento, sus miradas se cruzan.

El bullicioso salón de baile se desvanece. Sólo queda esta conexión cargada, este reconocimiento silencioso de que algo ha cambiado entre ellos. En los ojos de Samantha, Mike ve un espejo de su propia confusión y fascinación a regañadientes. En los de Mike, Samantha reconoce una profundidad que nunca esperó encontrar.

Es Samantha la primera en romper el hechizo. Se da la vuelta y, con movimientos bruscos y apresurados, huye prácticamente hacia la salida. Mike la observa, clavado en el sitio, con la mano inconscientemente flexionada a su lado como si buscara algo que estuviera fuera de su alcance.

Cuando las puertas del salón de baile se cierran tras Samantha, tanto ella como Mike se enfrentan a una verdad incómoda. Su rivalidad, antes tan clara, se ha convertido en algo mucho más complejo. Algo que difumina los límites entre lo profesional y lo personal, entre la animosidad y la atracción.

El juego ha cambiado. Y ninguno de los dos sabe muy bien cómo jugar este nuevo y peligroso partido.

♡ Capítulo 6 ♡

El cavernoso estadio permanece en silencio, con sus asientos vacíos esperando pacientemente el rugido del público. En esta quietud previa al partido, los pasos de Samantha Merritt resuenan como truenos contra el suelo de cemento. Sus dedos se deslizan por la pared mientras camina, sintiendo en el pecho el familiar estremecimiento de la expectación. Es una sensación que conoce desde la infancia, cuando la pista era su segundo hogar. Pero ahora, esa emoción está teñida de un nuevo matiz: el peso del escrutinio, de tener que demostrar constantemente su valía.

Al acercarse a los vestuarios de los oficiales, Samantha se detiene. Unas voces animadas salen de detrás de la puerta cerrada y su tono la hace vacilar.

"...la mejor colocación que he visto de un novato en años", llega una voz ronca que ella reconoce como John Paulson, veterano de veinte temporadas en la NHL.

Sí, bueno, su "posicionamiento" está haciendo que nos pongan a todos bajo el microscopio", replica otra voz, más aguda y llena de frustración. Derek Foster, si no se equivoca. "Ahora los medios de comunicación critican cada decisión que tomamos".

La mano de Samantha se cierne sobre el pomo de la puerta, con el corazón acelerado. Sabe que debe entrar, que debe afrontarlo. Pero una parte de ella quiere quedarse, escuchar la pura verdad de lo que piensan sus colegas.

"Eso no es culpa de ella, Derek", argumenta Paulson. "La chica tiene buen ojo. Mejor que la mitad de los veterinarios de ahí fuera".

"Un buen ojo no significará una mierda si la liga decide que este experimento es más problemático de lo que vale", replica Foster.

Samantha respira hondo y cuadra los hombros. Se ha enfrentado a rivales más duros que éste. Con una expresión neutra, empuja la puerta.

La conversación se apaga al instante. Paulson, ya medio vestido con su maillot a rayas, asiente bruscamente con la cabeza. Foster se ocupa de sus patines y evita el contacto visual. La tensión en la habitación es insoportable, lo suficientemente densa como para patinar sobre ella.

"Buenos días, caballeros", dice Samantha, con la voz más firme de lo que se siente. Se dirige a su taquilla, hiperconsciente de las miradas que siguen cada uno de sus movimientos.

Paulson se aclara la garganta. "Merritt. Vi tu partido anoche. ¿Esa llamada de enganche en el tercero? De libro".

Samantha se permite una pequeña sonrisa. "Gracias, John. Tenía un buen ángulo".

Foster resopla, un sonido cargado de burla. "Sí, bueno, tu 'buen ángulo' está en todo SportsCenter esta mañana. Otra vez".

Las palabras caen como un golpe en el cuerpo, pero Samantha se niega a inmutarse. Se gira y se encuentra de frente con la mirada de Foster. "La decisión fue correcta, Derek. Si eso llama la atención, que así sea. Estoy aquí para hacer un trabajo, igual que tú".

El vestuario se queda en silencio, el único sonido es el susurro de los uniformes y el tintineo de las cuchillas de los patines. Samantha vuelve a prepararse para el partido, con movimientos deliberados y concentrados. Puede sentir la división en la sala: el respeto a regañadientes de Paulson, el resentimiento latente de Foster. Es un microcosmos de la gran batalla a la que se enfrenta cada vez que pisa el hielo.

Mientras se ata los cordones de los patines, Samantha se permite un momento de vulnerabilidad. La presión constante, el hecho de saber que cada decisión que toma es examinada no sólo por su precisión, sino como un referéndum sobre su propia presencia en la liga, es agotador. Pero ella no ha luchado tanto, no ha roto esta barrera para desmoronarse a la primera señal de resistencia.

Al otro lado del estadio, una escena muy diferente se desarrolla en el vestuario del equipo local. La puerta se abre de golpe con fuerza suficiente para hacer sonar las placas de identificación, anunciando la llegada de Mike Donovan. Su rostro es un nubarrón, oscuro y prometedor de violencia. La charla entre sus compañeros se apaga al instante, sustituida por un silencio cauteloso.

Mike se dirige a su puesto, con los hombros tensos. El moratón que le ha salido en la mandíbula, un recuerdo de la derrota de anoche, no hace más que aumentar su aura intimidatoria. Sus compañeros intercambian miradas, esperando la inevitable explosión. Las broncas de Mike Donovan sobre el arbitraje se han convertido en leyenda y, tras los últimos acontecimientos, esperan que ésta sea nuclear.

El silencio se alarga, sólo roto por el furioso chirrido del velcro cuando Mike se pone las protecciones. Es Ryan O'Neill, el ansioso novato con más chulería que sentido común, quien finalmente rompe el silencio.

"Es una mierda lo que pasó anoche", suelta Ryan. "¿Esa interferencia en el segundo? Es imposible que fuera legal. Merritt nos la ha jugado, lo juro".

El vestuario contiene la respiración, esperando que Mike aproveche esta oportunidad. Para su sorpresa, Mike levanta la cabeza y sus ojos no brillan de acuerdo, sino de furia.

"¿Quieres saber lo que es una mierda, O'Neill?" Mike gruñe, su voz baja y peligrosa. "Usar a los árbitros como excusa para un juego descuidado. Merritt tomó la decisión correcta. Estabas fuera de posición y te pillaron".

Ryan se queda boquiabierto, con la cara enrojecida. "Pero... pero dijiste..."

"Sé lo que dije", le corta Mike. "Y me equivoqué. Merritt conoce el juego. Sus decisiones fueron de libro anoche. Perdimos porque nos superaron, simple y llanamente".

El vestuario se queda atónito en silencio. ¿Mike Donovan, defensor del hockey de la vieja escuela, azote de los cambios progresistas, defiende a Samantha Merritt? Es como si el mundo se

hubiera inclinado sobre su eje.

Mike vuelve a su equipo, ignorando las miradas sorprendidas de sus compañeros. Pero su mente se acelera, tratando de dar sentido a sus propias palabras. ¿Cuándo empezó a cambiar su visión de Samantha Merritt? ¿Fue en la gala benéfica, cuando vio el fuego en sus ojos mientras defendía el futuro del hockey? ¿O fue en el hielo, admirando a regañadientes su aplomo bajo presión?

Mientras se ata los patines con más fuerza de la necesaria, Mike se enfrenta a verdades incómodas. Respeta la dedicación de Samantha, su conocimiento del juego. Diablos, una parte de él incluso la admira por mantenerse firme ante la resistencia a la que se ha enfrentado. Es el tipo de dureza que valora en un jugador o, al parecer, en un árbitro.

Pero reconocerlo significa enfrentarse a todo lo demás. La forma en que se le aceleró el pulso cuando la sorprendió en la gala. La electricidad que sintió en ese breve contacto. El hecho de que, cada vez más, está pendiente de ella en el hielo, y no sólo para discutir las llamadas.

Mike cierra su taquilla de un portazo y el sonido resuena en la habitación, que ahora está en silencio. Se gira para mirar a su equipo, con su cara de partido bien puesta. "Basta de charla", ladra. "Tenemos un partido que ganar. Y lo vamos a hacer jugando mejor que ellos, no quejándonos del arbitraje. ¿Está claro?"

Un coro de tenues "Sí, Capi" le responde. Cuando el equipo sale a calentar, Mike se queda un momento. Respira hondo y se centra. Cualquier emoción complicada con la que esté lidiando en relación con Samantha Merritt, debe dejarse a un lado. Durante los próximos tres periodos, sólo existe el juego.

Pero al pisar el hielo, Mike no puede evitar la persistente sensación de que el verdadero juego, el que hay entre él y Samantha, no ha hecho más que empezar.

Los pulidos suelos de hormigón de los pasillos de servicio del estadio resuenan con el paso decidido de Samantha Merritt. Su mente se acelera, repitiendo el tenso intercambio en el vestuario de los árbitros. El peso del escrutinio constante, de ser un pararrayos viviente y palpitante de la controversia, se asienta pesadamente sobre sus hombros.

Perdida en sus pensamientos, Samantha casi no la oye: una voz familiar que sale de la puerta parcialmente abierta de los vestuarios del equipo local. Se frena y se queda sin aliento cuando el tono ronco de Mike Donovan llega a sus oídos.

"...Mira, no estoy diciendo que esté de acuerdo con cómo ha ido todo", dice Mike, su voz lleva una nota de respeto que detiene a Samantha en seco. "Pero la comprensión del juego de Merritt es bastante sólida. Hay que reconocerlo".

Samantha se queda paralizada, con la espalda pegada a la fría pared de hormigón. Su corazón martillea contra sus costillas mientras se esfuerza por oír más. Esto no puede ser real. ¿Mike Donovan, la encarnación de la resistencia del hockey de la vieja escuela, defendiéndola?

"Vamos, Capi", argumenta otra voz, Ryan O'Neill, piensa ella. "No puedes estar de acuerdo con

que una chica dirija nuestros partidos".

"Cuidado con lo que dices, O'Neill", suelta Mike, y Samantha puede imaginarse la mirada acerada que acompaña a esas palabras. "No se trata de si me parece bien. Se trata de respeto por el juego. Merritt se ha ganado sus galones. Conoce las reglas al dedillo, probablemente mejor que la mitad de vosotros, cabezas huecas".

La mente de Samantha se tambalea. Debería marcharse, fingir que no lo ha oído. Pero sus pies parecen clavados en el sitio, todo su ser está concentrado en la conversación que se desarrolla detrás de la puerta.

"Pero la forma en que convoca los partidos", dice otro jugador. "Es diferente. Más suave".

"Diferente no significa malo", replica Mike, y Samantha puede oír la frustración en su voz. "Mira, no voy a quedarme aquí y decir que me encantan todas las decisiones que toma. Pero Merritt ve el juego. Tiene un buen posicionamiento y un sólido sentido de la oportunidad. Y seamos realistas, está bajo el microscopio cada vez que pisa el hielo. ¿Crees que cualquiera de nosotros podría soportar ese tipo de presión?".

El silencio que sigue está cargado. A Samantha se le aprieta el pecho con una confusa mezcla de emociones: gratitud, sorpresa y algo más que no está preparada para nombrar. Respira entrecortadamente y se obliga a moverse antes de que la descubran.

Cuando Samantha dobla la esquina, su mente es un torbellino y casi choca con Sarah Chen, la conductora del Zamboni. Los ojos de la joven se abren de par en par al reconocerla, una mezcla de asombro y emoción ilumina su rostro.

"¡Sra. Merritt! Lo siento mucho, no miraba por dónde iba", balbucea Sarah, con las mejillas sonrojadas.

Samantha esboza una sonrisa, agradecida por distraerse de sus pensamientos. "No pasa nada, Sarah. Y por favor, llámame Samantha. Ahora somos colegas".

Sarah responde con una sonrisa radiante. "Todavía no puedo creer que pueda decir eso. Colegas con Samantha Merritt".

Se acompañan. El entusiasmo de Sarah es contagioso, un recuerdo de la emoción que sintió Samantha cuando irrumpió por primera vez en la liga.

"Espero que esto no sea raro", dice Sarah cuando entran en el gimnasio, "pero quería decirte lo mucho que me inspiras. La forma en que manejas toda la presión, las críticas... es increíble. Estás allanando el camino para todos nosotros".

Samantha siente que se le hace un nudo en la garganta. Tras semanas de dudas y escrutinio, las palabras de Sarah son un bálsamo para su maltrecho espíritu.

"Gracias, Sarah", se las arregla, su voz espesa por la emoción. "Significa más de lo que crees oír eso".

Cuando empiezan sus rutinas de calentamiento, Samantha se abre a Sarah. Comparte los retos, los momentos de duda y las pequeñas victorias que la hacen seguir adelante. Es catártico, este momento de solidaridad con alguien que realmente entiende las presiones únicas a las que se enfrenta.

Mientras tanto, en el vestuario de los jugadores, la discusión se ha convertido en un debate en toda regla. Las voces suben y bajan, las discusiones se suceden sobre el lugar de la mujer en el hockey.

"No se trata sólo de Merritt", argumenta un jugador. "¿Qué será lo próximo? ¿Mujeres jugando en la NHL?".

"¿Y si pueden competir?" Mike se sorprende a sí mismo con la vehemencia de su voz. "¿Así que me estás diciendo que si una mujer puede patinar en círculos a tu alrededor, golpear más fuerte, disparar mejor, no debería tener una oportunidad sólo porque no es un chico?".

La sala se queda en silencio, todos los ojos fijos en su capitán. Mike se pasa una mano por el pelo, lidiando con el cambio en su propia perspectiva.

"Mira", dice, con voz más tranquila pero no menos intensa. "No estoy diciendo que desechemos todo sobre cómo se ha jugado siempre al fútbol. Pero quizá sea hora de que al menos consideremos que el juego puede cambiar sin perder lo que lo hace grande."

Mira a sus compañeros a los ojos y ve reflejada en ellos una mezcla de confusión, desacuerdo y comprensión.

"Todo lo que digo es que Merritt merece una oportunidad justa. La misma que tuvimos todos cuando nos pusimos los patines por primera vez. Juzgadla por su forma de jugar, no por su aspecto con los galones".

La puerta del vestuario se abre con un chirrido, silenciando el debate en curso. El imponente cuerpo del entrenador Thomas "Grizzly" Bear llena la puerta, con sus pobladas cejas fruncidas mientras observa la escena que tiene ante sí. Los jugadores se mueven incómodos, conscientes de que su animada discusión ha sido probablemente escuchada.

"Interesante conversación, chicos", retumba el entrenador Bear, su voz grave lleva una nota de admiración a regañadientes. "Nunca pensé que vería el día en que Mike Donovan defendiera a una árbitra".

Mike siente que sus mejillas se ruborizan, una mezcla de vergüenza y desafío le sube al pecho. "Sólo digo lo que pienso, entrenador", murmura.

El entrenador Bear asiente lentamente, su rostro curtido ilegible. "Bueno, por mucho que me duela admitirlo, no te equivocas". Hace una pausa, el silencio se estira tenso como una red de hockey recién encordada. "Las llamadas de Merritt han sido sólidas. Constantemente precisas, incluso bajo todo este escrutinio".

La admisión flota en el aire, y nadie en la sala pasa por alto su significado. El entrenador Bear, un hombre que ha visto más hockey del que muchos de ellos han vivido, reconoce la competencia de Samantha Merritt. Es un cambio sísmico, una grieta en los cimientos de la mentalidad de la vieja escuela del hockey.

"No significa que me tengan que gustar todos estos cambios", refunfuña el entrenador Bear, pero hay menos calor en sus palabras que de costumbre. Pero respeto el buen arbitraje cuando lo veo". Ahora basta de charla. Tenemos un partido que ganar".

Mientras el equipo se retira a calentar, Mike se queda y capta la atención del entrenador Bear. Hay un entendimiento tácito entre ellos, un reconocimiento de que el juego que aman está evolucionando, y tal vez sea hora de que ellos evolucionen con él.

Al otro lado del estadio, Samantha Merritt entra en los vestuarios de los árbitros, con la mente todavía en blanco por la conversación que ha escuchado. Las palabras de Mike Donovan resuenan en su cabeza, una confusa mezcla de respeto a regañadientes y algo más que no puede definir.

Al comenzar su rutina previa al partido, Samantha se da cuenta de los sutiles cambios que se producen en el ambiente de la sala. La tensión que la ha acompañado constantemente desde su debut parece haberse relajado. John Paulson la mira y le hace un gesto rudo de reconocimiento. Incluso el ceño de Derek Foster parece menos fruncido.

"Hey Merritt," dice Foster, su tono carece de su filo habitual. "¿Qué te pareció la jugada de los Bruins de anoche?"

Samantha parpadea, momentáneamente desconcertada por la inclusión casual. "Al límite", responde, recuperando el equilibrio. "Pero dado el seguimiento, creo que han acertado".

Se inicia un debate en el que otros funcionarios aportan sus puntos de vista. Por primera vez, Samantha se siente parte de la conversación y no objeto de ella. Es un pequeño cambio, pero su impacto es profundo.

Mientras los oficiales se dirigen al hielo para el calentamiento, Samantha da un paso más ligero. El peso del escrutinio constante, aunque no desaparece, parece menos opresivo. Patina sobre el hielo recién resurgido, saboreando el familiar roce de las cuchillas sobre el hielo.

Sus ojos, como atraídos por una fuerza magnética, encuentran a Mike Donovan al otro lado de la pista. Está en su rutina habitual de calentamiento, manejando un disco con el stick sin esfuerzo. Como si sintiera su mirada, Mike levanta la vista.

Sus miradas se cruzan y, por un momento, el bullicio del estadio se desvanece. Hay una corriente de comprensión que pasa entre ellos, un respeto recién descubierto que ninguno de los dos sabe cómo procesar. Es Samantha la primera en romper la conexión, apartando rápidamente la mirada. Pero el momento perdura, dejando a ambas ligeramente desequilibradas mientras vuelven a sus preparativos.

A medida que se acerca la hora del partido, Samantha se encuentra en los familiares confines del

túnel que conduce al hielo. El rugido de la multitud se filtra, amortiguado pero eléctrico. Cierra los ojos y respira profundamente.

Por primera vez desde su histórico debut, Samantha tiene un verdadero sentimiento de pertenencia. No es universal: sabe que todavía hay muchos que dudan de ella, que resienten su presencia. Pero la aceptación gradual de la que está siendo testigo, desde sus compañeras oficiales hasta veteranos a regañadientes como el entrenador Bear, refuerza su determinación.

Piensa en la admiración de Sarah Chen, en el rudo respeto de John Paulson. Piensa, con una mezcla de confusión y calidez, en Mike Donovan defendiendo sus habilidades ante sus compañeros de equipo. Cada pequeño gesto, cada momento de inclusión, ha contribuido a esto: la creciente certeza de que está exactamente donde debe estar.

Samantha abre los ojos y endereza los hombros. Las dudas y los miedos que la acosaban no han desaparecido, pero se han visto atenuados por una férrea determinación. Se ha ganado su lugar aquí, en este hielo, en este juego que ama.

Cuando el anuncio resuena en el estadio, Samantha da su primer paso en la pista. La familiar ráfaga de aire frío, el brillo del hielo, la eléctrica expectación del público... todo se apodera de ella. Pero ahora hay algo nuevo mezclado con la adrenalina habitual previa al partido. Confianza. Pertenencia.

Samantha se coloca en posición, con el silbato preparado. Su mirada recorre las filas de jugadores y se detiene un instante en el rostro decidido de Mike Donovan. Sean cuales sean los retos que le depare este partido, sean cuales sean los obstáculos que aún le aguardan en su innovador viaje, Samantha Merritt tiene una cosa clara:

Está lista.

Cae el disco y comienza el partido.

♡ Capítulo 7 ♡

El frío otoñal pellizca las mejillas de Samantha Merritt mientras camina a la puerta de The Penalty Box, una pintoresca cafetería situada a pocas manzanas del estadio. Respira a bocanadas pequeñas y visibles, al ritmo entrecortado de sus pasos. Cada pocos segundos, echa un vistazo a su reloj y luego observa la concurrida acera.

¿Qué hago aquí? El pensamiento da vueltas en su mente, un disco rayado de duda y curiosidad.

Una ondulación en el flujo de peatones capta su atención. La imponente figura de Mike Donovan se abre paso entre la multitud como un rompehielos, sus anchos hombros y su paso decidido atraen miradas curiosas. La respiración de Samantha se entrecorta cuando Mike se acerca, su ceño familiar se suaviza en algo casi parecido al nerviosismo.

"Merritt", saluda con la cabeza, con voz ronca.

"Donovan", responde ella, luchando por mantener un tono neutro.

Un silencio incómodo se extiende entre ellos, llenado únicamente por el bullicio de la ciudad que les rodea. Finalmente, Mike mueve la cabeza hacia la entrada del café. "¿Vamos?"

La calidez de la cafetería les envuelve al entrar, el rico aroma de los granos recién molidos contrasta con la tensión que crece entre ellos. Encuentran un reservado en una esquina y se acomodan con tazas humeantes que los separan.

Mike se aclara la garganta, sus manos callosas rodean su taza como si buscara calor... o quizá valor. "Mira, Merritt, iré al grano. I... Quiero entender mejor a esta 'nueva NHL'".

Samantha enarca las cejas, con el escepticismo claramente escrito en el rostro. "¿Tú? ¿El señor 'El hockey era perfecto en 1975'? Perdóname si me cuesta creerlo".

Un destello de frustración cruza el rostro de Mike, pero respira hondo, conteniendo visiblemente su temperamento. "Sé lo que parece. Pero el juego está cambiando, me guste o no. Y prefiero entenderlo a quedarme atrás".

Samantha lo estudia, buscando cualquier atisbo de falta de sinceridad en esos sorprendentes ojos azules. Para su sorpresa, solo encuentra seriedad y, tal vez, un toque de vulnerabilidad que nunca había asociado con el impetuoso defensa.

"De acuerdo", dice lentamente, aún recelosa. "¿Por dónde quieres empezar?"

A medida que se desarrolla la conversación, que incluye desde cambios en las reglas hasta cambios en la demografía de los jugadores, Samantha va bajando la guardia. Las preguntas de Mike, aunque a veces bruscas, proceden de una genuina curiosidad. Su punto de vista, formado por años de hockey de la vieja escuela, choca con las opiniones más progresistas de ella, pero hay un toma y daca que la sorprende.

Días después, la lección se pone a prueba. El estadio vibra con energía cuando el silbato de Samantha corta el aire. Su brazo se levanta, señalando una penalización contra el equipo de Mike por exceso de hombres sobre el hielo.

Al instante, los jugadores se le echan encima, alzando la voz en señal de protesta. Pero en medio del caos, los ojos de Samantha encuentran a Mike. Él se aparta de la multitud que discute, su cara es una máscara de frustración. Pero cuando sus miradas se cruzan, algo cambia. Mike hace un leve, casi imperceptible movimiento de cabeza.

Comprensión. Aceptación. Es un gesto pequeño, pero su impacto reverbera en Samantha como una onda expansiva. Ella esperaba que Mike liderara la carga contra su llamada. En cambio, él muestra una moderación que ella nunca creyó posible.

El juego se reanuda, pero ese momento perdura en la mente de Samantha. Es un signo de cambio, del impacto que están teniendo sus conversaciones en la cafetería.

Más tarde, Mike se encuentra en una posición mucho menos cómoda. El área de penalti es más estrecha de lo habitual, el plexiglás es una barrera cruel entre él y la acción sobre el hielo. Observa, impotente, cómo el equipo contrario aprovecha su ventaja en el juego. La luz roja parpadea, suena la bocina de gol y la frustración de Mike alcanza su punto de ebullición.

Golpea su stick contra las tablas, el sonido se pierde en el rugido de la multitud que lo celebra. Arriba, la pantalla gigante parece un ataque personal. En números gigantes y brillantes, muestra la racha sin puntos de Mike: diez partidos.

Mike cierra los ojos y deja caer la cabeza contra la pared del área de castigo. Siente el peso de las expectativas que pesan sobre él: las de sus compañeros, las de los aficionados, las suyas propias. El juego está evolucionando y, por primera vez en su carrera, Mike tiene la sensación de estar luchando por seguir el ritmo.

A medida que el reloj de los penaltis avanza, Mike piensa en sus últimas conversaciones con Samantha. Su pasión por este deporte, su profundo conocimiento de sus matices, le han obligado a enfrentarse a su propia rigidez de pensamiento. Siempre se ha enorgullecido de ser un estudioso del juego. Pero ahora se da cuenta de que tal vez aún le queda mucho por aprender.

La puerta del área se abre y Mike vuelve al hielo. Mientras patina para unirse a sus compañeros, su determinación se endurece. Puede que esté en una mala racha luchando con un panorama cambiante de la NHL, pero Mike Donovan no es de los que se echan atrás ante un desafío.

Echa un vistazo a Samantha, serena y concentrada mientras supervisa la jugada. Una extraña mezcla de emociones se arremolina en su pecho: respeto, frustración y algo más que no está preparado para nombrar.

El disco cae y Mike se lanza de nuevo al partido. Tiene mucho que demostrar a su equipo, a los aficionados y a sí mismo.

Y quizás, sólo quizás, a cierto árbitro que está desafiando todo lo que creía saber sobre el hockey.

El vestuario de los árbitros está en silencio, la adrenalina del partido se desvanece en un profundo cansancio. Samantha Merritt se mueve con el piloto automático, sus dedos trabajan en los cordones de sus patines con una eficacia practicada. Cuando abre su taquilla, un papel doblado cae al suelo.

Curiosa, Samantha lo coge. Se queda sin aliento al reconocer la letra angulosa:

"¿A la misma hora, en el mismo lugar mañana? Todavía tengo preguntas.-MD"

Los dedos de Samantha recorren las palabras garabateadas apresuradamente y una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. No debería sentir este revoloteo de expectación. Mike Donovan sigue siendo la encarnación de todo contra lo que ella lucha en el hockey. Y sin embargo...

La tarde siguiente caminan codo con codo por el parque Riverside. Las hojas de otoño crujen bajo sus pies y una paleta de rojos y dorados pinta el mundo que les rodea. Su conversación fluye ahora con más facilidad, la incomodidad inicial da paso a una pasión compartida por el juego que ambos aman.

"Así que las nuevas normas de interferencia", dice Mike, con el ceño fruncido por la concentración. "Entiendo la idea, pero en la práctica..."

"Se trata de proteger a los jugadores", interviene Samantha, moviendo las manos animadamente mientras lo explica. "Al tomar medidas enérgicas contra los picos y los bloqueos lejos del disco, estamos abriendo el juego a más jugadas de habilidad y reduciendo el riesgo de lesiones".

Mike asiente lentamente, procesando. "Lo entiendo. Aunque sigue pareciendo que le quita algo de físico al juego".

"No se trata de eliminar el juego físico", argumenta Samantha. "Se trata de encontrar un equilibrio entre..."

Sus palabras se interrumpen bruscamente cuando sus manos se rozan accidentalmente. Es el más breve de los contactos, pero provoca una sacudida eléctrica en ambos. Samantha siente que sus mejillas se ruborizan y que sus pensamientos descarrilan estrepitosamente.

"Entre...", balbucea, de repente muy consciente de la proximidad de Mike.

Mike se aclara la garganta, con la cara un poco más roja de lo que puede atribuirse al aire fresco. "Entre la tradición y el progreso", dice con voz más áspera de lo habitual.

"De acuerdo", Samantha se las arregla para encontrarse con su mirada. Por un momento, el parque desaparece. Sólo están los asombrosos ojos azules de Mike, el calor de su cuerpo tan cerca del de ella, la tensión tácita que crece entre ellos.

El hechizo se rompe cuando un corredor pasa a su lado, devolviéndoles a la realidad. Reanudan la marcha y una nueva incomodidad se apodera de ellos. Pero por debajo, algo ha cambiado. Se

ha cruzado un límite, aunque ninguno de los dos esté dispuesto a reconocerlo.

Días después, el sonido rítmico de los patines cortando el hielo llena la pista de entrenamiento. Mike Donovan se esfuerza en los ejercicios con una determinación sombría, cada tiro a puerta lleva el peso de su frustración.

"¡Donovan!" La voz ronca del entrenador Bear corta el ruido. "Una palabra."

Mike patina hacia las tablas, con el pecho agitado por el esfuerzo. El rostro curtido del entrenador Bear está marcado por la preocupación.

"¿Qué te pasa, hijo?", pregunta en voz baja. "¿Diez partidos sin anotar? Ese no es el Mike Donovan que conozco".

Mike aprieta la mandíbula. "Estoy trabajando en ello, entrenador. Le daré la vuelta".

El entrenador Bear le estudia durante un largo momento. "Esta liga está cambiando, Mike. Más rápida, más hábil. Siempre has sabido adaptarte, pero ahora...". Se detiene, dejando la implicación en el aire.

"Puedo manejarlo", insiste Mike, un fuego encendiéndose en sus ojos. "Aún no he terminado".

El entrenador Bear asiente y le da una palmada en el hombro a Mike. "Bien. Porque te necesitamos, chico. Ahora vuelve ahí fuera y demuéstrelame".

Cuando Mike se reincorpora a los entrenamientos, sus movimientos adquieren una nueva intensidad. Cada zancada, cada golpe, están alimentados por un ardiente deseo de probarse a sí mismo. De demostrar que puede evolucionar con el juego que ama.

Pero mientras Mike libra su batalla personal en el hielo, al otro lado de la ciudad, Samantha Merritt se enfrenta a su propio crisol.

El vestuario de los árbitros es asfixiante, el peso del partido de la noche presiona a Samantha como una fuerza física. Está sentada sola, con la cabeza entre las manos, mientras el eco de las voces enfadadas se repite en su mente.

"¡Echaste a perder esa llamada, Merritt!"

"¡Vuelve a la liga femenina donde perteneces!"

"¡La NHL se está convirtiendo en una broma!"

Cada decisión discutida, cada cara de enfado en la grada, cada comentario mordaz en las redes sociales... todo se precipita sobre ella en un maremoto de dudas.

Un sollozo ahogado se escapa de sus labios, un sonido ajeno a sus propios oídos. Samantha Merritt, la mujer que rompió la barrera del arbitraje en la NHL, que se ha enfrentado al escepticismo y al sexismo con una determinación inquebrantable, finalmente se quiebra.

"¿Y si tienen razón?", susurra a la habitación vacía. "¿Y si no estoy hecha para esto?"

En este momento de vulnerabilidad, Samantha se permite sentir todo el peso de la presión a la que se ha visto sometida. El escrutinio constante, el saber que cada decisión que toma es analizada no sólo por su exactitud, sino como un referéndum sobre si las mujeres pertenecen a la NHL.

Piensa en Mike Donovan, en sus paseos por el parque y sus conversaciones tomando café. En el cambio gradual de su perspectiva, el creciente respeto en sus ojos. Se había sentido como un progreso, como una prueba de que el cambio era posible.

Pero ahora, tras este desastroso partido, esa esperanza parece un recuerdo lejano.

Samantha respira entrecortadamente, luchando por recuperar la compostura. Sabe que no puede quedarse en este vestuario para siempre, no puede dejar que este momento de debilidad la defina.

Con manos temblorosas, coge el teléfono. Necesita hablar con alguien que la entienda, alguien que le recuerde por qué luchó tanto para estar aquí.

Mientras se desplaza por sus contactos, su pulgar se detiene en un nombre inesperado: Mike Donovan.

Samantha duda, su mente es un torbellino de emociones contradictorias. ¿Puede realmente abrirse a él? ¿Mostrar esta vulnerabilidad al hombre que una vez encarnó todo contra lo que ella luchaba?

Pero entonces recuerda la comprensión en sus ojos durante aquella controvertida llamada, la genuina curiosidad en sus preguntas mientras paseaban por el parque. La forma en que ha estado intentando, realmente intentando, comprender su punto de vista.

Antes de que pueda disuadirse, Samantha envía un mensaje.

El juego evoluciona. Y ella también.

El suave resplandor del teléfono de Mike Donovan ilumina su rostro en la oscuridad de su dormitorio. El silencio nocturno sólo se rompe por el suave zumbido de la ciudad al otro lado de la ventana. Mike parpadea, la sorpresa marca sus rasgos mientras lee el mensaje de Samantha Merritt:

"Partido difícil el de esta noche. ¿Cómo manejas todo el escrutinio? Me siento abrumado".

Los pulgares de Mike revolotean sobre el teclado, una guerra de emociones que se desarrolla en su mente. Samantha Merritt, la árbitro imperturbable que ha resistido sus críticas más duras, se acerca a él en un momento de vulnerabilidad. Es inesperado, desarmante y despierta algo protector en él.

Empieza a teclear, luego borra. Vuelve a escribir. Borra. ¿Cómo transmite la mezcla adecuada de apoyo y comprensión sin pasarse? ¿Desde cuándo le importan tanto los sentimientos de

Samantha Merritt?

Finalmente, Mike respira hondo y deja volar los pulgares:

"No es fácil. Pero recuerda que ellos no están en el hielo. Tú sí. Confía en tu entrenamiento, en tus instintos. El ruido se desvanece cuando te centras en el juego. Te has ganado tu puesto ahí fuera, Merritt. No dejes que nadie te diga lo contrario".

Pulsa "Enviar" antes de pensárselo dos veces y se deja caer sobre la almohada, mirando al techo. Por qué parece que acaba de ocurrir algo importante?

Días después, Mike se encuentra de nuevo frente a Samantha en su ya familiar mesa de la cafetería The Penalty Box. Pero hoy hay algo diferente. La conversación se ha desviado de los entresijos de las trampas en la zona neutral y el glaseado híbrido hacia un terreno más personal.

"Espera, ¿creciste en Minnesota?". pregunta Mike, inclinándose hacia delante con verdadero interés. "¿Cómo acabaste animando a los Habs?".

Samantha se ríe, el sonido calienta a Mike de un modo que no está preparado para analizar. "Mi abuelo era de Montreal. Me contaba historias sobre el Forum, sobre Richard y Béliveau. Esas leyendas se convirtieron en mis héroes".

"Traicionando a tu Wild natal", se burla Mike, disfrutando de la forma en que los ojos de Samantha brillan con indignación fingida.

"¡Oye, los Wild ni siquiera existían cuando yo era niño! ¿Cuál es tu excusa para ser fan de los Bruins en territorio de los Leafs?".

Sus bromas fluyen con facilidad, salpicadas de risas y juguetones golpes. Las historias de hockey dan paso a recuerdos de la infancia, a sueños y decepciones, a la experiencia compartida de dedicar sus vidas a un deporte que es a la vez cruel y hermoso.

Sólo cuando un camarero empieza a apilar sillas a su alrededor se dan cuenta de que la cafetería hace tiempo que cerró. Samantha mira el reloj y abre los ojos.

"¡Dios mío, es más de medianoche! Llevamos horas aquí".

Mike siente una punzada de decepción mientras recogen sus cosas. No está listo para que esta noche termine, no está listo para volver al mundo en el que él y Samantha están en lados opuestos de una división ideológica.

Mientras salen al aire fresco de la noche, Mike busca una razón para prolongar su tiempo juntos. Pero antes de que pueda hablar, Samantha se vuelve hacia él con una suave sonrisa.

"Esto ha estado bien", dice, con una nota de sorpresa en la voz. "¿Quién diría que podrías ser una compañía decente, Donovan?"

Mike sonríe y se mete las manos en los bolsillos para resistir el repentino impulso de acercarse a

ella. "No suenes tan sorprendido, Merritt. Tengo profundidades ocultas".

Sus risas resuenan en la calle vacía, un momento compartido de ligereza que ninguno de los dos quiere romper.

La próxima vez que se vean, será al otro lado de la extensión de hielo reluciente. El estadio vibra de energía, el partido es una batalla muy reñida. Mike siente el fuego familiar en sus venas, el hambre de victoria que le ha impulsado durante toda su carrera.

Y entonces ocurre.

El disco encuentra su palo en un pase perfecto. Mike ve la oportunidad, una fracción de segundo. Se lanza con toda su frustración y determinación. El disco supera el guante extendido del portero y se estrella en el fondo de la red con un golpe satisfactorio.

El estadio estalla. Los compañeros de Mike se arremolinan en torno a él, una maraña de cuerpos exultantes y gritos de júbilo. Pero incluso cuando está inmerso en la celebración, los ojos de Mike buscan en el hielo. Encuentran a Samantha, situada cerca del centro del hielo, con una máscara de neutralidad profesional.

Durante un instante, sus miradas se cruzan. Y en ese momento, algo pasa entre ellos. Comprensión. Orgullo. Un reconocimiento compartido del trabajo, la lucha y la perseverancia que han conducido a este momento.

Los labios de Samantha esbozan una sonrisa, tan rápida que Mike casi piensa que se la ha imaginado. Pero el calor que le invade el pecho es innegable.

Horas más tarde, mucho después de que suene el pitido final y el estadio se haya vaciado, Mike se encuentra en el aparcamiento. Samantha está a unos metros, ninguno de los dos está dispuesto a poner fin a su conversación.

"Ha sido un golazo", dice Samantha, con el aliento visible en el aire frío.

Mike se encoge de hombros, buscando la despreocupación incluso cuando el orgullo se hincha en su interior. "Ya era hora, ¿no? Empezaba a pensar que había olvidado cómo meter el disco en la red".

"Como si", se burla Samantha. "Todavía lo tienes, viejo. Sólo necesitabas adaptarte un poco".

El tono burlón de su voz provoca en Mike una emoción que no tiene nada que ver con el hockey. Se acerca un paso, atraído por una fuerza invisible.

"Quizá tuve un buen profesor", dice en voz baja.

Los ojos de Samantha se abren ligeramente, un rubor sube por sus mejillas que no puede achacarse por completo al frío. El aire entre ellos está cargado de posibilidades no expresadas.

"Debería irme", dice Samantha, pero no hace ningún movimiento para marcharse.

"Sí", asiente Mike, igualmente clavado en el sitio.

Se quedan ahí, suspendidos en ese momento de potencial, ninguno de los dos dispuesto a romper el hechizo. Sólo cuando suena la alarma de un coche en la distancia, la realidad se inmiscuye.

Cuando por fin se separan y se dirigen a sus respectivos vehículos, Samantha y Mike se dan cuenta de algo. Estos encuentros, estas conversaciones, se han convertido en mucho más que entender al "nuevo NHL". Se está formando una conexión inesperada, emocionante y aterradora a la vez.

Mike se desliza en su camioneta, viendo las luces traseras de Samantha desaparecer en la noche. Apoya la cabeza en el reposacabezas y cierra los ojos mientras suelta un largo suspiro.

¿Qué demonios están haciendo? Y lo que es más importante, ¿adónde les lleva esto?

♡ Capítulo 8 ♡

Las luces fluorescentes de la redacción zumban mientras Zoe Rodríguez se inclina sobre su mesa, rodeada de un mar de papeles y ventanas de portátiles abiertas. Su pelo oscuro se amontona desordenadamente sobre su cabeza, sujeto con un lápiz, mientras examina la última tanda de fotos de los partidos.

Algo le llama la atención. Se inclina y entrecierra los ojos ante una serie de imágenes de partidos recientes. Ahí está Samantha Merritt, serena y profesional con su uniforme a rayas. Y Mike Donovan, la personificación de la dureza del hockey de la vieja escuela. Pero no es su presencia individual lo que despierta el interés de Zoe, sino la forma en que parecen mirarse el uno al otro.

Una mirada aquí, otra allá. Nada evidente, nada que grite impropiedad. Pero para el ojo entrenado de Zoe, perfeccionado por años de perseguir historias que otros pasan por alto, es un patrón demasiado consistente para ignorarlo.

"Vaya, vaya", dice, con una lenta sonrisa dibujándose en su rostro. "¿Qué tenemos aquí?"

Días más tarde, el aroma de los granos de café recién molidos llena el aire mientras Zoe se apresura por Main Street, con la mente acelerada por los plazos y las ideas para sus historias. Una carcajada corta la cacofonía urbana y la hace mirar hacia la ventana de la cafetería The Penalty Box.

Zoe se detiene a mitad de camino y su instinto periodístico se despierta. Allí, en una mesa de la esquina, están sentados Samantha Merritt y Mike Donovan. La improbabilidad de la pareja es bastante sorprendente, pero es su lenguaje corporal lo que hace saltar las alarmas en la mente de Zoe.

Samantha echa la cabeza hacia atrás riéndose de algo que ha dicho Mike, su mano toca brevemente el brazo de él en un gesto que parece demasiado familiar para simples conocidos profesionales. Mike se inclina hacia ella, y su ceño fruncido habitual es sustituido por una cálida sonrisa que transforma sus robustas facciones.

El corazón de Zoe se acelera. Esto es más que una simple historia: es potencialmente explosiva. La árbitra más innovadora de la liga y su más firme crítica del cambio, ¿a qué se parecen? ¿Amigos? ¿Algo más?

Se obliga a seguir caminando, la mente le da vueltas a las posibilidades. Sea lo que sea lo que está pasando entre Samantha y Mike, Zoe sabe que necesita más pruebas antes de pensar en escribir.

Al día siguiente, Zoe acecha fuera de las instalaciones de entrenamiento del equipo, con su pase de prensa bien visible mientras espera a que salgan los jugadores. Cuando aparece Ryan O'Neill, se abalanza sobre ella.

"¡Ryan! ¿Tienes un minuto?" Zoe llama, su tono casual, incluso mientras sus ojos brillan con

propósito.

El joven jugador parece asustado y luego receloso. "Claro, Sra. Rodríguez. ¿Qué pasa?"

Zoe se pone a su lado, en voz baja y conspiradora. "No he podido evitar notar un cambio en la actitud del equipo últimamente, sobre todo en lo que respecta a las funcionarias. ¿Algún comentario?"

El paso de Ryan vacila. "No sé a qué te refieres", dice, pero el ligero temblor de su voz lo traiciona.

"Vamos, Ryan", presiona Zoe. "Mike Donovan solía liderar la carga contra la 'nueva NHL'. Ahora prácticamente defiende las llamadas de Samantha Merritt. ¿Qué ha cambiado?"

"Mira, de verdad que no puedo", empieza Ryan, luego parece contenerse. "Tal vez Mike se dio cuenta de que ella sabe lo que hace, ¿de acuerdo? La gente puede cambiar de opinión".

Zoe asiente, archivando cada matiz de la evasiva respuesta de Ryan. "Claro, claro. Gracias, Ryan. Siempre es bueno charlar".

Mientras Ryan se aleja a toda prisa, las sospechas de Zoe se cristalizan en algo más concreto. Definitivamente hay una historia aquí, sólo tiene que encontrar la pistola humeante.

Esa oportunidad se presenta antes de lo esperado. Un soplo de una fuente lleva a Zoe a vigilar la biblioteca pública. Se instala al otro lado de la calle, con su teleobjetivo apuntando a la entrada del edificio.

Pasan las horas. Zoe está a punto de darse por vencida cuando los ve. Samantha Merritt y Mike Donovan, entrando juntos en la biblioteca. A Zoe se le acelera el pulso mientras los sigue a través de las ventanas.

Se sientan a una mesa en un rincón tranquilo y extienden lo que parecen libros viejos. Libros de reglas de hockey, se da cuenta Zoe. Observa, fascinada, cómo Samantha y Mike estudian detenidamente los textos, con las cabezas juntas mientras discuten animadamente.

No es lo que hacen lo que hace temblar el dedo de Zoe sobre el disparador. Es la forma en que lo hacen. La fácil familiaridad entre ellos, la forma en que la mano de Mike permanece cerca de la de Samantha mientras pasan las páginas. Las suaves sonrisas que intercambian, ajenos al mundo que les rodea.

Zoe saca una foto tras otra, con la mente a mil por hora. Esto es más que una relación profesional. Más que un respeto a regañadientes entre adversarios. Esto es algo completamente distinto.

Mientras baja la cámara, Zoe siente una mezcla de emoción e inquietud. Tiene su historia, una bomba potencial que podría sacudir a la NHL hasta sus cimientos. Pero hay una voz molesta en el fondo de su mente, una punzada de conciencia que no puede silenciar.

Samantha Merritt es su amiga. Y lo que Zoe ha presenciado se siente intensamente privado, una frágil conexión que florece contra todo pronóstico.

Zoe recoge su equipo, sus pensamientos son un tumulto de ambición profesional y lealtad personal. Es periodista y ha jurado buscar la verdad dondequiera que conduzca. Pero también es una amiga, conocedora de un secreto que podría hacer descarrilar carreras y destrozando vidas.

La historia del año está a su alcance. Pero, ¿a qué precio?

El peso de la cámara en su bolso se siente repentinamente pesado, cargado de posibles consecuencias. Zoe respira hondo y se prepara para las difíciles decisiones que le esperan.

El apartamento de Zoe Rodríguez es un campo de batalla de ética periodística. Hay fotos esparcidas por su mesa de café, notas adhesivas que adornan los bordes con observaciones garabateadas. Líneas de tiempo y redes de conexiones cubren sus paredes, testimonio de días de intensa investigación.

En el centro de todo está Zoe, con su teléfono en la mano como un salvavidas. La información de contacto de Samantha Merritt brilla en la pantalla, a un solo toque de cambiarlo todo.

El dedo de Zoe se cierne sobre el botón de llamada, temblando ligeramente. El peso de su descubrimiento la presiona, una historia demasiado grande para ignorarla, pero demasiado personal para perseguirla sin consecuencias.

"Maldita sea, Sam", murmura Zoe, pasándose una mano por el pelo revuelto. "¿En qué te estás metiendo?"

Recuerda la risa en la voz de Samantha durante su última conversación, la ligereza que le ha faltado desde su histórico pero tumultuoso debut. Puede Zoe ser la que haga añicos esa felicidad recién descubierta?

Pero la periodista que hay en ella grita que esto es noticia. El posible conflicto de intereses entre un árbitro y un jugador, especialmente dos figuras tan polarizantes como Samantha Merritt y Mike Donovan, es explosivo.

El pulgar de Zoe se balancea entre la amistad y el deber profesional. Con un gemido de frustración, tira el teléfono al sofá y deja la llamada sin hacer. Por el momento.

Días después, el reluciente salón de baile del hotel Ritz-Carlton está repleto de estrellas del mundo del hockey. La gala benéfica anual "Goals for Kids" está en pleno apogeo, con vestidos de diseño y esmóquines impecables.

Zoe se abre paso entre la multitud, su acreditación de prensa le permite el acceso, pero no su aceptación entre la élite reunida. Sus ojos recorren la sala y finalmente se posan en su presa.

Mike Donovan luce una figura impresionante con su traje a medida, muy alejado de su armadura habitual sobre el hielo. Está conversando con un grupo de patrocinadores y su habitual actitud ruda se ha suavizado hasta convertirse en algo casi encantador.

Pero es la forma en que Mike cambia su atención lo que realmente capta el interés de Zoe. Samantha Merritt entra en el salón de baile, resplandeciente con un vestido azul oscuro que la hace destacar. Los ojos de Mike la encuentran al instante, como atraídos por una fuerza invisible.

Zoe observa fascinada cómo Mike se separa de su grupo. Se dirige hacia Samantha, su camino es lo suficientemente casual como para parecer una coincidencia para la mayoría de los observadores. Pero Zoe ve el propósito en su paso, la forma en que todo su cuerpo parece orientarse hacia Samantha.

Intercambian saludos, nada fuera de lo normal para dos profesionales en un evento de trabajo. Pero el ojo entrenado de Zoe capta las sutilezas: la forma en que la mano de Mike se detiene una fracción demasiado larga cuando se estrechan, el ablandamiento alrededor de los ojos de Samantha cuando le sonríe.

Zoe saca su teléfono y sus dedos vuelan mientras teclea sus observaciones. Este es el tipo de interacción matizada que da vida a una historia, que convierte la especulación en una narración convincente.

Mientras observa cómo Mike y Samantha se alejan, retomando conversaciones por separado, Zoe siente una renovada certeza. Definitivamente hay algo aquí, algo que podría cambiar la carrera de ambos.

La cuestión es qué va a hacer al respecto.

El sábado por la mañana, Zoe se encuentra en Le Petit Café tomando un café con leche mientras espera a que Samantha llegue para su almuerzo semanal. Es una tradición que mantienen desde la universidad, una piedra de toque de normalidad en sus a menudo caóticas vidas.

Cuando Samantha se apresura a entrar, disculpándose por su retraso, Zoe nota inmediatamente que algo no va bien. Su amiga parece distraída, su habitual concentración láser sustituida por una energía nerviosa.

"No te preocupes", dice Zoe, estudiando a Samantha por encima del borde de su taza de café. "¿Mañana ocupada?"

Samantha asiente, sus dedos tamborilean un ritmo errático sobre la mesa. "Sí, sólo cosas del trabajo. Ya sabes cómo es".

Zoe tararea sin compromiso, observando cómo los ojos de Samantha se desvían hacia su teléfono. "¿Grandes planes para el resto del día?"

"Oh, ya sabes", dice Samantha, agitando una mano vagamente. "Recados, tal vez ponerme al día con la lectura. Nada emocionante".

La evasiva en el tono de Samantha hace saltar las alarmas en la mente de Zoe. En todos los años que llevan conociéndose, a Samantha nunca le han gustado las respuestas vagas ni las intenciones ocultas.

A medida que avanza el almuerzo, Zoe intenta suavemente obtener más información, sus instintos periodísticos en conflicto con su deseo de respetar la intimidad de su amiga. Pero Samantha sigue siendo frustrantemente opaca, cambiando de tema cada vez que la conversación se acerca demasiado a sus planes.

Cuando se separan, las sospechas de Zoe se han convertido en casi certezas. Samantha esconde algo, o a alguien.

Esa misma tarde, Zoe se encuentra haciendo footing por el parque Riverside, con la mente todavía agitada por las implicaciones del comportamiento de Samantha. El aire fresco del otoño le llena los pulmones mientras se esfuerza, con la esperanza de que el esfuerzo físico le aclare su dilema ético.

Al doblar un recodo del camino, Zoe casi se detiene. Allí, en un claro apartado del camino principal, están Samantha Merritt y Mike Donovan.

Van vestidos de manera informal, muy lejos de su imagen profesional. Mike está de pie detrás de Samantha, con las manos en los hombros mientras la guía a través de lo que parece ser un movimiento de control. Sus cuerpos se mueven en sincronía, el cuerpo más grande de Mike envuelve el de Samantha mientras demuestra la técnica.

El instinto periodístico de Zoe le pide a gritos que lo documente, que capture pruebas concretas de la conexión que ha ido tejiendo. Pero algo la detiene. La intimidad del momento, las sonrisas genuinas en los rostros de ambos... parece demasiado privado, demasiado valioso para entrometerse.

Ralentiza el paso, absorbe en la escena. Mike dice algo que hace reír a Samantha, el sonido se transmite por la brisa. Por un momento, no son un árbitro polémico y un jugador de la vieja escuela. Sólo son dos personas, disfrutando de la compañía del otro, compartiendo la pasión por el juego que ha definido sus vidas.

Cuando Zoe pasa trotando por delante de la absorta pareja, una oleada de emociones contradictorias se apodera de ella. La historia que ha estado persiguiendo de repente se siente menos como una primicia y más como una traición.

Piensa en el viaje de Samantha, en las barreras que ha roto y en el escrutinio que ha soportado. Piensa en Mike, en la suavización gradual de su postura de línea dura, en el respeto que ha mostrado por las habilidades de Samantha.

Zoe se da cuenta de que tiene que tomar una decisión. Sí, es una gran historia, una bomba potencial que podría sacudir el mundo del hockey. Pero, ¿qué pasa con los daños colaterales? ¿A los tímidos progresos que se están haciendo en el deporte que ella ama?

Al reanudar su carrera, la mente de Zoe corre más rápido que sus pies. Tiene que tomar una decisión que pondrá a prueba su integridad como periodista y como amiga.

El mundo del hockey está cambiando. Y Zoe Rodriguez tiene en sus manos el poder de facilitar

ese cambio o de desbaratarlo por completo.

El elegante y moderno despacho de la comisaria Patricia Hendricks destila poder y progreso. Zoe Rodríguez está sentada frente a la formidable mujer, con su grabadora discretamente colocada sobre el pulido escritorio que las separa. La entrevista sobre las iniciativas de diversidad de la NHL transcurre sin problemas, pero la mente de Zoe está concentrada en su verdadero objetivo.

"Hablemos de Samantha Merritt", dice Zoe, manteniendo un tono informal. "Ha sido una pionera en su programa de diversidad. ¿Cómo valora su actuación hasta ahora?".

La Comisaria Hendricks se echa hacia atrás, con una sonrisa cuidadosamente medida en la cara. "Samantha ha superado nuestras expectativas. Su actuación ha sido ejemplar y ha manejado la presión con notable aplomo".

Zoe asiente, observando atentamente cualquier destello de conocimiento adicional en los ojos del comisario. "¿Y la acogida de los jugadores? He notado algunas actitudes cambiantes, sobre todo entre los jugadores veteranos".

Durante una fracción de segundo, algo parpadea en el rostro de Hendricks antes de que su máscara profesional vuelva a su sitio. "El cambio lleva tiempo, Sra. Rodríguez. Pero estamos viendo progresos positivos. Los jugadores están reconociendo la habilidad de Samantha y su dedicación al juego".

Zoe se inclina ligeramente. "¿Algún ejemplo concreto que puedas compartir?"

Hendricks hace una pausa y afina la mirada. "Creo que es mejor dejar que la actuación sobre el hielo hable por sí misma, ¿no crees?".

El desvío es sutil pero claro. Zoe toma nota mentalmente: o la comisaria no está al corriente de la situación de Samantha y Mike, o es muy buena ocultándolo.

Horas más tarde, al amparo de la oscuridad, el coche de Zoe está parado en un aparcamiento aislado. Su aliento empaña la ventanilla mientras observa el familiar sedán de Samantha acercarse al Pinewood Ice Arena, una destartada pista de patinaje a las afueras de la ciudad.

El corazón de Zoe se acelera cuando ve la camioneta de Mike Donovan aparcada entre las sombras. Momentos después, Samantha sale de su coche con una bolsa de viaje colgada del hombro. Mira furtivamente a su alrededor antes de entrar a toda prisa.

"Oh, Sam", susurra Zoe, con una mezcla de excitación periodística y pavor personal revolviéndose en su estómago. "¿Qué estás haciendo?"

A través de las ventanas esmeriladas de la pista, Zoe vislumbra movimiento sobre el hielo. Dos figuras se deslizan juntas, sus acciones están demasiado coordinadas para ser otra cosa que una práctica deliberada. Pero hay una intimidad en sus movimientos que va más allá del entrenamiento profesional.

El dedo de Zoe se cierne sobre el disparador de su cámara. Esta es la pistola humeante que ha

estado buscando. Pruebas concretas de reuniones clandestinas, de una relación que difumina los límites profesionales.

Pero no se atreve a intentarlo. El peso de su amistad con Samantha, las posibles consecuencias de exponer esta frágil conexión... todo eso la detiene.

Mientras Zoe se aleja en el coche, su mente se acelera con las implicaciones de lo que ha presenciado. La historia está tomando forma, lo quiera ella o no.

A la mañana siguiente, Zoe se encuentra en la sala de conferencias del periódico, frente a su escéptico director. Impresiones y fotos cubren la mesa mientras presenta sus hallazgos.

"Es algo sin precedentes", argumenta Zoe con voz apasionada. "Una mujer árbitro, la cara del impulso a la diversidad de la NHL, entablando una relación con uno de los críticos más abiertos de la liga contra el cambio. El simbolismo por sí solo es material de primera plana".

Su editor se echa hacia atrás, con el ceño fruncido. "Es convincente, Rodríguez. Pero también es peligroso. Estamos hablando de carreras potencialmente descarriladas. ¿Estás absolutamente seguro de esto?"

Zoe duda, el peso de su conocimiento la presiona. "Tengo pruebas", dice lentamente. "Fotos, conversaciones escuchadas. Pero..."

"¿Pero?", le pregunta su editor.

"Pero no estoy segura de que publicar esto sea lo correcto", admite Zoe, las palabras le saben amargas en la boca.

El editor la estudia durante un largo rato. "Escríbelo", dice finalmente. "El artículo completo, todo lo que tengas. Tomaremos la decisión final cuando lo veamos en papel".

Las horas se suceden mientras Zoe se inclina sobre su ordenador, plasmando su investigación en palabras. La historia toma forma: una narración de conexiones improbables, de perspectivas cambiantes, de un deporte en plena evolución.

Al amanecer, Zoe se sienta a contemplar el borrador terminado en su pantalla. Es bueno. Incluso digno de un Pulitzer. El tipo de historia que podría lanzar su carrera a la estratosfera.

Pero su dedo se cierne sobre el botón de "enviar", temblando ligeramente. Piensa en la risa de Samantha en aquel parque solitario, en la suavidad de los ojos de Mike mientras la veía patinar. Piensa en el progreso que se está produciendo, glacialmente lento pero innegablemente real, en las actitudes tanto de los jugadores como de los aficionados.

El cursor parpadea acusadoramente, esperando su decisión. Zoe cierra los ojos y respira hondo. Tiene el poder de sacar a la luz un secreto, de alterar potencialmente el delicado equilibrio del cambio en la NHL.

Pero también tiene el poder de proteger algo frágil y hermoso, una conexión que podría ser la

clave del verdadero progreso en el deporte que ama.

La mano de Zoe se mueve hacia el ratón y su decisión se cristaliza. Sea cual sea la decisión que tome, sabe que las consecuencias irán mucho más allá de los límites de la pantalla de su ordenador.

♡ Capítulo 9 ♡

El suave resplandor de la luz de las velas baila sobre el rostro de Samantha Merritt mientras se inclina hacia ella, cautivada por el animado relato de Mike Donovan de una legendaria pelea en los playoffs. El ambiente íntimo de Chez Marcel les envuelve, el murmullo de la conversación y el tintineo de los cubiertos crean un capullo de intimidad en el abarrotado restaurante.

"...y entonces Probert se largó y..." Las palabras de Mike mueren en su garganta cuando la mano de Samantha se tensa de repente alrededor de su vaso. Sus ojos se abren de par en par, fijos en un punto por encima de su hombro.

"¿Sam?" pregunta Mike, con la preocupación marcando sus rasgos. "¿Qué pasa?"

La voz de Samantha apenas supera un susurro. "John Paulson acaba de entrar".

El nombre de su colega árbitro actúa como una descarga eléctrica. El cuerpo de Mike reacciona instintivamente, deslizándose por el cuero liso de la cabina con una facilidad practicada. Cuando el imponente cuerpo de John Paulson aparece en su mesa, el rostro de Mike se ha transformado en una máscara de seriedad profesional.

"Merritt", asiente Paulson, con las cejas enarcadas por la sorpresa. "Donovan. No esperaba veros juntos".

La mente de Samantha se acelera, buscando una explicación plausible. "¡John! Estábamos hablando de las nuevas directrices sobre interferencias. Ya sabes lo confusas que pueden ser para los jugadores". Fuerza una carcajada que suena hueca incluso para sus propios oídos.

Mike interviene, con voz ronca. "Sí, pensé que sería mejor entender esta mierda antes de terminar en la caja cada dos turnos".

La mirada de Paulson pasa de uno a otro, con un claro escepticismo en sus ojos. "Ajá. Bueno, no quiero interrumpir su discusión política". Sigue adelante, no sin antes lanzar una última mirada escrutadora por encima del hombro.

Cuando Paulson desaparece en el restaurante, Samantha suelta un suspiro tembloroso. "Estuvo cerca", murmura, consciente de lo incriminatoria que debió parecer su cena íntima.

Mike asiente, con la mandíbula tensa. "Demasiado cerca. Tenemos que tener más cuidado".

El peso de su situación se asienta sobre la mesa como una espesa niebla, empañando la calidez de momentos antes. Ambos saben los riesgos que corren, las posibles consecuencias si su creciente relación se hace pública. Pero cuando sus miradas se cruzan a la luz de las velas, ninguno de los dos se atreve a sugerir que pongan fin a lo que sea que haya entre ellos.

Días después, el frío pre-amanecer del estadio vacío se filtra a través de la chaqueta de Samantha mientras se desliza hacia las gradas. El roce de los patines sobre el hielo resuena en el espacio cavernoso y una figura solitaria traza elegantes arcos sobre la pista.

Samantha se queda sin aliento cuando Mike inicia una serie de ejercicios, con movimientos potentes y precisos. Sabe que no debería estar aquí, que no debería estar viendo esta sesión privada de entrenamiento. Pero la atracción es irresistible, una oportunidad de ver a Mike en su elemento, libre del escrutinio de entrenadores y compañeros de equipo.

Como si sintiera su presencia, Mike se detiene en el centro del hielo. Con un movimiento fluido, se quita la camiseta de entrenamiento y se seca con ella el sudor de la frente. El corazón de Samantha se acelera cuando sus ojos recorren los músculos definidos de su espalda, las cicatrices y los moratones que cuentan la historia de una carrera luchando sobre el hielo.

Mike se gira y la ve en las gradas. Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro mientras patina hacia ella, con el pelo alborotado y el pecho agitado por el esfuerzo.

"¿Disfrutas del espectáculo, Merritt?", dice, con un tono de desafío juguetón en la voz.

Samantha baja los escalones, atraída hacia las tablas por alguna fuerza magnética. "Sólo me aseguro de que no adquieras malos hábitos, Donovan", replica, pero no hay mordacidad en sus palabras.

Cuando Mike llega a las tablas, el ambiente lúdico cambia. El aire entre ellos se vuelve cargado, denso y tenso. Los ojos de Mike, sorprendentemente azules en la dura luz fluorescente, buscan el rostro de Samantha.

"¿Por qué estás realmente aquí, Sam?", pregunta en voz baja, su habitual brusquedad sustituida por algo más vulnerable.

Samantha abre la boca para responder, para expresar las emociones que la han traído a esta pista vacía al amanecer. Pero antes de que pueda pronunciar las palabras, el sonido de unos pasos que se acercan resuena en la pista.

El pánico aflora a los ojos de ambos. Mike reacciona primero, patinando hacia atrás con facilidad. Samantha se da la vuelta, lista para correr hacia la salida más cercana.

"¡Donovan!" La voz ronca del entrenador Oso retumba a través del hielo. "No esperaba verte aquí tan pronto."

Samantha se queda paralizada, con el corazón latiéndole con fuerza, mientras se gira lentamente para mirar al entrenador que se acerca. Esboza lo que espera que sea una sonrisa despreocupada. "Buenos días, entrenador Oso. Estaba observando algunas de las técnicas de entrenamiento individuales de los jugadores. A efectos de arbitraje, como comprenderá".

Los ojos del entrenador Oso se entrecierran y miran a Samantha y a Mike, que ha reanudado despreocupadamente sus ejercicios en el centro del hielo. "Ajá", gruñe, claramente poco convencido. "Bueno, no dejes que interrumpa tu... observación".

Cuando el entrenador Bear se acerca al banquillo, Samantha suelta un suspiro tembloroso. Atrapa la mirada de Mike al otro lado de la pista y ve su propia mezcla de alivio y miedo.

persistente reflejada en ella.

Este baile que están haciendo, este delicado acto de equilibrio entre los límites profesionales y la creciente conexión personal, es cada vez más precario. Están patinando sobre hielo delgado, y ambos lo saben.

Pero cuando Mike le lanza una última mirada intensa antes de centrarse en sus ejercicios, Samantha se da cuenta de una verdad aterradora: a pesar de los riesgos y las posibles consecuencias, no está preparada para salir de este hielo. Todavía no. Quizá nunca.

La cuestión es cuánto tiempo podrán mantener el equilibrio antes de que el hielo se resquebraje bajo sus pies.

El corazón de Samantha late con fuerza cuando se agacha detrás de una fila de asientos y el frío del suelo del estadio se filtra a través de sus vaqueros. Contiene la respiración y se esfuerza por oír la conversación que tiene lugar en el hielo.

"Un poco pronto para ti, ¿no, Donovan?" La voz ronca del entrenador Bear resuena en el estadio vacío.

El rítmico golpe del disco contra las tablas llena el aire mientras Mike empieza a practicar sus tiros. "Sólo intento ganar ventaja, entrenador", responde Mike, con un tono despreocupado a pesar de la tensión que Samantha percibe en sus palabras.

"Ajá", gruñe el entrenador Oso, con evidente escepticismo. "¿Y supongo que Merritt estuvo aquí criticando tu forma?"

Samantha da un respingo, maldiciendo para sus adentros. Debería haber sabido que no podían engañar a la veterana entrenadora.

"Estaba observando técnicas de entrenamiento", dice Mike, con voz firme. "Para oficial. Ya sabes lo en serio que se toma su trabajo".

Hay una larga pausa, llenada únicamente por el sonido de los continuos disparos de práctica de Mike. Finalmente, el entrenador Bear suspira. "Ten cuidado, Donovan. Los dos. Esta liga no necesita más polémicas".

A Samantha se le corta la respiración. Las implicaciones de las palabras del entrenador Bear son claras: sospecha algo, aunque no lo sepa con certeza.

Cuando los pasos del entrenador Oso se desvanecen, Samantha se levanta lentamente de su escondite. Sus ojos se encuentran con los de Mike al otro lado del hielo, una conversación silenciosa pasa entre ellos. El riesgo que corren nunca ha sido tan real.

Días más tarde, el rugido de la multitud llena los oídos de Samantha mientras se desliza por el hielo, muy concentrada. Es un partido crucial, la tensión crece mientras dos de los mejores equipos luchan por los playoffs.

De repente, la obra converge ante ella. Los cuerpos chocan, los palos chocan y en el centro de todo está Mike Donovan. El tiempo parece ralentizarse mientras Samantha procesa la escena que se desarrolla ante ella.

El stick de Mike se levanta y se enreda con el de un rival mientras luchan por el disco. Se trata de una jugada límite, el tipo de interacción física que podría ir en cualquier dirección, dependiendo de la interpretación del árbitro.

Samantha siente el peso del momento presionándola. Es muy consciente de la presencia de Mike, de la historia y la conexión que hay entre ellos. Pero también es consciente de los miles de ojos que la observan, de la reputación que tanto le ha costado labrarse.

En esa fracción de segundo, Samantha toma una decisión. Su silbido corta el aire, agudo y decisivo.

"¡Penalti! ¡Número 33, dos minutos por enganche!"

El público estalla en una mezcla de vítores y abucheos. Los ojos de Samantha encuentran los de Mike, que se vuelve hacia ella. Hay frustración, la reacción natural de un jugador que no está de acuerdo con una decisión. Pero en el fondo, Samantha ve un destello de algo más: comprensión, quizá incluso orgullo.

Mientras Mike patina hacia el área de castigo, con cara de decepción profesional, Samantha siente un complejo remolino de emociones. Sabe que ha tomado la decisión correcta. Pero el coste personal, la tensión que ejerce sobre su frágil conexión, pesa mucho sobre ella.

Después del partido, Samantha se sienta en el vestuario de árbitros y se desabrocha lentamente los patines. Las voces de sus colegas llegan desde el otro lado de la sala.

"¿Viste la llamada de Merritt a Donovan en el tercero?" John Paulson dice, admiración clara en su tono. "De libro de texto. No dejó que el gran nombre o el momento le influyeran".

"Hay que reconocerlo", dice Derek Foster, sorprendiendo a Samantha con sus elogios. "Se está probando a sí misma ahí fuera. Hablando claro, no importa quién esté involucrado".

Una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de Samantha, el orgullo se hincha en su pecho. Esto es por lo que ha trabajado: el respeto de sus compañeros, el reconocimiento de sus habilidades.

Pero tan rápido como llega, la sonrisa vacila. La culpa la corroee por dentro. Si supieran la verdad -las reuniones clandestinas, la creciente conexión personal con Mike-. ¿Seguirían considerando sus llamadas imparciales?

Samantha termina de cambiarse en silencio, con la guerra interna entre el orgullo y la culpa desatada en su interior. Al salir del estadio, su teléfono recibe un mensaje de Mike:

"Difícil decisión la de esta noche. Pero la correcta. ¿Cenamos luego?"

Samantha mira fijamente la pantalla, con el pulgar sobre el botón de respuesta. Este es el quid de

su situación imposible: el respeto profesional, la conexión personal, todo enredado de una manera que amenaza todo por lo que ambas han trabajado.

Respirando hondo, Samantha teclea su respuesta:

"Gracias. Y sí".

Al pulsar enviar, Samantha sabe que se acercan a una encrucijada. El hielo sobre el que patinan es cada vez más fino. Algo tiene que ceder.

La pregunta es: ¿qué están dispuestos a sacrificar para mantener este delicado equilibrio? ¿Y cuánto tiempo más podrán mantener ocultos sus crecientes sentimientos a un mundo demasiado deseoso de juzgarlos?

El tenue resplandor del reloj del salpicadero indica que es casi medianoche cuando Mike Donovan está sentado en su coche aparcado, con el motor apagado, mirando fijamente la pantalla iluminada de su teléfono.

Mike aprieta la mandíbula mientras se debate sobre la conveniencia de enviar el mensaje. Es bastante inocente en apariencia, pero sabe el peso que conlleva, el riesgo inherente a cada interacción que comparten fuera de la pista.

Un movimiento cerca de la salida del estadio le llama la atención. La mano de Mike baja instintivamente el teléfono al reconocer la figura menuda de Zoe Rodríguez, con un bloc de notas en la mano, saliendo del edificio. Los ojos de la periodista deportiva recorren el aparcamiento con una intensidad que pone los nervios de punta a Mike.

Se encorva en su asiento, agradecido por los cristales tintados de su todoterreno. La mirada de Zoe pasa por delante de su vehículo y se detiene un instante antes de seguir su camino. Mike suelta un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Con un gruñido frustrado, borra el mensaje no enviado. El riesgo es demasiado alto, los ojos que les observan demasiado agudos. Esta noche no es la noche para tentar a la suerte.

Días después, el reluciente salón de baile del Hotel Fairmont bulle con la energía de la gala de mitad de temporada de la NHL. Samantha Merritt está de pie junto a una columna, picoteando un pequeño plato de aperitivos mientras observa la sala. Sus ojos siempre encuentran a Mike Donovan, que corteja a un grupo de veteranos cerca de la barra.

Sus miradas se cruzan fugazmente, una corriente de tensión tácita pasa entre ellos antes de que ambos aparten rápidamente la mirada. Llevan toda la noche jugando a este juego de evasión casual, manteniendo una distancia prudente mientras son hiperconscientes de la presencia del otro.

A medida que avanza la velada, Samantha es conducida hacia los ascensores junto con un grupo de directivos de la liga. El coche llega con un suave timbre, ya medio lleno de asistentes a la

fiesta. Samantha entra y se aprieta contra la pared del fondo para hacer sitio.

Una colonia familiar llega a sus fosas nasales segundos antes de que un hombro ancho presione contra el suyo. Mike Donovan, empujado hacia el ascensor por la multitud que le sigue.

Las puertas se cierran y, de repente, Samantha es consciente de cada punto de contacto entre ellos. El brazo de Mike, sólido y cálido contra el suyo. El roce de su pierna cuando alguien se mueve, acercándolos. Puede sentir el calor que irradia de él, puede oír su respiración entrecortada que le dice que él también está afectado por su proximidad.

Son sólo unos pisos, pero a Samantha le parecen una eternidad. Su cuidada fachada profesional se resquebraja ante la intimidad del momento. Cuando el ascensor se abre por fin en el nivel del salón de baile, salen con una prisa apenas disimulada, ambos sonrojados e inquietos.

Samantha se dirige al bar, desesperada por tomar algo que refresque su piel acalorada. Apenas ha bebido un sorbo de agua cuando una voz familiar suena detrás de ella.

"Samantha, justo la persona que quería ver."

Se vuelve y encuentra a la comisaria Patricia Hendricks, resplandeciente con un traje pantalón a medida, sonriéndole con una intensidad que pone inmediatamente en guardia a Samantha.

"Comisario", asiente Samantha, forzando una sonrisa. "Encantador evento".

"Efectivamente", asiente Hendricks, con los ojos afilados. "Quería hablar contigo. Últimamente he notado una notable mejora en tus relaciones con algunos de nuestros jugadores más ruidosos. ¿Le importaría compartir su secreto?"

Samantha bebe un sorbo largo, ganando tiempo mientras formula una respuesta. Al otro lado de la habitación, sin que ella lo vea, Mike Donovan observa la interacción con una tensión apenas disimulada.

"Ningún secreto, Comisario", dice Samantha con cuidado. "Solo nos centramos en una comunicación clara y en el respeto mutuo por el juego".

Hendricks asiente lentamente, su mirada penetrante. "Respeto mutuo. Sí, yo también lo he notado. Sobre todo con Mike Donovan. Todo un cambio desde su postura inicial, ¿no le parece?"

A Samantha se le acelera el corazón, pero mantiene una expresión neutra. "Mike es un profesional. Puede que hayamos tenido nuestras diferencias, pero ambos queremos lo mejor para el hockey".

"Hmm", dice Hendricks, claramente no del todo satisfecho. "Bueno, sigue así, Samantha. Pero recuerda que, en un puesto como el tuyo, la percepción lo es todo. No podemos permitirnos ni un indicio de incorrección".

La advertencia en sus palabras es clara. Samantha asiente, sin confiar en sí misma para hablar.

Cuando Hendricks se aleja, Samantha suelta un suspiro tembloroso y se bebe el resto del agua de un trago.

Al final de la gala, Samantha se siente atraída por un balcón aislado, desesperada por un momento de aire fresco y soledad. La fresca brisa nocturna es un alivio después del sofocante salón de baile.

Apenas ha tenido un momento para ordenar sus pensamientos cuando la puerta del balcón se abre tras ella. Mike sale con la pajarita aflojada.

Sus miradas se cruzan y, de repente, el aire entre ellos se carga de electricidad. Toda la tensión de la noche, las miradas robadas y los roces accidentales, culminan en este momento.

Mike da un paso más cerca, su voz baja. "Sam, yo..."

Se inclinan, atraídos por una fuerza que ninguno de los dos puede resistir. Samantha cierra los ojos, con el corazón palpitante.

La puerta del balcón se abre de golpe, rompiendo el momento. Se separan de un salto y Ryan O'Neill sale dando tumbos, claramente pasado de copas.

"¡Oh, hey Cap! ¡Merritt!" balbucea Ryan, ajeno al momento en que es interrumpido. "Gran fiesta, ¿eh?"

Samantha y Mike intercambian una mirada de alivio y frustración. El hechizo se ha roto, el momento se ha perdido. Pero mientras Ryan divaga, inconsciente de la tensión que le rodea, Samantha vuelve a llamar la atención de Mike.

En esa mirada compartida hay un mundo de sentimientos no expresados, de posibilidades y peligros. Esta noche han bordeado el límite y han estado más cerca que nunca de cruzar una línea que no se puede descruzar.

Mientras vuelven a entrar y se reúnen con la multitud cada vez más reducida, Samantha y Mike saben que algo tiene que cambiar. La cuerda floja en la que caminan es cada vez más precaria.

La cuestión ahora no es si finalmente perderán el equilibrio, sino cuándo, y cuáles serán las consecuencias cuando lo hagan.

♡ Capítulo 10 ♡

El estadio vibra con la energía previa al partido cuando Samantha Merritt se desliza sobre el hielo recién repavimentado. Sus patines trazan líneas nítidas mientras recorre la pista con su rutina habitual de calentamiento. Pero esta noche, sus movimientos carecen de su fluidez habitual. Sus ojos se desvían hacia el extremo del equipo local en contra de su voluntad.

Mike Donovan se estira en el centro del hielo, su poderoso cuerpo contrasta con las esbeltas figuras de sus compañeros más jóvenes. Como si sintiera su mirada, levanta la vista. Por un instante, sus ojos se cruzan. El mundo parece estrecharse y el rugido del público se convierte en un zumbido lejano.

Samantha se queda sin aliento. Ve la misma tormenta de emociones que siente reflejada en los penetrantes ojos azules de Mike: deseo, miedo, una necesidad desesperada de mantener la profesionalidad. Ambos apartan la mirada, la conexión se rompe pero la electricidad permanece en el aire.

El primer periodo comienza con un ritmo frenético. Los cuerpos chocan, los palos chocan y el disco rebota por la pista. Samantha se obliga a concentrarse, a ver el partido y no sólo la imponente presencia de Mike Donovan sobre el hielo.

A mitad del periodo, sucede. Mike apunta a un rival cerca de las tablas, justo en la línea de visión de Samantha. El golpe es sísmico, el sonido de los cuerpos chocando resuena en todo el estadio. El público ruge, mitad en agradecimiento, mitad pidiendo un penalti.

La mano de Samantha se mueve hacia su silbato, el instinto en guerra con su ojo entrenado. Repite el golpe en su mente a la velocidad del rayo. Limpio. Duro, pero dentro de las reglas. Su silbato permanece en silencio mientras indica que continúe el juego.

Mientras los equipos se preparan para el cara a cara, Mike pasa patinando. Sus ojos se cruzan con los de ella durante un breve instante, con una sutil inclinación de cabeza que expresa su agradecimiento por su llamada. El gesto provoca en Samantha una emoción que nada tiene que ver con el respeto profesional.

El segundo periodo aumenta la intensidad. El marcador sigue empatado y cada jugada es crucial. Samantha se encuentra en medio de la acción y su silbato marca el ritmo del partido a intervalos regulares.

A falta de cinco minutos para el final del periodo, estalla el caos delante de la red. Los palos se enredan, los cuerpos se amontonan y el silbato de Samantha corta el caos. Su brazo se levanta y señala un penalti contra el equipo de Mike por interferencia del portero.

El público local abuchea a Mike, que patina hacia ella con la frustración grabada en el rostro. Al pasar, sus hombros casi se rozan. Su voz es grave, solo para los oídos de ella.

"Vamos, árbitro. Me estás matando aquí."

Las palabras son las típicas protestas de un jugador, pero hay un trasfondo en ellas que hace que Samantha se sonroje. La forma en que los ojos de Mike se detienen en ella, la ligera curvatura de sus labios... parece más un flirteo que una discusión.

Samantha se obliga a mantener su expresión severa, señalando con firmeza el área de castigo. Pero mientras Mike se aleja patinando, no puede evitar la pequeña sonrisa que se dibuja en sus labios. Este baile que están haciendo, este paseo por la cuerda floja entre el distanciamiento profesional y la atracción latente, es embriagador y aterrador a partes iguales.

Al comienzo del tercer periodo, la tensión en el estadio es palpable. El partido sigue empatado y cada jugada conlleva el peso de una posible victoria o derrota. Samantha lo siente con intensidad, la presión del momento se ve agravada por su hiperconciencia de la presencia de Mike Donovan sobre el hielo.

La mayoría de las veces, sus ojos se fijan en él. La potencia de sus zancadas en los contragolpes, la elegancia con la que maneja el disco a pesar de su imponente tamaño. Cada vez que participa en una jugada, Samantha siente que su corazón se acelera.

La lucha interna es agotadora. Se ha entrenado toda su vida para ser imparcial, para ver el juego y no a los jugadores. Pero ahora, con Mike Donovan ocupando tanto espacio en sus pensamientos, en su corazón, Samantha se encuentra constantemente cuestionándose cada decisión.

¿Deja que se salga con la suya por sus sentimientos? ¿Compensa siendo demasiado dura? La duda la corroe, incluso cuando se obliga a tomar cada decisión con una confianza decisiva.

A medida que el reloj avanza y el partido pende de un hilo, Samantha se da cuenta de que se enfrenta a la mayor prueba de su carrera. No sólo como árbitro, sino como mujer atrapada entre el deber y el deseo, entre el amor por el juego y el amor inesperado que florece en su corazón.

El reloj de la arena avanza sin piedad. Diez segundos. Nueve. Ocho. El rugido del público se convierte en fuerza física cuando Mike Donovan se hace con el disco en el centro del hielo.

A Samantha Merritt le late el corazón en el pecho y aprieta con fuerza el silbato mientras corre para seguir la jugada. Observa, sin aliento, cómo Mike pasa a una defensa y luego a otro.

Tres segundos. Dos segundos.

Mike se levanta y su palo se convierte en un borrón al conectar con el disco. El tiempo parece ralentizarse mientras Samantha sigue la trayectoria del proyectil. El disco pasa por encima de los guantes extendidos, del portero que se lanza desesperado y golpea el fondo de la red con un sonoro *golpe* justo cuando suena la bocina final.

El estadio estalla. Sus compañeros se abalanzan sobre Mike, que desaparece bajo un montón de cuerpos jubilosos. Samantha se obliga a permanecer estoica, a patinar hasta su posición para el perfunctorio cara a cara final con una despreocupación practicada.

Pero cuando la celebración del equipo se desplaza, Mike emerge de la melé. Sus ojos, llenos de triunfo, recorren el hielo hasta que se posan en Samantha. Por un instante, el caos que les rodea se desvanece. El rostro de Mike se suaviza, su sonrisa se convierte en algo más íntimo, sólo para ella. Samantha siente que su máscara de imparcialidad desaparece cuando una pequeña sonrisa de respuesta se dibuja en sus labios antes de que pueda detenerla.

El momento pasa en un abrir y cerrar de ojos, la realidad vuelve a estrellarse cuando Mike es engullido una vez más por sus compañeros de equipo. Pero la calidez de esa mirada compartida perdura, una chispa secreta en medio del pandemónium.

Horas más tarde, mucho después de que el público se haya disipado y el estadio haya enmudecido, Samantha camina por los vestuarios vacíos de los árbitros. Sus pasos resuenan en las paredes desnudas mientras vuelve sobre sus pasos una y otra vez, con la mente convertida en un torbellino de emociones contradictorias.

Repite cada momento del partido, cada interacción con Mike. El roce de su hombro al pasar patinando. El calor de sus ojos durante sus breves intercambios. La forma en que su cuerpo parecía zumbiar de conciencia cada vez que él estaba cerca.

"Esto es una locura", murmura Samantha para sí misma, pasándose una mano por el pelo. "Eres una profesional. Actúa como tal".

Pero aunque se reprenda a sí misma, Samantha sabe que es una batalla perdida. Los sentimientos que ha desarrollado por Mike Donovan son demasiado fuertes para ignorarlos o razonarlos. Son una fuerza de la naturaleza, tan imparables como una bofetada y el doble de peligrosos.

Al otro lado del estadio, en el vestuario del equipo, Mike Donovan se sienta en su puesto, todavía medio vestido. Los sonidos de la celebración llegan desde el pasillo, y las estridentes risas de sus compañeros contrastan con la confusión de su mente.

"¡Donovan!" La voz de Ryan O'Neill corta su ensoñación. "Vamos a ir a O'Malley's a celebrarlo. ¿Vienes?"

Mike sacude la cabeza, forzando una sonrisa cansada. "No, id vosotros. Yo estoy agotado".

Ryan pone cara de decepción, pero enseguida se ve arrastrado por la marea de jugadores entusiasmados que se dirigen a la salida. A medida que la sala se vacía, Mike se da cuenta de que un par de ojos se posan en él. Levanta la vista y se encuentra con que el entrenador Bear le está estudiando con una expresión ilegible.

"Menudo partido, chico", retumba el entrenador Bear, con su voz ronca y más suave de lo habitual.

Mike asiente con la cabeza, tratando de reunir algo de la euforia que debería estar sintiendo después de una actuación tan decisiva. "Gracias, entrenador."

Los ojos de Oso se entrecierran ligeramente. "¿Va todo bien? Pareces distraído".

Por un momento, Mike considera la posibilidad de desahogarse. El peso de sus sentimientos por Samantha, la imposibilidad de su situación... es una presión cada vez más difícil de soportar solo. Pero se traga las palabras, ofreciendo en su lugar una débil sonrisa.

"Sólo cansado, entrenador. Una gran victoria, ¿sabe? Te exige mucho".

El entrenador Oso le sostiene la mirada durante un largo momento antes de asentir lentamente. "De acuerdo. Descansa un poco. Te lo has ganado". Se da la vuelta para marcharse y se detiene en la puerta. "¿Y Donovan? Pase lo que pase, ten cuidado. Este equipo te necesita concentrado".

A Mike se le revuelve el estómago cuando los pasos del entrenador Oso se desvanecen. ¿Ha sido tan obvio? ¿Quién más ha notado su distracción?

El aire fresco de la noche es un bendito alivio cuando Samantha sale por fin de la arena. Respira hondo y suelta el aire lentamente mientras intenta despejar la mente. Lo único que quiere ahora es irse a casa, perderse en una ducha caliente e intentar olvidar, sólo por un rato, la complicada maraña en que se ha convertido su vida.

Al acercarse a su coche, una sombra se desprende de la oscuridad. A Samantha se le salta el corazón a la garganta, el miedo da paso a otro tipo de pánico al reconocer la figura de hombros anchos que se apoya en su vehículo.

Mike Donovan se endereza cuando ella se acerca, con la cara medio oculta en la oscuridad. Pero Samantha no necesita ver su expresión para sentir la intensidad que irradia.

"Samantha", dice en voz baja, su nombre lleva un peso de emoción no expresada.

Están allí, a pocos metros de distancia, pero separados por un océano de límites profesionales y anhelos personales. El aire entre ellos crepita de tensión, de posibilidad, de peligro.

Samantha sabe que debería darse la vuelta y marcharse antes de que crucen una línea que no se puede descruzar. Pero sus pies permanecen clavados en el sitio, sus ojos fijos en el rostro ensombrecido de Mike.

En este aparcamiento desierto, todas las razones por las que no deberían hacerlo, todas las posibles consecuencias, parecen muy lejanas. Sólo está Mike, sólo la atracción magnética entre ellos que se ha vuelto imposible de ignorar.

"Mike", dice Samantha, su voz apenas supera un susurro. "¿Qué estamos haciendo?"

La tensión entre ellos se rompe como una goma elástica demasiado estirada. Mike se baja del coche y acorta la distancia en dos largas zancadas. Samantha se queda sin aliento cuando él se eleva sobre ella, su presencia la abrumba de la mejor manera posible.

"No lo sé", dice Mike, con la voz baja y áspera por la emoción. "Pero estoy cansado de luchar contra ello".

A ambos les fallan las palabras cuando semanas de rivalidad, respeto a regañadientes y creciente

atracción se cristalizan en este momento único y eléctrico. Los ojos de Samantha buscan en el rostro de Mike y ven su propio anhelo y miedo reflejados en él.

Sin pensarlo, se acercan. Los sonidos de la ciudad se desvanecen, dejando sólo el retumbar de sus corazones y el susurro de su respiración entremezclada.

Mike levanta la mano y sus dedos callosos rozan la mejilla de Samantha. Ella se inclina hacia el contacto, sus ojos se cierran. Los últimos vestigios de duda se disuelven.

Sus labios se encuentran con una pasión que los coge a ambos por sorpresa. No es un primer beso suave, no es una tentativa de exploración. Es una presa que se rompe, semanas de emoción contenida que se desbordan en un torrente de sensaciones.

Las manos de Samantha aprietan la chaqueta de Mike y tiran de él para acercarlo. El brazo de Mike la rodea por la cintura, casi levantándola de sus pies mientras profundiza el beso. Lo dan todo: cada discusión acalorada, cada cumplido a regañadientes, cada momento de atracción no reconocida.

La luz parpadeante de la calle los proyecta alternativamente en la sombra y en la dura iluminación, una metáfora visual de las complejidades de su situación. Pero con el calor de Mike apretado contra ella y su sabor en los labios, Samantha no se atreve a preocuparse por las consecuencias.

Cuando por fin se separan, es sólo debido a la acuciante necesidad de oxígeno. Permanecen juntos, con las frentes en contacto y la respiración agitada. Cuando la bruma de la pasión empieza a disiparse, la realidad vuelve con una fuerza brutal.

Los ojos de Samantha se abren de par en par cuando todo el peso de lo que han hecho recae sobre sus hombros. Busca la mirada de Mike y ve reflejada en ella una mezcla de euforia y pánico.

"Oh Dios", susurra, su voz tiembla. "¿Qué hemos hecho?"

Mike aprieta la mandíbula y sus brazos la rodean por reflejo. "Algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo", dice, pero hay una nota de incertidumbre bajo su rudeza.

Se separan a regañadientes, el frío del aire nocturno se apresura a llenar el espacio entre ellas. Samantha se rodea con los brazos, sintiéndose de repente expuesta a pesar de estar completamente vestida.

"No podemos...", empieza, y luego vacila. Porque la verdad es que ya lo han hecho. Y ahora que han cruzado esta línea, Samantha no está segura de tener la fuerza -o el deseo- de dar un paso atrás.

Mike se pasa una mano por el pelo, con expresión de conflicto. "Lo sé. Pero Sam, no puedo seguir fingiendo. ¿Tú puedes?"

La pregunta flota en el aire entre ellos, cargada de insinuaciones. Samantha respira

entrecortadamente, sopesando los años de dedicación a su carrera y el profundo sentimiento que Mike despierta en ella.

"No", admite finalmente, su voz apenas audible. "No puedo.

Pasa entre ellos un momento de comunicación silenciosa. Ambos comprenden la enormidad de lo que están considerando, las posibles consecuencias que se ciernen como nubarrones en el horizonte.

"¿Y qué hacemos?" pregunta Mike, con su habitual confianza sustituida por una vulnerabilidad que llega al corazón de Samantha.

Se muerde el labio, con la mente acelerada. "Tenemos que tener cuidado", dice despacio. "Nadie puede saberlo. Nadie puede saberlo. No hasta que resolvamos esto".

Mike asiente con una mezcla de alivio e inquietud en el rostro. "De acuerdo. Lo mantendremos en secreto. Tómalo con calma".

"Despacio", se hace eco Samantha, aunque la forma en que su cuerpo aún zumba por su beso le hace cuestionar la viabilidad de ese plan.

Permanecen allí un momento más, reacios a separarse, ahora que por fin han reconocido la conexión que existe entre ellos. Pero el riesgo de ser descubiertos aumenta a cada segundo que pasa.

"Debería irme", dice Samantha, aunque no hace ningún movimiento para marcharse.

Mike da un paso atrás, alejándose físicamente de la tentación. "Sí. Te... ¿Te llamo?"

Samantha asiente, una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios a pesar de la gravedad de la situación. "Más te vale".

Cuando finalmente se separan y se dirigen a sus respectivos vehículos, tanto Samantha como Mike son plenamente conscientes del punto de inflexión al que han llegado. Ya no hay vuelta atrás, no pueden fingir que ese beso no lo cambió todo.

Samantha entra en el coche y observa por el retrovisor la figura de Mike que se aleja. Aún siente el cosquilleo del beso de Mike en los labios y el corazón se le acelera con una potente mezcla de euforia y miedo.

Se embarcan en un camino peligroso, uno que podría costarles todo por lo que han trabajado. Pero mientras Samantha arranca el motor, no puede arrepentirse. Sean cuales sean los retos que les esperan, sean cuales sean los obstáculos a los que se enfrenten, ella sabe una cosa con absoluta certeza:

El juego ha cambiado. Y ella está dentro.

♡ Capítulo 11 ♡

El elegante y moderno despacho de la comisaria Patricia Hendricks está en silencio, salvo por el suave tic-tac de un reloj antiguo. Patricia está sentada en su silla ergonómica, con el ceño fruncido, lo que empaña su actitud, habitualmente imperturbable. Ante ella hay una carpeta de papel manila, inocua en apariencia pero cargada de dinamita en potencia.

Vuelve a hojear las páginas, y cada fotografía y anotación le hace sentir un nudo de terror en el estómago. Samantha Merritt y Mike Donovan, capturados en momentos de aparente intimidad: miradas compartidas sobre el hielo, encuentros "casuales" en cafés locales, conversaciones en voz baja en los pasillos del estadio.

Por separado, cada incidente podría descartarse como una coincidencia o una cortesía profesional. Pero en conjunto, dibujan un cuadro que Patricia no puede ignorar, por mucho que lo desee.

Con un suspiro, Patricia coge el teléfono. Sus dedos se ciernen sobre la información de contacto de Samantha, una batalla que hace estragos en su interior. Como comisaria, es su deber proteger la integridad de la liga. Pero también se siente personalmente involucrada en el éxito de Samantha, ya que fue ella quien promovió su innovador nombramiento.

"Maldita sea, Samantha", murmura Patricia, pellizcándose el puente de la nariz. "¿En qué te has metido?"

Antes de que pueda hacer la llamada, llaman a su puerta. Patricia cierra rápidamente la carpeta y la guarda en el cajón de su escritorio mientras llama a su ayudante para que entre.

Mientras escucha a medias cómo le recitan el programa del día, la mente de Patricia se acelera. Esta situación requiere un manejo delicado. Un paso en falso podría desencadenar un escándalo que eclipsaría todos los progresos realizados.

Por ahora, decide, observará y esperará. Pero el tiempo corre y Patricia sabe que pronto no tendrá más remedio que enfrentarse a la situación.

El sordo rugido del público se filtra a través de las paredes de hormigón del estadio mientras Samantha Merritt camina decidida por un pasillo de servicio. Su mente está ocupada pensando en el partido que se avecina y, si es sincera consigo misma, con la ilusión de ver a Mike Donovan sobre el hielo.

Tan ensimismada está en sus cavilaciones que Samantha casi pasa por alto las voces en voz baja que llegan desde la esquina. Ralentiza el paso instintivamente, algo en el tono de las voces la pone nerviosa.

"...no se puede negar que Merritt ha estado llamando de otra manera al equipo de Donovan", dice

una voz masculina, las palabras gotean insinuación.

"Quizá por fin le esté cogiendo el tranquillo al trabajo", responde otro, aunque el escepticismo es evidente en su tono.

"O quizá le esté cogiendo el 'gustillo' a otra cosa", se ríe la primera voz.

Samantha se queda paralizada, con la respiración entrecortada. El calor le sube a la cara, una mezcla de vergüenza e indignación colorea sus mejillas. Quiere dar la vuelta a la esquina, enfrentarse a sus acusadores y defender su integridad. Pero la verdad de su relación secreta con Mike la detiene.

En lugar de eso, se obliga a moverse, a pasar por delante de los funcionarios cotillas con la cabeza alta. Se callan cuando ella pasa, sin saber que ha oído sus especulaciones.

A medida que Samantha avanza por el pasillo, sus pasos se aceleran, igual que los rápidos latidos de su corazón. Los susurros, las miradas de reojo... ya los había notado antes, pero los había descartado como paranoia. Ahora, la realidad de su precaria situación se abate sobre ella.

Ella y Mike habían tenido cuidado, o eso creía. Pero si la gente ya está hablando, ¿cuánto tardarán esos susurros en llegar a los oídos equivocados?

Samantha respira hondo mientras se acerca a los vestuarios de los árbitros. Tiene un trabajo que hacer, un partido que pitar. Pero la semilla de la duda ya está plantada y sabe que necesitará toda su concentración para acallar las voces de su cabeza que cuestionan cada una de sus decisiones.

El partido ni siquiera ha empezado, pero Samantha ya tiene la sensación de estar librando una dura batalla.

El despacho con paneles de madera del entrenador Thomas "Grizzly" Bear es un santuario del hockey de la vieja escuela. Fotos descoloridas del equipo y recortes de periódico enmarcados cubren las paredes, intercalados con las cabezas montadas de varios animales de caza, una metáfora visual de la naturaleza depredadora del deporte.

Mike Donovan se sienta erguido en una incómoda silla de madera, sintiéndose como una presa a la que un oso hambriento está tanteando. Las pobladas cejas del entrenador Oso se fruncen mientras observa a Mike por encima del borde de sus gafas de lectura.

"¿Quería verme, entrenador?" incita Mike, rompiendo el silencio lleno de tensión.

El entrenador Bear gruñe, reclinándose en su silla chirriante. "Donovan. Quería hablar contigo". Hace una pausa, con mirada perspicaz. "He notado algunos cambios en tu juego últimamente. Sobre todo en tu forma de interactuar con los árbitros".

Mike mantiene una expresión cuidadosamente neutra, los años de entrenamiento con los medios de comunicación le han servido de mucho. "Sólo intento adaptarme a la nueva NHL, entrenador.

Como siempre dices".

"Ajá", retumba el entrenador Oso, claramente poco convencido. "Y esta 'adaptación' no tendría nada que ver con cierta árbitra, ¿verdad?".

Mike aprieta los puños bajo el escritorio, el único signo externo de su agitación interior. "¿Merritt? Es una buena árbitra, entrenador. Es justa. No hay razón para hacerle pasar un mal rato".

Los ojos del entrenador Oso se entrecierran, buscando en el rostro de Mike cualquier indicio de engaño. "Un buen árbitro. Cierto". Se inclina hacia delante, su voz baja a un susurro áspero. "Escucha, chico. No sé qué está pasando y, francamente, no quiero saberlo. Pero sea lo que sea, tienes que cortarlo de raíz. Rápido".

Mike traga saliva, luchando por mantener la compostura. "No sé a qué se refiere, entrenador".

"No te hagas el tonto conmigo, Donovan", dice el entrenador Bear. "Llevo en este juego más tiempo del que tú llevas vivo. Sé cuando algo no va bien". Su expresión se suaviza ligeramente, una pizca de preocupación se muestra a través de su exterior áspero. "Eres un gran jugador, Mike. No lo echés todo a perder por lo que sea esto".

La advertencia flota en el aire entre ellos. Mike asiente rígido, sin confianza para hablar. El entrenador Oso suspira y hace un gesto desdeñoso con la mano.

"Vete de aquí. Y piensa en lo que te he dicho".

Mientras Mike sale de la oficina, su mente se acelera. Creía que Samantha y él habían sido discretos, pero si el entrenador Bear sospecha algo, ¿quién más podría estar enterándose?

De repente, la emoción de su relación secreta se ve eclipsada por la amenaza real que se cierne sobre la carrera de ambos. Mike se da cuenta de que están patinando sobre hielo cada vez más delgado, y las grietas están empezando a aparecer.

El bullicioso ambiente de la cafetería The Penalty Box es la tapadera perfecta para las actividades clandestinas de Zoe Rodríguez. Encorvada sobre su portátil, rodeada de tazas de café vacías y envoltorios de pasteles desechados, los dedos de Zoe vuelan sobre el teclado mientras recopila sus notas.

En la pantalla que tiene ante sí, una línea de tiempo va tomando forma. Acontecimientos aparentemente inocuos -algunas galas, entrevistas después de los partidos, encuentros fortuitos en locales- unidos por dos hilos conductores: Samantha Merritt y Mike Donovan.

Los instintos periodísticos de Zoe hormiguean con la emoción de una noticia de última hora. ¿La árbitra más innovadora de la liga y la más firme crítica del cambio mantienen un romance secreto? Es el tipo de reportaje explosivo que podría catapultar su carrera a nuevas cotas.

Pero mientras Zoe revisa sus pruebas, la duda la corroe. Los recuerdos de las sesiones nocturnas de estudio con Samantha, de sueños compartidos y apoyo mutuo, pasan por su mente. No se trata sólo de una historia, es la vida de su amiga, su carrera, potencialmente en ruinas.

Los dedos de Zoe se detienen sobre las teclas, su conflicto evidente en el ceño fruncido. Piensa en la pasión de Samantha por el juego, en las barreras que ya ha superado. ¿Es justo poner en peligro todo eso por un titular?

Pero entonces, ¿no es su deber como periodista informar de la verdad, sin importar el coste personal?

Una notificación aparece en la pantalla de Zoe: un mensaje de Samantha, pidiéndole que se reúnan para tomar un café. La ironía no pasa desapercibida para Zoe, que echa un vistazo a la cafetería donde ha estado recopilando pruebas contra su amiga.

Los susurros son cada vez más fuertes, las advertencias más urgentes. Para Samantha, Mike y ahora Zoe, el juego se ha convertido en mucho más que hockey. Se ha convertido en un baile de secretos, lealtad e integridad con carreras y relaciones que penden de un hilo.

Samantha Merritt está sentada en la sala de conferencias con la espalda rígida, rodeada de funcionarios de la liga de rostro severo. La mesa de madera pulida refleja las luces fluorescentes, creando una atmósfera de interrogatorio que no ayuda a calmar los nervios de Samantha.

El subcomisario Alan Farnsworth se aclara la garganta, con su mirada de acero fija en Samantha. "Srta. Merritt, la hemos convocado para abordar algunas preocupaciones que nos han llamado la atención".

El corazón de Samantha retumba en su pecho, pero su voz permanece firme. "¿Qué tipo de preocupaciones, señor?"

Farnsworth desliza una carpeta por la mesa. "Ha habido rumores sobre una confraternización inapropiada entre oficiales y jugadores. Como rostro de nuestra iniciativa de diversidad, usted comprende la importancia de mantener una profesionalidad absoluta."

Los dedos de Samantha tiemblan ligeramente al abrir la carpeta. Dentro hay fotos borrosas de ella y Mike en varios lugares, nada incriminatorio, pero lo suficiente como para levantar sospechas. Traga saliva, luchando por mantener una expresión neutra.

"Le aseguro, Sr. Farnsworth, que mis interacciones con todos los jugadores han sido estrictamente profesionales".

La mentira le sabe amarga en la lengua, pero Samantha sostiene la mirada de Farnsworth. Él la estudia durante un largo momento antes de asentir lentamente.

"Asegúrese de que siga así, Sra. Merritt. La liga no puede permitirse ni un indicio de

incorrección. Esta es su única advertencia. Retírese".

Cuando Samantha sale de la habitación temblando, todo el peso de su situación cae sobre ella. Caminan por la cuerda floja y la red de seguridad desaparece rápidamente.

El olor acre del sudor y del limpiador de equipos llena el aire mientras Mike Donovan se encorva en su taquilla, fingiendo ajustarse las espinilleras. Sus oídos se esfuerzan por captar la conversación en voz baja que tiene lugar a pocos metros de distancia.

"...he oído que es uno de los jugadores estrella", la voz de Ryan O'Neill lleva un deje de excitación. "¿Te lo imaginas? ¿Merritt arriesgándolo todo por un ligue?".

"No, tío", dice otra voz. "Tiene que ser mentira. Es demasiado lista para eso".

La mandíbula de Mike se aprieta, sus dedos se clavan en la espuma de sus almohadillas. El impulso de levantarse, de defender el honor de Samantha, arde en su pecho. Pero guarda silencio, sabiendo que cualquier reacción no haría sino avivar las llamas de la sospecha.

"No sé", continúa Ryan. "¿Has visto cómo mira a algunos de los chicos? Definitivamente pasa algo".

Incapaz de seguir escuchando, Mike cierra su taquilla con más fuerza de la necesaria. La conversación se interrumpe bruscamente y todas las miradas se vuelven hacia él.

"¿Algún problema, Capi?" Ryan pregunta, con una pizca de cautela en su tono.

Mike le lanza una mirada acerada. "Sí. Tenemos un partido que ganar y estáis todos cotilleando como una panda de adolescentes. Pongan sus cabezas en el juego".

Mientras sus compañeros se apresuran a terminar de prepararse, Mike respira hondo. Las paredes parecen estar cerrándose. ¿Cuánto tiempo más podrán mantener este secreto?

En la suite ejecutiva con paneles de madera que da al estadio vacío, el ambiente es tenso. La Directora General Sarah Connors se pasea ante el cuerpo técnico y el personal de la oficina, con el ceño fruncido por la preocupación.

"Caballeros, tenemos que abordar el elefante en la habitación", dice, deteniéndose en la cabecera de la mesa. "El rendimiento de Mike Donovan ha sido inconsistente últimamente. Y hay susurros sobre la razón".

El entrenador Bear se mueve incómodo en su asiento. "El chico está pasando por una mala racha. Son cosas que pasan".

Connors sacude la cabeza. "Es más que eso. Su actitud ha cambiado, sobre todo con respecto a los funcionarios. Sobre todo con Samantha Merritt".

Un murmullo recorre la sala. El ayudante del Director General, Jack Peterson, se inclina hacia delante. "¿Crees que hay algo entre ellos?"

"Creo que no podemos permitirnos ignorar la posibilidad", responde Connors sombríamente. "Donovan es la cara de esta franquicia. Tenemos que proteger nuestra inversión".

Tras un momento de silencio, Peterson habla. "Puedo hacer que alguien vigile sus actividades fuera del hielo. Discretamente, por supuesto".

Connors asiente, con expresión preocupada. "Hazlo. Y reza a Dios para que todos estemos paranoicos".

Al término de la reunión, el peso de las preocupaciones tácitas flota en el aire. El posible escándalo se cierne como un nubarrón en el horizonte, amenazando con ponerlo todo patas arriba.

El pasillo desierto parece un oasis de intimidad en el bullicioso estadio. Samantha Merritt y Mike Donovan están muy cerca, sus voces apenas superan un susurro mientras se roban un precioso momento a solas.

"Tenemos que tener más cuidado", murmura Samantha, con la mano apoyada en el pecho de Mike. "La liga está empezando a hacer preguntas".

Los dedos de Mike recorren el brazo de Samantha, su tacto eléctrico incluso a través de la tela de su uniforme. "Lo sé. Los chicos también están hablando. Pero Sam, no sé cuánto tiempo más podré fingir".

Sus miradas se cruzan, un mundo de anhelo y miedo pasa entre ellas. Samantha se inclina, atraída por una fuerza irresistible. La mano de Mike le acaricia la mejilla y sus labios se unen en un beso apasionado y desesperado a partes iguales.

Ninguno de los dos se percata del destello de movimiento al final del pasillo. Zoe Rodríguez se detiene a mitad de camino y sus ojos se abren de par en par ante la escena. Por un momento, se queda paralizada, con sus instintos de periodista luchando contra la lealtad a su amiga.

Mientras Samantha y Mike se separan, perdidos en su mundo privado, Zoe retrocede en silencio. Su mente se acelera con las implicaciones de lo que ha presenciado. Ya no se trata de especulaciones o rumores, sino de pruebas concretas de una relación que podría sacudir la NHL hasta sus cimientos.

Zoe se retira al doblar la esquina, con el corazón oprimido por la carga del conocimiento. Tiene que tomar una decisión que no solo afectará a su carrera, sino también a su vida.

Mientras se aleja, dejando a Samantha y Mike con su momento robado, Zoe sabe que el tiempo de los susurros y las advertencias está llegando rápidamente a su fin. Pronto, la verdad saldrá a la

luz, de un modo u otro.

La única pregunta es: ¿quién romperá el silencio?

El alegre timbre del teléfono de Samantha atraviesa la tranquilidad de su apartamento, la cara sonriente de su madre ilumina la pantalla. Samantha respira hondo y se arma de valor antes de contestar.

"Hola, mamá", dice ella, forzando la ligereza en su tono.

"Samantha, cariño", la voz de Evelyn Merritt lleva una nota de preocupación que pone inmediatamente a Samantha de los nervios. "¿Cómo estás?"

"Estoy bien, mamá. Sólo ocupado con el trabajo. ¿Qué pasa?"

Hay una pausa, cargada de tensión tácita. "Bueno, es que estaba en el club de lectura de Betty, y algunas de las madres de hockey estaban hablando. Dijeron que corren rumores sobre ti y uno de los jugadores".

A Samantha se le acelera el corazón y le suda la palma de la mano contra el teléfono. "¿Rumores? ¿Qué clase de rumores?"

"Oh, ya sabes cómo cotillea la gente", dice Evelyn, intentando sonar despreocupada pero sin conseguir ocultar su preocupación. "Algo sobre favoritismos, o quizá algo más que eso. Les dije que eran tonterías, por supuesto. Mi Samantha nunca pondría así en peligro su carrera".

La confianza en la voz de su madre hace que una punzada de culpabilidad recorra el pecho de Samantha. "Claro que no, mamá", dice, con un sabor amargo en la lengua. "A la gente le encanta hablar. Todo va bien, te lo prometo".

Mientras tranquiliza a su madre, la mano libre de Samantha se cierra en un puño. La red de engaños que ha tejido se estrecha cada vez más, amenazando con asfixiarla. ¿Cuánto tiempo más podrá seguir así?

El palco de prensa bulle de actividad mientras periodistas y ojeadores se preparan para el próximo partido. Zoe Rodríguez se acomoda en su sitio habitual, ordenando su portátil y sus notas. Pero su atención se centra en una conversación que tiene lugar justo detrás de ella.

"...te digo que Donovan está jugando diferente", dice una voz ronca. "Más controlado, menos penalizaciones. Es como si fuera un jugador completamente nuevo".

"Sí, y apuesto a que sé por qué", dice otra voz, bajando la voz conspiradoramente. "¿Has visto cómo interactúa con esa árbitro? ¿Merritt?"

El bolígrafo de Zoe vuela por su bloc de notas, capturando cada palabra mientras los

exploradores continúan sus especulaciones.

"¿Crees que pasa algo ahí?"

"No digo nada seguro, pero, bueno, donde hay humo, suele haber fuego".

El corazón de Zoe se acelera mientras garabatea furiosamente. Ya no se trata sólo de cotilleos de vestuario. Se trata de ojeadores profesionales, personas cuyas opiniones tienen peso en el mundo del hockey. Si están hablando de ello, ¿cuánto tiempo pasará antes de que sea imposible ignorarlo?

Mientras los ojeadores pasan a hablar de otros jugadores, Zoe mira fijamente sus notas. La historia que ha estado persiguiendo, la que ha estado dudando en seguir, se acerca rápidamente a un punto de inflexión. Pronto, puede que no tenga elección sobre si informar o no.

Los pasillos del estadio se están calmando, la mayoría del público y de los jugadores se han marchado tras otro intenso partido. Samantha Merritt, todavía con su uniforme de árbitro, se dirige a los vestuarios cuando una voz familiar la detiene en seco.

"Sra. Merritt, ¿podemos hablar?"

Samantha se vuelve y ve que la comisaria Patricia Hendricks se acerca con expresión grave. El pánico revolotea en el pecho de Samantha, pero mantiene su rostro cuidadosamente neutro.

"Por supuesto, Comisario. ¿Qué puedo hacer por usted?"

Hendricks mira a su alrededor, asegurándose de su intimidad, antes de hablar en voz baja y con mesura. "Samantha, voy a ser franco. Se ha hablado. Especulaciones sobre tus relaciones con ciertos jugadores".

A Samantha se le seca la boca, pero consigue mantener la voz firme. "No estoy segura de lo que quiere decir, Comisario".

"Creo que sí", dice Hendricks, con mirada penetrante. "Seré clara: la integridad de esta liga es primordial. Tu posición como pionera conlleva un mayor escrutinio y responsabilidad. Es absolutamente crucial que mantengas los límites profesionales en todo momento. ¿He sido claro?"

Samantha asiente, sin confiar en sí misma para hablar. Hendricks le sostiene la mirada un largo rato antes de continuar.

"Has trabajado demasiado para tirarlo todo por la borda, Samantha. No le des a nadie argumentos para cuestionar tu imparcialidad o tu dedicación a este juego. Esta es tu última advertencia".

Mientras Hendricks se aleja, Samantha se apoya en la pared, con las piernas repentinamente débiles. Las palabras del comisario resuenan en su mente, como un duro recordatorio de todo lo

que puede perder.

El parque está inquietantemente silencioso a estas horas, las ramas de los viejos robles proyectan largas sombras a la luz de la luna. Samantha camina nerviosa, con la respiración visible en el aire frío. El crujido de la grava anuncia la llegada de Mike antes de que ella lo vea.

"Sam", dice, con alivio evidente en su voz mientras la estrecha en un fuerte abrazo. "¿Estás bien? Tu mensaje sonaba urgente".

Samantha se echa hacia atrás, sus ojos buscan la cara de Mike. "Tenemos que hablar. Las cosas... se están complicando".

Durante los minutos siguientes, intercambian una letanía de llamadas de atención y advertencias. La conversación de Samantha con el comisario, los cotilleos de los compañeros de Mike, el creciente escrutinio de todas partes.

"¿Qué vamos a hacer?" Samantha pregunta, su voz apenas supera un susurro. "Mike, no sé si podremos seguir así".

Mike se pasa una mano por el pelo, la frustración evidente en cada línea de su cuerpo. "Lo sé. Pero Sam, la idea de terminar con esto... no puedo. No lo haré".

Permanecen en silencio, con el peso de su imposible situación presionándoles. Ninguno de los dos percibe el débil chasquido del obturador de una cámara desde las sombras de un grupo de árboles cercanos.

"Tal vez deberíamos enfriar las cosas por un tiempo", sugiere Samantha, aunque las palabras se sienten como vidrio en su garganta. "Sólo hasta que se calme el escrutinio".

Mike aprieta la mandíbula, pero asiente lentamente. "Si eso es lo que crees que es mejor. Pero Sam, esto no cambia lo que siento. Sobre ti, sobre nosotros".

Cuando se inclinan para darse un último beso, la cámara en la sombra capta el momento con todo detalle. El fotógrafo, oculto en la oscuridad, sabe que acaba de conseguir la foto del dinero, la prueba irrefutable que hará saltar por los aires esta historia.

Samantha y Mike se separan y cada uno se dirige a su coche con el corazón encogido. No saben que su secreto está a punto de convertirse en noticia de primera plana, que el delicado equilibrio que han mantenido está a punto de romperse por completo.

♡ Capítulo 12 ♡

El duro resplandor de los focos del aparcamiento proyecta largas sombras mientras Mike Donovan camina hacia su coche, con la adrenalina del partido todavía corriendo por sus venas. El satisfactorio crujido de sus botas sobre la grava suelta se ve interrumpido de repente por una risita amenazadora.

"Vaya, vaya. Si no es Donovan, la mascota del árbitro".

Mike levanta la cabeza y sus músculos se tensan al reconocer la corpulenta figura de Brad "The Bruiser" Thompson apoyada en su vehículo. Conocido por sus brutales golpes y su temperamento aún más desagradable, la presencia de Thompson hace saltar todas las alarmas en la mente de Mike.

"¿Qué quieres, Thompson?" Mike gruñe, poniéndose instintivamente en posición defensiva.

Thompson se baja del coche, con los labios curvados en una sonrisa cruel. "Oh, creo que sabes exactamente lo que quiero. O debería decir, ¿a *quién* quieres?"

A Mike se le hiela la sangre, pero mantiene el rostro impasible. "No tengo tiempo para tus juegos, Brad. Muévete".

"¿Juegos?" Los ojos de Thompson brillan con malicioso regocijo. "Eso es rico viniendo de ti. Dime, ¿cuánto tiempo has estado jugando a las casitas con nuestra señorita árbitro?"

El mundo parece girar sobre su eje mientras Mike asimila las palabras de Thompson. Su mente corre en busca de una negación plausible, pero la mirada cómplice de Thompson le dice que es inútil.

"No sé de qué estás hablando", dice Mike, con una voz sorprendentemente firme a pesar del pánico que le atenaza la garganta.

Thompson se inclina, su aliento caliente en la cara de Mike. "Ahórratelo, Donovan. Tengo pruebas. Y créeme, voy a disfrutar viéndote a ti y a tu noviecita estrellarse y arder".

Antes de que Mike pueda responder, Thompson le pasa por encima, desequilibrándolo deliberadamente. "Dulces sueños, amante. Mientras puedas".

Mientras la risa de Thompson se desvanece en la noche, Mike se apoya pesadamente en su camioneta. La fachada cuidadosamente construida que él y Samantha han mantenido se está desmoronando, y él es impotente para detenerlo.

Al otro lado de la ciudad, la tranquila velada de Samantha Merritt se ve interrumpida por el áspero zumbido de su teléfono. Lo coge distraídamente, esperando un mensaje rutinario de un colega o amigo. Sin embargo, su sangre se hiela al ver un número desconocido y una imagen

borrosa adjunta.

Con dedos temblorosos, Samantha abre el mensaje. Su corazón se desploma al reconocerse a sí misma y a Mike, con sus rostros muy juntos en lo que sin duda es un momento íntimo. La foto está borrosa, tomada a distancia, pero no hay duda de los sujetos ni de las implicaciones.

El texto que lo acompaña es breve pero escalofriante: "Tic tac, árbitro. Se te acaba el tiempo".

La mente de Samantha da vueltas mientras trata desesperadamente de localizar el lugar, de recordar cuándo pudo haberse captado ese momento. Pero el pánico se impone a la lógica y, antes de pensárselo mejor, le da a borrar.

En cuanto el mensaje desaparece, Samantha se arrepiente de su acción impulsiva. Pruebas destruidas, pistas potenciales borradas. Se hunde en el sofá, con la cabeza entre las manos, mientras la realidad de su situación se abate sobre ella.

Han sido tan cuidadosos, tan vigilantes. Pero basta un momento de descuido, un par de ojos indiscretos, para que todo se venga abajo.

El apartamento de Mike parece claustrofóbico mientras camina de un lado a otro con el teléfono pegado a la oreja. La mullida moqueta amortigua sus pasos, creando un silencio inquietante que sólo rompen sus susurros urgentes.

"Te lo digo, Sam, Thompson lo sabe. Me acorraló en el estacionamiento, dijo que tenía pruebas".

Al otro lado de la línea, la voz de Samantha está tensa por la tensión. "¿Y estás segura de que fue él quien envió la foto?".

"¿Qué foto?" Mike se detiene en seco, su mano libre se cierra en un puño. "Sam, ¿qué es lo que no me estás contando?"

Hay un momento de duda antes de que Samantha suspire. "Recibí un mensaje anónimo hace un rato. Era una foto de nosotros, Mike. Juntos. Quienquiera que lo envió está amenazando con exponernos".

El miedo en su voz es como un cuchillo en el corazón de Mike. Lo único que desea es abrazarla y prometerle que todo irá bien. Pero separados por kilómetros y unidos por el mismo secreto que amenaza con deshacerlos, todo lo que puede ofrecerle son palabras.

"Resolveremos esto, Sam. Te lo prometo. Tal vez es hora de que nos sinceremos. En nuestros propios términos".

El silencio que sigue está cargado de miedos no expresados y decisiones imposibles. Finalmente, Samantha habla, su voz apenas supera un susurro.

"¿Y si eso destruye todo por lo que hemos trabajado? Mike, no sé si estoy preparada para

renunciar a mi carrera. O pedirte que renuncies a la tuya".

Mientras siguen trazando estrategias, sopesando opciones imposibles y agarrándose a un clavo ardiendo, la realidad de su situación se hace cada vez más evidente. El juego que han estado jugando, tanto dentro como fuera del hielo, ha cambiado irrevocablemente. Y el siguiente paso que den podría determinar no sólo su futuro, sino la naturaleza misma del deporte que ambos aman.

El vestuario de los árbitros bulle de energía antes del partido, pero Samantha Merritt se siente desconectada de todo. Mientras el árbitro principal repasa las asignaciones de la noche y los puntos clave que hay que vigilar, Samantha pierde la atención y sus ojos se desvían constantemente hacia el teléfono que sujeta con fuerza en la mano.

"¿Merritt? ¿Estás con nosotros?"

Samantha levanta la cabeza y se encuentra con la mirada interrogante de sus colegas. Esboza una sonrisa, esperando no parecer tan tensa como parece.

"Lo siento, sólo pensaba en una decisión difícil del último partido. No volverá a ocurrir".

Mientras la reunión continúa, Samantha intenta concentrarse, sumergirse en la familiar rutina de los preparativos. Pero su mente no deja de dar vueltas a la amenaza anónima, a la voz preocupada de Mike al teléfono.

Cada zumbido de su teléfono le produce una descarga de adrenalina. ¿Es otra amenaza? ¿Se ha descubierto por fin su secreto?

Mientras se preparan para saltar al hielo, Samantha respira hondo, intentando centrarse. Durante los próximos tres periodos, no tiene que ser otra cosa que un árbitro. Imparcial, concentrada, profesional.

Pero cuando entra en la pista y siente los ojos del público sobre ella, Samantha no puede evitar la sensación de que todo está a punto de cambiar. El hielo bajo sus patines parece traicionero, a punto de resquebrajarse en cualquier momento.

El partido está a punto de empezar, pero para Samantha Merritt, parecen los segundos finales de un partido que ya no está segura de cómo ganar.

El estadio bulle de energía antes del partido cuando los jugadores salen al hielo para calentar. Los músculos de Mike Donovan están tensos, su mandíbula apretada mientras sigue su rutina habitual. Es muy consciente de la presencia de Brad Thompson, cada fibra de su ser está en alerta máxima.

Como invocado por los pensamientos de Mike, Thompson pasa deslizándose, su voz baja y

goteante de malicia.

"¿Cómo está tu novia, Donovan? Apuesto a que le quedan bien las rayas".

Mike aprieta con fuerza su bastón, los nudillos se le ponen blancos. Se obliga a seguir patinando, a no reaccionar, pero su rostro es un nubarrón de furia apenas contenida.

Thompson da media vuelta, envalentonado por el silencio de Mike. "Me pregunto qué pensaría la liga si supiera que su chica del póster se acuesta con el enemigo".

Mike necesita todo su autocontrol para no golpear con su stick la cara de satisfacción de Thompson. En lugar de eso, canaliza su rabia en sus tiros de calentamiento, cada uno de los cuales golpea la red con una fuerza brutal.

Cuando Samantha Merritt entra patinando en el hielo, el ambiente cambia palpablemente. Se coloca en su posición, consciente de la presencia de Mike y Brad. Los tres forman un triángulo tenso, el aire entre ellos crepita con una tensión tácita.

En la cabina de retransmisión, los comentaristas captan la inusual dinámica.

"Parece que hay un poco de calor extra en el hielo esta noche, Bob", señala un locutor. "Donovan y Thompson siempre han sido rivales, pero esto parece diferente".

"¿Y has visto la mirada que les ha echado el árbitro Merritt?", añade su colega. "Me pregunto a qué viene eso".

Sobre el hielo, Samantha se obliga a concentrarse en el juego, pero no puede evitar la sensación de ser observada, juzgada. Cada movimiento que hace se siente escrutado, cargado de posibles interpretaciones erróneas.

El primer periodo comienza con un ritmo frenético, la tensión se traduce en un juego agresivo. Samantha mira entre la acción y la batalla entre Mike y Brad, con el silbato en los labios.

De repente, estalla el caos. Brad Thompson carga contra Ryan O'Neill, compañero de equipo de Mike, y su codo se levanta en una flagrante violación. El público ruge mientras Ryan cae con fuerza.

La mente de Samantha se acelera. Es un penalti claro, pero señalarlo significa poner al equipo de Mike en juego. ¿La gente lo verá como favoritismo? Su duda dura sólo una fracción de segundo, pero parece una eternidad.

El sonido estridente de su silbato corta el ruido. "¡Penalti! ¡Número 44, dos minutos por codazo!"

Mientras Brad patina hacia el palco, Samantha se fija en él y su sonrisa le hace sentir un escalofrío. Ha tomado la decisión correcta... ¿verdad?

El partido continúa a un ritmo brutal. Durante un tiempo muerto, el entrenador Bear aparta a Mike, con las cejas fruncidas en señal de preocupación.

"¿Qué demonios te pasa, Donovan?", gruñe. "Estás jugando como si Thompson te hubiera robado la novia o algo así".

Mike se pone rígido, no se le escapa la ironía de las palabras de Oso. "Sólo una vieja rivalidad, entrenador. No dejaré que afecte a mi juego".

Los ojos de Oso se entrecierran, claramente poco convencidos. "Asegúrate de que no sea así. Necesito tu cabeza en el juego, no cualquier venganza personal que tengas en marcha".

Mientras Mike vuelve patinando a su posición, ve a Samantha al otro lado del hielo. La preocupación en su mirada es evidente, reflejando sus propios temores.

El árbitro pita el final del tiempo muerto. Al reanudarse el juego, la tensión sobre el hielo es intensa. Mike, Samantha y Brad están atrapados en una peligrosa danza en la que su secreto amenaza con salir a la luz en cualquier momento.

El partido continúa, pero para Mike y Samantha es mucho más que un simple partido de hockey. Es una batalla por sus carreras, sus reputaciones y el amor que tanto han luchado por mantener oculto.

Cuando los jugadores toman posiciones para el saque inicial, una cosa queda clara: al final de la noche, nada será igual.

Desde su posición en el palco de prensa, Zoe Rodríguez se inclina hacia delante, con los ojos entrecerrados, mientras estudia la escena que se desarrolla en el hielo. Algo no va bien y su instinto periodístico le pide a gritos que preste atención.

Observa cómo Mike Donovan y Brad Thompson se rodean como tiburones, su rivalidad habitual cargada de una corriente extra de hostilidad. Pero es la participación de Samantha Merritt lo que realmente despierta el interés de Zoe. Los ojos de la árbitro pasan de un jugador a otro y su silbato se acerca a sus labios con más frecuencia de lo habitual.

"¿Qué le pasa a Merritt esta noche?", murmura un colega periodista a su lado. "Parece nerviosa".

Zoe asiente distraídamente, con la mente acelerada. Piensa en las conversaciones susurradas que ha escuchado, en los sutiles cambios en el comportamiento de Samantha y Mike en los últimos meses. Una imagen comienza a formarse, las piezas de un rompecabezas que ha estado recogiendo inconscientemente de repente encajan en su lugar.

Su bolígrafo vuela por el bloc de notas, uniendo puntos y trazando líneas entre los nombres. Samantha Merritt. Mike Donovan. Brad Thompson. Un triángulo de tensión que va más allá de las rivalidades normales sobre el hielo.

A medida que avanza el partido, las sospechas de Zoe cristalizan en algo más concreto. El tercer periodo comienza con una sensación de presentimiento. El juego ha sido muy brusco y las sanciones han sido tan rápidas como el disco. Mike Donovan y Brad Thompson han estado enfrentados toda la noche y su batalla personal ha eclipsado el marcador.

Ocurre en un borrón de movimiento. Mike y Brad chocan cerca de las tablas, una maraña de miembros y violencia apenas contenida. Los jugadores de ambos equipos convergen, creando un caos. Samantha Merritt se acerca patinando, con el silbato preparado, para intentar separar a los combatientes.

Cuando se acerca, la voz de Brad se interpone en el ruido, grave y amenazadora. "Estás acabado, Donovan. Tú y tu amiguita árbitro. Voy a disfrutar viendo cómo os estrelláis y os quemáis".

Samantha se congela, la sangre se le hiela al procesar las palabras de Brad. Sus ojos se cruzan con los de Mike y ve su propio pánico reflejado en ellos. En ese momento, su fachada cuidadosamente construida se desmorona, la realidad de su situación se derrumba a su alrededor.

Con manos temblorosas, Samantha levanta el silbato. "¡Sanción! ¡Número 44, cinco minutos por pelear!"

Mientras Brad patina hacia el palco, pasa cerca de Samantha. Sus miradas se cruzan y la sonrisa cómplice de Brad hace que a Samantha le recorra un escalofrío por la espalda. Durante una fracción de segundo, la máscara profesional de Samantha se desvanece, revelando el miedo y la incertidumbre que bullen bajo la superficie.

Es un lapsus momentáneo, pero en el hiperescrutinizado mundo del deporte profesional, un momento es todo lo que se necesita. En el palco de prensa, Zoe Rodríguez se inclina hacia delante con el bolígrafo sobre el bloc de notas.

Suena el pitido final, pero para Samantha y Mike la verdadera batalla no ha hecho más que empezar. Logran intercambiar una mirada a través del hielo, un acuerdo silencioso pasa entre ellos. Tienen que hablar, ahora.

Minutos después, se reúnen en un almacén aislado, con los sonidos de la multitud que se marcha amortiguados por pilas de equipos.

"Lo sabe, Sam", susurra Mike con urgencia, sus manos agarrando los hombros de Samantha. "Thompson va a exponernos".

Samantha asiente, con el rostro pálido. "Le he oído. Dios, Mike, ¿qué vamos a hacer?"

Antes de que Mike pueda responder, el sonido de pasos que se acercan resuena por el pasillo. El pánico se apodera de los ojos de ambos. Descubrirlo ahora sería catastrófico.

Sin mediar palabra, Mike agarra a Samantha de la mano y la arrastra detrás de una pila de porterías. Apretados, apenas se atreven a respirar cuando se abre la puerta.

El haz de luz de una linterna barre la habitación cuando entra un conserje, tarareando sin ton ni son. Samantha entierra la cara en el pecho de Mike, sintiendo los frenéticos latidos de su corazón, iguales a los suyos. El momento se alarga, cada segundo es una eternidad mientras esperan el inevitable grito de descubrimiento.

Pero nunca llega. El conserje termina su ronda y sale, dejando a Samantha y Mike solos una vez más. Permanecen congelados un momento más antes de salir lentamente de su escondite.

"Eso estuvo demasiado cerca", susurra Samantha, con voz temblorosa.

Mike asiente, pasándose una mano por el pelo. "No podemos seguir haciendo esto, Sam. Tenemos que tomar una decisión. Ahora".

Allí de pie, rodeados de los adornos del juego que aman, Samantha y Mike toman la decisión más difícil de sus vidas. Se miran el uno al otro por última vez antes de separar sus futuros.

♡ Capítulo 13 ♡

El elegante y moderno despacho de la comisaria Patricia Hendricks está en silencio, salvo por el suave tic-tac de un reloj antiguo. Patricia levanta la vista de su escritorio cuando entra Samantha y frunce el ceño ante la inusual visita mañanera.

"Sra. Merritt", dice Patricia, señalando una silla. "Esto es inesperado. ¿Qué puedo hacer por usted?"

Samantha toma asiento, con las manos apretadas sobre el regazo. Es la viva imagen de la profesionalidad, pero a Patricia no se le escapa el ligero temblor de su voz cuando empieza a hablar.

"Comisario Hendricks, yo... necesito confesarle algo. Algo que probablemente sospecha desde hace tiempo".

La expresión de Patricia pasa de la confusión a una creciente preocupación mientras Samantha relata con vacilación su relación con Mike Donovan. Cuando Samantha termina de desvelar todo el alcance de su aventura, el rostro de Patricia es una máscara de decepción.

"Ya veo", dice Patricia, con voz cuidadosamente neutra. "¿Y te presentas ahora porque...?".

Samantha mira al comisario y levanta ligeramente la barbilla. "Porque es lo correcto. Porque no puedo seguir mintiendo, ni a mí misma ni a la liga. Y porque le quiero, y estaba cansada de ocultarlo".

El peso de las palabras de Samantha flota en el aire entre ellas. Patricia se echa hacia atrás en su silla, con todas las implicaciones de esta revelación en su mente.

"Entienda, Srta. Merritt, que esto lo cambia todo".

Samantha asiente con una mezcla de miedo y alivio. "Ya lo sé. Ya no estamos juntos, y estoy preparada para afrontar las consecuencias".

Mientras tanto, en la sala de conferencias con paneles de madera del equipo, Mike Donovan se enfrenta a una serie de rostros severos. El director general, los entrenadores asistentes y el propietario del equipo le miran con diversos grados de incredulidad y decepción. Pero es la expresión del entrenador Bear la que más golpea a Mike: una mezcla de ira y traición que le revuelve el estómago.

"A ver si lo entiendo", dice el dueño del equipo, con la voz tensa por la furia apenas contenida. "¿Has mantenido una relación secreta con el árbitro Merritt durante meses? ¿Poniendo en peligro este equipo, esta franquicia, para qué? ¿Por una aventura?"

Mike aprieta la mandíbula, pero responde con voz firme. "No fue una aventura, señor. La quiero. Y sí, sé lo serio que es esto. Por eso estoy aquí, para confesar antes de que alguien nos descubra".

El entrenador Bear se inclina hacia delante, con las cejas pobladas fruncidas en un ceño feroz. "Caray, Donovan. Te lo advertí. Te dije que tuvieras cuidado".

"Lo sé, entrenador", dice Mike, encontrándose con la mirada de Oso. "Y lo siento. Nunca quise que esto pasara, pero pasó. Y ahora tengo que asumirlo".

La sala se queda en silencio ante el peso de la confesión de Mike. Los ejecutivos intercambian miradas, tratando claramente de procesar este bombazo y sus posibles ramificaciones.

Finalmente, habla la directora general, con voz cargada de resignación. "Bueno, caballeros, parece que tenemos una situación entre manos. Una que va a requerir un manejo delicado".

Cuando el grupo empieza a discutir los próximos pasos, Mike se sienta en su silla. Ha dicho lo que tenía que decir y ha puesto las cartas sobre la mesa. Ahora, todo lo que puede hacer es esperar y ver cómo caen las fichas.

Al otro lado de la ciudad, en dos habitaciones diferentes, Samantha Merritt y Mike Donovan han puesto en marcha una serie de acontecimientos que se extenderán por todo el mundo del hockey. Su secreto ha salido a la luz, su amor ha quedado al descubierto ante los poderes fácticos.

Los tacones de la comisaria Patricia Hendricks chasquean rítmicamente mientras camina detrás de su imponente escritorio con el teléfono pegado a la oreja. Su mano libre gesticula enloquecida, marcando el ritmo de su conversación en voz baja pero urgente.

"No, tenemos que adelantarnos a esto", sisea en el auricular. "Si no controlamos la narrativa, ella nos controlará a nosotros".

Samantha Merritt se sienta erguida en un lujoso sillón de cuero y sigue con la mirada los movimientos de Patricia como un espectador de un partido de tenis especialmente intenso. Cada gesto enfático de la comisaria provoca una nueva oleada de temor en Samantha.

"No me importan los precedentes", replica Patricia. "Esto es territorio desconocido. Necesitamos opciones, y las necesitamos ya".

Mientras la conversación continúa, la mente de Samantha se acelera. Ya se ha enfrentado antes a la presión: el peso de ser una pionera, el escrutinio de los aficionados y de sus compañeros. Pero, ¿esto? Es como pisar hielo fino y oírlo resquebrajarse bajo sus pies.

Patricia termina la llamada con un suspiro frustrado y se vuelve hacia Samantha. Su expresión es una compleja mezcla de decepción, preocupación y cálculo.

"Bueno, Sra. Merritt", dice, su voz cuidadosamente controlada. "Parece que tenemos una gran situación entre manos".

Al otro lado de la ciudad, Mike Donovan abre de un empujón la puerta del vestuario, con pasos pesados por el peso de su confesión. La charla habitual previa a los entrenamientos se apaga al

instante cuando todas las cabezas se vuelven hacia él. El silencio es ensordecedor, lleno de preguntas sin respuesta y de una tensión creciente.

Los ojos de Mike recorren la sala, observando la mezcla de curiosidad, preocupación y, en algunos casos, juicio en los rostros de sus compañeros de equipo. Divisa a Ryan O'Neill, con una expresión de confusión y dolor.

Respirando hondo, Mike entra de lleno en la habitación. "Chicos, yo... necesito deciros algo".

Cuando Mike empieza a hablar, sus palabras son vacilantes al principio, pero luego cobran fuerza. Expone toda la historia: su antagonismo inicial hacia Samantha, su entendimiento gradual, la chispa que se convirtió en algo que ninguno de los dos podía negar. Con cada frase, Mike puede ver cómo sus compañeros se dan cuenta.

"Sé que he puesto al equipo en una situación difícil", concluye Mike, con la voz cargada de emoción. "Y lo siento por ello. Pero ya no estamos juntos, por si sirve de algo".

La sala permanece en silencio durante un largo momento después de que Mike termine. Luego, lentamente, empiezan a alzarse las voces. Preguntas, exclamaciones y comentarios en voz baja se suceden mientras el equipo intenta procesar este bombazo.

A pesar de todo, Mike se mantiene firme, listo para afrontar lo que venga.

Mientras tanto, la apacible tranquilidad del apartamento de Samantha Merritt se ve interrumpida por unos urgentes golpes en la puerta. Antes de que Samantha pueda levantarse del sofá, la puerta se abre de golpe y aparece una Zoe Rodríguez sonrojada y sin aliento.

"¡Sam!" exclama Zoe, agitando un fajo de papeles. "¡No vas a creer lo que he descubierto! La historia del siglo, lo juro, y se trata de..."

Las palabras de Zoe mueren en su garganta al ver el aspecto de Samantha. Su amiga tiene los ojos enrojecidos y las mejillas manchadas de lágrimas secas. La emoción desaparece de la cara de Zoe y es reemplazada por una incipiente comprensión.

"Oh, Sam", dice ella. "Ya se lo has dicho, ¿no?"

Samantha asiente, una nueva oleada de lágrimas amenaza con derramarse. "Esta mañana. No podía seguir mintiendo".

Zoe se acerca al sofá y abraza a Samantha con fuerza. La revelación que tanto le había entusiasmado hace un momento ahora le parece un peso de plomo en la mano. Como periodista, debería estar encantada de publicar una noticia tan importante. Pero como amiga...

"Lo siento mucho, Sam", susurra Zoe. "¿Qué puedo hacer?"

Antes de que Samantha pueda responder, sus teléfonos suenan simultáneamente. Se separan y miran sus pantallas para encontrar alertas de noticias urgentes.

Al otro lado de la ciudad, en la sala de prensa principal de la NHL, los flashes de las cámaras estallan como luces estroboscópicas cuando la Comisionada Patricia Hendricks se acerca al podio. La sala está abarrotada, periodistas de todos los principales medios deportivos se disputan la posición, muy excitados.

Patricia se aclara la garganta, su rostro es una máscara de compostura profesional. "Buenas tardes. He convocado esta rueda de prensa para abordar los últimos acontecimientos en la liga. En concreto, para anunciar una revisión exhaustiva de nuestras políticas de confraternización."

La sala estalla en preguntas, pero Patricia levanta una mano y hace callar a la multitud.

"A la luz de ciertas situaciones que han llegado a nuestro conocimiento, está claro que nuestras directrices actuales pueden ser inadecuadas para el panorama cambiante del hockey profesional. Nos comprometemos a mantener la integridad del deporte, reconociendo al mismo tiempo el elemento humano de nuestra organización."

Mientras Patricia continúa, eludiendo cuidadosamente las preguntas directas sobre Samantha y Mike, los dos sujetos del drama que se está desarrollando, observan la emisión desde lugares separados. Samantha, acurrucada en su sofá con el reconfortante brazo de Zoe alrededor de sus hombros. Mike, rodeado de sus compañeros de equipo, cuya conmoción anterior se ha visto atenuada por la preocupación por su capitán.

La rueda de prensa marca un punto de inflexión. Su secreto ha salido a la luz, no en la salaz revelación que temían, sino en una comedida declaración de la propia liga. No es el final que esperaban, pero es un final al fin y al cabo.

Mientras las cámaras siguen disparando y Patricia responde a las preguntas con diplomacia, Samantha y Mike respiran hondo. El futuro es incierto, sus carreras penden de un hilo, pero por primera vez en meses, ya no se esconden.

El juego ha cambiado. Ahora, sólo tienen que averiguar las nuevas reglas.

♡ Capítulo 14 ♡

La sala de conferencias bulle de expectación cuando Samantha Merritt se acerca al podio. Filas de rostros ansiosos la miran, mujeres jóvenes que sueñan con camisetas a rayas y silbatos al cuello. Samantha respira hondo y sus manos tiemblan ligeramente mientras ajusta el micrófono.

"Cuando pisé por primera vez el hielo como árbitro de la NHL", comienza, su voz vacila antes de encontrar su fuerza, "pensé que lo más difícil sería demostrar que podía tomar las decisiones correctas. Me equivoqué".

Samantha recorre la sala con la mirada y ve su propia pasión y determinación reflejadas en ella. "Lo más duro fue enfrentarnos a un sistema que no estaba hecho para nosotras. Un sistema que cuestionaba cada uno de nuestros movimientos, no por nuestras capacidades, sino por nuestro género".

A medida que avanza, la voz de Samantha se vuelve más segura. Habla de trasnochar estudiando el reglamento, de un entrenamiento físico agotador, de mantenerse firme frente a los escépticos y los detractores. Pero también habla de triunfo, de la indescriptible sensación de arbitrar su primer partido de la NHL, de ganarse el respeto a base de competencia y agallas.

"No voy a endulzarlo", dice Samantha, con tono serio. "Este camino no es fácil. Te enfrentarás a retos que ni siquiera puedo imaginar. Pero cada vez que pisas el hielo, estás cambiando el juego. Muestras al mundo que el hockey no es sólo un deporte de hombres: es para cualquiera que tenga la pasión y la habilidad de oficiarlo con justicia".

Cuando Samantha concluye su discurso, la sala estalla en aplausos. Ve lágrimas en algunos ojos, feroz determinación en otros. Y por primera vez desde que su relación con Mike salió a la luz, Samantha siente que tiene un propósito más allá de sus luchas personales. Está allanando el camino a estas mujeres, convirtiendo su controversia en un catalizador del cambio.

Al otro lado de la ciudad, en una sala de conferencias con paneles de madera, Mike Donovan se inclina hacia delante en su silla, con el rostro marcado por la intensidad. Alrededor de la mesa se sientan sus compañeros, entrenadores y directivos, con expresiones que van de la curiosidad al escepticismo.

"Mira", dice Mike, con voz apasionada. "Sé que no soy el chico del póster para seguir las reglas en este momento. Pero precisamente por eso tenemos que cambiarlas. El mundo está evolucionando, y el hockey tiene que evolucionar con él".

Señala un gráfico con los datos demográficos de la liga. "Estamos perdiendo talento, aficionados y toda una nueva generación de jugadores y directivos por culpa de políticas obsoletas. No se trata sólo de relaciones, sino de crear un entorno en el que todos se sientan bienvenidos y valorados".

Algunos de los jugadores más veteranos se mueven incómodos, pero Mike sigue adelante. "He visto de primera mano la habilidad y la dedicación que las mujeres aportan a este deporte.

Tenemos que reclutar activamente a mujeres árbitros, entrenadoras e incluso jugadoras. Y sí, eso significa replantearse algunas de nuestras tradiciones. Pero, ¿no es eso mejor que volvernos irrelevantes?".

Mientras Mike continúa exponiendo propuestas para unas prácticas de contratación más inclusivas y unas políticas de conducta actualizadas, observa un cambio en la sala. Ryan O'Neill, el joven novato, asiente con entusiasmo. Incluso algunos de los veteranos más tradicionales parecen considerar sus palabras.

El entrenador Oso, con las cejas pobladas y pensativo, habla por fin. "Nos has dado mucho en qué pensar, Donovan. No puedo decir que esté de acuerdo con todo, pero tal vez sea hora de que analicemos detenidamente cómo hacemos las cosas."

Mike se echa hacia atrás con una mezcla de alivio y determinación. Es un pequeño paso, pero es un comienzo. Puede que haya perdido su lugar en el hielo, pero ha encontrado una nueva forma de influir en el juego que ama.

En su despacho, la comisionada Patricia Hendricks frunce el ceño ante el documento que tiene delante. Las actualizaciones propuestas de las políticas de confraternización de la liga son exhaustivas y abordan no sólo las relaciones entre jugadores y oficiales, sino toda una serie de dinámicas interpersonales dentro del ecosistema de la NHL.

Patricia suspira frotándose las sienes. Cuando defendió el nombramiento de Samantha Merritt como primera mujer árbitro de la NHL, sabía que habría desafíos. Pero nunca previó esto: una revisión completa de las políticas de la liga, provocada por una historia de amor que cautivó la imaginación del público.

Mientras revisa la propuesta, Patricia no puede evitar ver las caras de Samantha y Mike. Su situación había obligado a la liga a enfrentarse a problemas largamente ignorados, a cuestionar tradiciones que ya no servían al juego moderno.

"Bueno", murmura Patricia para sí misma, "ciertamente cambiaron el juego, ¿no?".

Con un asentimiento decidido, Patricia coge su bolígrafo y empieza a tomar notas. Si van a hacer esto, van a hacerlo bien. La NHL tiene la oportunidad de establecer un nuevo estándar, no sólo para el hockey, sino para el deporte profesional en su conjunto.

El frío familiar de la pista de hielo envuelve a Samantha cuando pisa la superficie lisa. Ante ella, un mar de rostros jóvenes la observan absortos. Chicos y chicas, algunos apenas lo bastante mayores para patinar, todos ansiosos por aprender los entresijos del arbitraje de hockey.

Cuando Samantha empieza su demostración, explicando la forma correcta de señalar las diferentes sanciones, se fija en un grupo de chicas que están cerca de la entrada. Sus ojos se abren de par en par con asombro, siguiendo cada movimiento de Samantha. Ella ve en ellas el mismo fuego, el mismo amor por el juego que la impulsó a romper barreras.

"¿Quién quiere probar?" pregunta Samantha, extendiendo su silbato.

Un bosque de manos se levanta, pero es una de las chicas jóvenes la que llama la atención de Samantha. Patina hacia delante tímidamente, con una mezcla de excitación y nerviosismo en el rostro.

Mientras Samantha guía a la niña por el proceso de hacer una llamada, siente una oleada de emoción en el pecho. Se da cuenta de que este es su verdadero legado. No los récords que ha batido ni las polémicas que ha superado, sino las puertas que ha abierto a estas jóvenes para que persigan sus sueños.

La niña hace sonar el silbato y su rostro se ilumina de alegría al oír el agudo sonido. Samantha sonríe y vislumbra el futuro: un futuro en el que la presencia de mujeres en el hielo, ya sea como jugadoras, entrenadoras u oficiales, es tan común que resulta anodina.

El juego está cambiando, evolucionando más allá de las rígidas estructuras del pasado. Y Samantha Merritt, antaño una pionera reticente, asume ahora su papel de guía de ese cambio. Con cada silbido y cada rostro joven inspirado, está construyendo un nuevo legado para el hockey: un legado de inclusión, diversidad y posibilidades ilimitadas.

Las duras luces del estudio golpean a Mike Donovan sentado frente a la famosa periodista deportiva Lisa Chen. Ya ha pasado por innumerables entrevistas, pero ésta es diferente. Más personal. Más peligrosa.

"Así que, Mike", empieza Lisa, con un tono informal pero una mirada aguda. "Has estado al frente de la presión para cambiar las políticas de la NHL. ¿Qué despertó esta pasión?"

Mike respira hondo y elige cuidadosamente sus palabras. "Creo que es hora de que el hockey se ponga al día con el resto del mundo. Estamos perdiendo talento y perspectivas por aferrarnos a ideas anticuadas".

Lisa asiente y se inclina ligeramente. "¿Y tu propia experiencia? ¿Los retos de equilibrar las relaciones personales con las obligaciones profesionales?"

La mandíbula de Mike se tensa momentáneamente, pero mantiene la compostura. "Es complicado. En cualquier entorno profesional, hay límites. Pero también somos humanos. La clave es encontrar la manera de reconocer esa humanidad y mantener al mismo tiempo la integridad del deporte".

"Hablando de eso", insiste Lisa, "su relación con Samantha Merritt causó un gran revuelo. ¿Cómo ha influido esa experiencia en tus opiniones?"

La mención del nombre de Samantha provoca una sacudida en Mike. Por un momento, vuelve al parque, a la última vez que la abrazó. Traga saliva y se obliga a volver al presente.

"Samantha Merritt es una árbitro excepcional", dice, con voz firme a pesar de la emoción que

bulle bajo la superficie. "Lo que ocurrió entre nosotros me abrió los ojos a la necesidad de unas directrices más claras. Pero lo más importante es que me mostró el increíble talento y dedicación que las mujeres aportan a este deporte en todos los niveles."

A medida que avanza la entrevista, Mike camina por la cuerda floja entre la honestidad y la discreción. Habla con pasión sobre la inclusión y el progreso, mientras navega por el campo minado de su historia personal. Al final, está emocionalmente agotado, pero satisfecho de haber contribuido a hacer avanzar la conversación.

El pabellón infantil del Hospital St. Mary es un derroche de color y ruido cuando Mike Donovan se abre paso, parándose a charlar con los jóvenes pacientes y a firmar autógrafos. A pesar de las graves circunstancias que traen aquí a estos niños, sus caras se iluminan al ver a la estrella del hockey.

Cuando Mike se acerca a una de las últimas camas, una niña de unos siete u ocho años le saluda con una sonrisa en los dientes. Lleva la cabeza calva cubierta por un pañuelo de colores, pero sus ojos brillan de vida.

"Hola", dice Mike, agachándose a su altura. "Soy Mike. ¿Cómo te llamas?"

"Soy Sarah", responde, con voz pequeña pero emocionada. "¡Eres mi jugador favorito!"

Mike sonríe, conmovido por su entusiasmo. "Bueno, Sarah, eso te convierte en mi fan favorita. ¿Juegas al hockey?"

Sarah asiente enérgicamente. "Estaba empezando a aprender antes de ponerme enferma. Pero volveré a jugar cuando esté mejor".

"Apuesto a que lo harás", anima Mike. "Y estarás increíble".

El rostro de Sarah se vuelve serio, con una pregunta claramente en su mente. "¿Mike? ¿Puedo preguntarte algo?"

"Por supuesto".

"¿Crees que..." Sarah vacila y luego se precipita. "¿Crees que podría ser a la vez jugadora de hockey y árbitro? ¿Como Samantha Merritt?"

La inocente pregunta pill a Mike desprevenido. Por un momento, se ve transportado a sus conversaciones nocturnas con Samantha, hablando de sus sueños para el futuro del hockey. Siente un nudo en la garganta, la emoción amenaza con abrumarle.

Parpadeando, Mike sonríe a Sarah. "¿Sabes qué? Creo que puedes ser lo que quieras. Samantha Merritt nos demostró a todos que no hay límites para lo que las mujeres pueden hacer en el hockey. Así que si quieres jugar y arbitrar, yo digo que vayas a por ello".

A Sarah se le ilumina la cara de alegría. "¿De verdad? ¿Crees que podría hacer las dos cosas?".

Mike asiente, con la voz cargada de emoción. "Sé que puedes. Y no puedo esperar a verte ahí fuera en el hielo, mostrando al mundo lo que puedes hacer".

Cuando se aleja de la cama de Sarah, Mike siente un renovado propósito. Ver el impacto de su historia, las puertas que ha abierto a niños como Sarah, hace que el sacrificio merezca la pena.

El juego está cambiando, evolucionando hacia algo más inclusivo, más representativo del mundo fuera de la pista. Y aunque no puedan estar juntos, Mike y Samantha siguen siendo compañeros en esta evolución, inspirando cada uno a su manera a la próxima generación de amantes del hockey.

Al salir del hospital, Mike respira profundamente el aire fresco. El futuro del hockey es brillante, lleno de posibilidades que sólo han empezado a imaginar. Y de alguna manera, ese conocimiento hace que el peso de la pérdida personal sea un poco más fácil de soportar.

El aplauso es ensordecedor cuando Samantha Merritt concluye su discurso de apertura de la Conferencia de Mujeres en el Deporte. De pie en el podio, muchos rostros se alzan ante ella, aplaudiendo con entusiasmo. La ovación la envuelve como una ola, una afirmación de su impacto en el mundo del deporte.

Los ojos de Samantha recorren la multitud, absortos en el momento. Hay jóvenes atletas con sueños en los ojos, profesionales veteranas que asienten en señal de reconocimiento e innumerables mujeres que ven en ella un reflejo de sus propias aspiraciones. Pero incluso mientras disfruta del calor de su aprobación, una parte de ella no puede evitar buscar una cara en particular.

Sabe que es una tontería, sabe que Mike Donovan no tiene motivos para estar aquí. Sin embargo, su mirada pasa de una persona a otra, esperando ver esos ojos azules tan familiares, esa sonrisa orgullosa que siempre la hizo sentirse invencible.

Cuando los aplausos empiezan a apagarse, Samantha aparta la punzada de decepción. En este momento no se trata de qué o quién falta. Se trata de lo lejos que ha llegado, de las puertas que ha ayudado a abrir a innumerables personas.

Con un último saludo al público, Samantha se aleja del podio. Mientras se dirige a los bastidores, es recibida por un aluvión de felicitaciones y apretones de manos. Pero en medio del caos, se permite una última mirada al auditorio, un reconocimiento silencioso a la única persona que, a pesar de todo, desearía haber podido compartir este triunfo.

A kilómetros de distancia, en los familiares confines de los vestuarios del equipo, Mike Donovan se sienta encorvado, encintando meticulosamente su stick. Es un ritual previo al partido que ha realizado en innumerables ocasiones, pero hoy sus movimientos son mecánicos, su mente está en otra parte.

"¿Visteis a Merritt en SportsCenter anoche?" La voz de Ryan O'Neill se interpone en la charla del vestuario.

Las manos de Mike se quedan quietas durante una fracción de segundo antes de obligarse a continuar su tarea, fingiendo desinterés aunque su ritmo cardíaco se acelere.

"Sí, lo he visto", dice otro jugador. "Hay que reconocer que está causando sensación".

"¿Quién lo hubiera pensado?", añade un veterano defensa. "Una mujer árbitro, cambiando todo el maldito deporte".

Mike agacha la cabeza, pero sus oídos se esfuerzan por captar cada palabra. Quiere intervenir, defender las habilidades de Samantha, decirles lo extraordinaria que es. Pero se muerde la lengua, demasiado consciente de cómo podrían interpretarse sus palabras.

"Sabes", dice Ryan, con voz pensativa, "solía pensar que tener a una mujer ahí fuera era sólo un truco de relaciones públicas. Pero Merritt es de verdad".

Sigue un coro de asentimiento y Mike siente una oleada de orgullo en el pecho. Están viendo a Samantha como él siempre la ha visto: como una profesional experta que se ha ganado su lugar en el deporte a base de talento y determinación.

Cuando la conversación gira en torno al próximo partido, Mike levanta por fin la vista de su bastón. Atrae la mirada de Ryan y le dedica una pequeña inclinación de cabeza en señal de agradecimiento. Ryan se lo devuelve con una sonrisa cómplice, un reconocimiento silencioso del papel que Mike ha desempeñado en el cambio no sólo de su propia opinión, sino de la de todo el equipo.

La sala de prensa principal de la liga está abarrotada, las cámaras parpadean incesantemente mientras la Comisaria Patricia Hendricks se acerca al podio. El aire está cargado de expectación; los rumores de cambios importantes en la política llevan semanas circulando.

Patricia se aclara la garganta y empieza con voz firme. "Buenas tardes. El día de hoy marca un hito importante en la historia de nuestra liga. Después de días de cuidadosa consideración y consulta, estamos orgullosos de anunciar cambios radicales en nuestras políticas relativas a la igualdad de género y las relaciones personales dentro de la comunidad de la NHL."

Cuando Patricia esboza las nuevas iniciativas -desde una mayor inversión en el hockey femenino hasta normas de confraternización más flexibles que dan prioridad a la transparencia sobre la prohibición-, la sala bulle de entusiasmo. Los periodistas garabatean furiosamente, imaginando ya los titulares que generará este anuncio.

"Estos cambios", continúa Patricia, "reflejan nuestro compromiso de fomentar una cultura del hockey más inclusiva, comprensiva y, en última instancia, más fuerte. Creemos que abrazando la diversidad y reconociendo las complejas realidades de las relaciones humanas, podemos crear una liga que represente verdaderamente lo mejor de nuestro deporte y de nuestra sociedad."

Mientras responde a las preguntas de la prensa, los ojos de Patricia se dirigen brevemente al

fondo de la sala. Allí, de pie, en silencio pero con un orgullo inconfundible, está Samantha Merritt. Sus miradas se cruzan y Patricia asiente sutilmente, reconociendo el papel de Samantha como catalizadora de estos cambios.

Samantha asiente con la cabeza, con el pecho apretado por la emoción. Este momento, estos cambios, son el resquicio de esperanza para el dolor personal que ha soportado. Una forma de asegurarse de que su sacrificio, y el de Mike, no ha sido en vano.

Al término de la rueda de prensa, Samantha se escabulle en silencio, llevándose consigo la profunda sensación de haber formado parte de algo verdaderamente transformador.

El suave resplandor del televisor proyecta sombras parpadeantes en el salón de Samantha Merritt. En la pantalla, caras y voces conocidas cuentan la historia que ha cautivado al mundo del hockey: la suya propia.

"Rompiendo el hielo: cómo el amor cambió el hockey para siempre" se desplaza por la parte inferior de la pantalla mientras Samantha mira, acurrucada en su sofá con una taza de té que se enfría en sus manos.

Al otro lado de la ciudad, en su propio apartamento, Mike Donovan está sentado en el borde de la cama, con los ojos fijos en el mismo documental. Observa cómo expertos y compañeros analizan el impacto de su relación y los efectos que ha tenido en todo el deporte.

A medida que el programa profundiza en el coste personal de sus decisiones, tanto Samantha como Mike vuelven a sentir el peso de su separación. Ven en las entrevistas televisadas del otro el dolor que han estado arrastrando, el anhelo que han intentado reprimir.

Casi sincronizados, ambos cogen sus teléfonos. El pulgar de Samantha se posa sobre el contacto de Mike, una foto de él sonriéndole. Mike mira fijamente el número de Samantha, con el dedo preparado para marcar.

Durante un largo momento, ambos se quedan paralizados, divididos entre el deseo de tender la mano y la certeza de que no pueden hacerlo. El documental continúa en segundo plano, como un recordatorio constante de que su historia personal se ha convertido en algo más grande que la vida.

Con un suspiro, Samantha deja el teléfono. A kilómetros de distancia, Mike hace lo mismo. Han cambiado el juego, han abierto puertas a innumerables personas. Pero el precio de ese progreso fue su oportunidad de una vida juntos.

Al concluir el documental, que destaca los cambios positivos que se están produciendo en la cultura del hockey, tanto Samantha como Mike sienten una compleja mezcla de orgullo y melancolía. Han dejado una huella indeleble en el deporte que aman, pero el coste personal de ese legado pesa mucho en sus corazones.

Después de los créditos, Samantha y Mike se quedan en sus apartamentos separados con la tranquila certeza de que, aunque hayan cambiado el hockey para siempre, algunas cosas -como la profundidad de sus sentimientos mutuos- permanecen intactas.

♡ Capítulo 15 ♡

El frío del estadio envuelve a Samantha Merritt cuando se desliza sobre el hielo, el familiar roce de sus patines contrasta con el atronador rugido del público. Es el último partido de la temporada, el crescendo de un año que no sólo ha transformado su vida, sino también el panorama del hockey profesional.

Al comenzar su rutina de calentamiento, los ojos de Samantha encuentran sin querer a Mike Donovan. Está en el centro del hielo, manejando el disco con la misma elegancia que le llamó la atención hace tantos meses. Durante un instante, sus miradas se quedan fijas.

El mundo parece ralentizarse, la cacofonía de la arena se desvanece en un zumbido distante. En esa fugaz conexión, Samantha ve un reflejo de su propia lucha: el orgullo profesional en guerra con el anhelo personal, el peso de su sacrificio compartido.

Ambas apartan rápidamente la mirada, roto el hechizo. Samantha se obliga a concentrarse en sus estiramientos, en el partido que le espera. Pero su corazón late con algo más que adrenalina previa al partido.

Los equipos se alinean para escuchar el himno nacional y el estadio se queda momentáneamente en silencio. Mike Donovan permanece en posición de firmes, con la mirada fija en la bandera que cuelga de las vigas. Sin embargo, cada fibra de su ser está en sintonía con la presencia de Samantha a pocos metros de distancia.

Puede imaginársela sin mirar: la espalda erguida, la barbilla levantada, la imagen misma de la funcionaria pionera en la que se ha convertido. La conocida melodía del himno le invade, pero la mente de Mike es un torbellino de emociones contradictorias.

Orgullo por lo lejos que ambos han llegado, por los cambios que han ayudado a provocar. Arrepentimiento por el coste personal de sus decisiones. Y por debajo de todo, un anhelo que no ha disminuido a pesar de los meses de separación.

Cuando las últimas notas se desvanecen y el público estalla de nuevo, Mike se permite una rápida mirada en dirección a Samantha. Ya está patinando hacia su posición, cada movimiento es un estudio de concentración profesional. Mike cuadra los hombros, apartando el dolor de su pecho. Es hora de jugar.

El disco cae y el último partido de la temporada estalla en movimiento. Los cuerpos chocan, los palos chocan y el disco rebota por la pista a una velocidad vertiginosa. Samantha se encuentra en constante movimiento, con el silbato preparado.

Pero no importa adónde la lleve la obra, ella parece acabar cerca de Mike. Orbitan el uno alrededor del otro como estrellas binarias, atraídos por una fuerza invisible aunque mantengan las distancias.

Cuando Mike lucha por el disco en la esquina, Samantha está allí para vigilar la escaramuza.

Cuando avisa de que se ha producido una infracción, Mike pasa patinando, lo suficientemente cerca como para que ella pueda sentir la corriente de aire a su paso.

Cada encuentro cercano es una prueba para su determinación, un recordatorio de a lo que han renunciado por el bien del juego que aman. Samantha se obliga a ver a Mike como un jugador más, a juzgar sus acciones con la imparcialidad que se ha convertido en su sello distintivo.

Pero es una lucha constante, que no pasa desapercibida para los observadores más agudos del ruedo.

El segundo periodo está llegando a su fin cuando sucede. Mike, frustrado por una ocasión de gol perdida, golpea a un rival cerca de las tablas. El golpe es duro, a caballo entre el juego agresivo y la penalización.

Samantha está perfectamente posicionada para tomar la decisión. Su mano se mueve hacia el silbato mientras analiza la jugada en tiempo real. ¿Golpe limpio o cruzar la línea?

El silbato de Samantha permanece en silencio. La jugada continúa.

El estridente sonido del silbato atraviesa el estadio cuando el árbitro señala un tiempo muerto. Los jugadores patinan hacia sus respectivos banquillos, con la respiración entrecortada por el aire frío. Mike Donovan está a medio camino de su equipo cuando la voz ronca del entrenador Bear le detiene en seco.

"¡Donovan! Una palabra."

Mike se da la vuelta y patina hasta donde está el entrenador Oso, al borde del banquillo, con las cejas fruncidas por la preocupación.

"¿Qué está pasando ahí fuera, chico?" Oso gruñe, su voz lo suficientemente baja como para que sólo Mike pueda oír. "Estás jugando como si tuvieras miedo de tu propia sombra. ¿Dónde está esa agresividad que sé que tienes?"

Mike abre la boca para responder, pero se queda sin palabras. ¿Cómo puede explicar la cuerda floja en la que camina, la conciencia constante de la presencia de Samantha en el hielo?

Como invocado por sus pensamientos, los ojos de Mike se dirigen involuntariamente hacia Samantha. Está hablando con otro funcionario y su postura irradia la tranquila autoridad que le atrajo de ella.

El movimiento es breve, casi imperceptible, pero no pasa desapercibido para el entrenador Oso. La expresión del hombre mayor se suaviza ligeramente y en sus ojos aparece la comprensión.

"Ah, demonios", murmura Bear, sacudiendo la cabeza. "Mira, Donovan, lo entiendo. Pero tienes que compartimentar. Cuando estás en este hielo, ella es sólo otra árbitro. ¿Entendido?"

Mike asiente rígido, con la vergüenza y la frustración luchando en su interior. "Sí, entrenador. No volverá a ocurrir".

Mientras Mike patina de vuelta para reunirse con sus compañeros de equipo, Oso le observa partir, con una mezcla de simpatía y resignación en su curtido rostro.

El partido reanuda su ritmo frenético. El marcador sigue apretado y cada jugada lleva el peso de una posible victoria o derrota. En medio de una batalla particularmente acalorada por el disco, el silbato de Samantha perfora el aire.

"¡Penalti! ¡Número 17, dos minutos por enganche!"

El delantero estrella del equipo de Mike levanta las manos en señal de incredulidad mientras Samantha señala con firmeza el área de penalti. En cuestión de segundos, está rodeada de jugadores que protestan y alzan la voz en una cacofonía de desacuerdo.

Samantha se mantiene firme, con una máscara de distanciamiento profesional. Pero bajo la superficie se desata una tormenta. Sabe que la decisión fue correcta: vio el gancho con toda claridad. Pero también es muy consciente de cómo puede ser percibida, del escrutinio que sigue cada una de sus decisiones.

Mientras los jugadores siguen discutiendo, Samantha aprieta la mandíbula, el único signo externo de su agitación interior. Sus ojos se cruzan brevemente con los de Mike al otro lado del hielo. No hay acusación en su mirada, sólo una triste comprensión que hace que le duela el corazón.

Con un último y autoritario toque de silbato, Samantha dispersa al grupo de jugadores. Mientras patina hacia su posición, siente el peso de miles de ojos sobre ella, cada espectador un árbitro aficionado, juzgando no sólo sus decisiones, sino su derecho a estar en este hielo.

El vestuario bulle de energía durante el descanso. Los jugadores discuten la estrategia, los entrenadores atienden a los lesionados leves y el aire está cargado de aromas mezclados de sudor y determinación. Pero en una esquina, apartado del caos controlado, está sentado Mike Donovan. Sus compañeros le dirigen miradas preocupadas, pero nadie se acerca.

Mike mira fijamente sus patines, su mente es un torbellino de emociones contradictorias. Piensa en Samantha, en la fortaleza que ha demostrado frente al implacable escrutinio. Piensa en su equipo, en la confianza que han depositado en él para llevarles a la victoria. Y piensa en el juego en sí, el deporte que ha sido la pasión de su vida, ahora cambiado para siempre por las decisiones que él y Samantha tomaron.

Un palo le toca el hombro y le saca de su ensueño. Ryan O'Neill está allí, ofreciéndole una botella de agua y una sonrisa comprensiva.

"Te cubrimos las espaldas, Capi", dice Ryan suavemente. "Pase lo que pase ahí fuera".

Mike asiente, agradecido por el simple gesto de apoyo. Mientras se reúne con sus compañeros para la charla de estrategia del entrenador, hace un voto silencioso. Durante el próximo periodo, no será más que un jugador de hockey. Se lo debe a su equipo y a sí mismo.

En un tranquilo rincón del estadio, Samantha Merritt está de pie junto a sus compañeros, con las cabezas inclinadas en una intensa discusión. La conversación es en voz baja, pero la tensión es palpable.

"Ese gancho en el segundo", dice el árbitro principal, con un tono cuidadosamente neutro. "¿Estás seguro de eso, Merritt?"

Samantha asiente, luchando por mantener la voz firme. "Absolutamente. Claro como el día desde mi ángulo".

Otro funcionario interviene, con palabras medidas pero precisas. "Es que... dadas las circunstancias, tenemos que tener mucho cuidado. Lo entiendes, ¿verdad?"

La insinuación flota en el aire. Samantha siente que la ira y la vergüenza le suben por el cuello. Sabe lo que le están pidiendo. ¿Pueden confiar en su imparcialidad cuando se trata del equipo de Mike Donovan?

"Lo entiendo perfectamente", dice Samantha, con tono cortante. "Y puedo asegurarle que mi vida personal no influye en mi capacidad para hacer este trabajo".

Los demás funcionarios intercambian miradas, no del todo convencidos pero tampoco dispuestos a insistir. Cuando se dispersan para prepararse para el último periodo, Samantha respira hondo y se centra.

La tensión en el estadio es perceptible cuando cae el disco en el tercer periodo. Con el marcador empatado, cada jugada tiene el peso de una posible victoria o derrota. Los ojos de Samantha Merritt recorren el hielo, muy atenta a cada movimiento, a cada posible infracción.

De repente, un grito ahogado recorre la multitud. Mike Donovan, que perseguía el disco, recibe un fuerte golpe de un defensa rival. Su cuerpo se estrella contra las tablas con un ruido sordo y, por un instante, no se levanta.

La mano de Samantha vuela hacia su silbato y su cuerpo se inclina instintivamente hacia Mike. Cada fibra de su ser le grita que se acerque, que se asegure de que está bien. Pero se contiene y fuerza el brazo hacia su costado.

Observa, con el corazón en la garganta, cómo Mike se levanta lentamente. Sus ojos se cruzan brevemente y Samantha ve gratitud en su mirada, gratitud por no haber intervenido, por tratarlo como a cualquier otro jugador.

El juego se reanuda, pero el pulso de Samantha tarda más en calmarse. La línea que separa el deber profesional de la preocupación personal nunca había sido tan delgada.

A medida que el reloj avanza, la intensidad sobre el hielo alcanza su punto álgido. A poco menos de dos minutos para el final, Mike se encuentra en una feroz batalla por el disco a lo largo de las tablas. El stick del jugador contrario se levanta y atrapa a Mike.

En tiempo real, es una decisión límite. Samantha, perfectamente posicionada, lo ve todo. Su

mente se acelera, analizando la jugada desde todos los ángulos. Pasa medio segundo, que parece una eternidad.

El silbato de Samantha permanece en silencio. El juego continúa.

Inmediatamente, el banquillo estalla. Su entrenador, con el rostro enrojecido por la ira, se inclina sobre el tablero y grita a Samantha cuando pasa patinando.

"¿Estás ciego?! ¡Eso fue un palo alto, claro como el día!"

Samantha se obliga a seguir adelante, con expresión neutra aunque la duda la corroe por dentro. ¿Fue la decisión correcta? ¿O está sobrecompensando, dejando pasar las cosas para evitar cualquier indicio de favoritismo hacia el equipo de Mike?

Llega el último minuto del partido, el marcador sigue empatado. El público está en pie, el ruido es ensordecedor mientras ambos equipos luchan por una victoria en el último segundo.

De repente, Mike Donovan ve su oportunidad. Un error defensivo le deja vía libre hacia la portería. Se pone en marcha, sus poderosas zancadas se comen el hielo mientras corre hacia lo que podría ser la escapada ganadora del partido.

El defensa contrario, desesperado por detenerle, se lanza hacia delante. Su palo golpea los patines de Mike, que cae al hielo a escasos metros de la portería.

El tiempo parece detenerse. El estadio contiene la respiración y todos los ojos se vuelven hacia Samantha Merritt.

En ese momento, el peso de toda la temporada cae sobre los hombros de Samantha. Esta decisión -o no decisión- podría decidir no sólo el partido, sino potencialmente las posiciones en los playoffs. Más que eso, podría validar o destruir todo por lo que ella y Mike se han sacrificado.

La mano de Samantha tiembla ligeramente cuando se lleva el silbato a los labios. El estridente sonido corta la tensión como un cuchillo.

"¡Penalti!"

El público estalla, una mezcla de vítores y abucheos ahoga las protestas del equipo contrario. Mientras Mike se prepara para lanzar el penalti, Samantha se coloca en su posición, consciente del escrutinio que se cierne sobre ella desde todos los ángulos.

Los ojos de Mike se cruzan con los suyos durante un breve instante mientras se prepara para disparar. En esa fugaz conexión, toda una vida de emociones pasa entre ellos: respeto, arrepentimiento y un amor que ha sido templado pero no extinguido por las pruebas a las que se han enfrentado.

El penalti se desarrolla en un movimiento borroso. Mike se tira, el portero se equivoca y el disco entra en la portería.

Estalla el caos. El equipo contrario se desploma derrotado, algunos discuten infructuosamente con los demás árbitros sobre la decisión final. Una fracción de segundo después de reanudarse el juego, suena el pitido final.

Los compañeros de Mike se lanzan al hielo, una marea de cuerpos jubilosos que convergen sobre su héroe. Palos y guantes saltan por los aires, desechados en el frenesí de la celebración. Es una escena que Samantha ha presenciado en innumerables ocasiones, la alegría pura y desenfrenada del triunfo deportivo.

Pero esta vez algo es diferente.

Mike Donovan, el artífice de este gol ganador del campeonato, no se une a la caótica celebración. Permanece quieto, una isla de calma en un mar de júbilo. Y sus ojos, en lugar de buscar a sus compañeros de equipo o escudriñar a la multitud que le aclama, están fijos en Samantha.

La intensidad de su mirada la inmoviliza. Samantha se queda inmóvil, con el silbato olvidado en su mano repentinamente floja. El resto de la pista parece desvanecerse, la estridente celebración se reduce a un zumbido distante mientras su mundo se estrecha a esos penetrantes ojos azules.

Mike empieza a patinar hacia ella, con movimientos deliberados y decididos. Con cada deslizamiento de sus cuchillas sobre el hielo, la distancia entre ellos se acorta, no sólo físicamente, sino también emocionalmente. Las semanas de separación forzada, de límites profesionales y sacrificios personales, parecen desvanecerse con cada centímetro que recorre.

A Samantha se le corta la respiración. Sabe que debería moverse, apartarse y mantener la cuidadosa distancia que tanto les ha costado establecer. Pero se encuentra clavada en el sitio, atraída como un imán por la figura del hombre al que nunca ha dejado de amar.

A medida que Mike se acerca, se quita el casco y Samantha puede ver la determinación en su mandíbula, el brillo de algo salvaje y temerario en sus ojos. Es una mirada que reconoce, que la emociona y la aterroriza a la vez. Es la mirada de un hombre a punto de cambiar el juego por completo.

La celebración continúa a su alrededor, pero para Samantha y Mike bien podría estar ocurriendo en otro mundo. En este momento, sólo existe el hielo bajo sus patines, el latido de sus corazones y la corriente eléctrica de la posibilidad que chisporrotea entre ellos.

Mike está ahora cerca, lo bastante cerca como para que Samantha pueda ver el rápido subir y bajar de su pecho, casi puede sentir el calor que irradia su cuerpo. Abre la boca, aunque no sabe si para protestar o para animarlo.

Pero antes de que ella pueda pronunciar una palabra, Mike acorta la última distancia que los separa. Y ante veinte mil aficionados, innumerables cámaras y todo el mundo del hockey, Mike Donovan toma a Samantha Merritt en sus brazos y la besa.

El beso es feroz, apasionado, una declaración y una pregunta a la vez. Es cada mirada robada, cada sentimiento reprimido, cada momento de anhelo que han soportado durante los últimos meses vertidos en este único gesto que sacude la tierra.

Durante un instante, Samantha se queda paralizada, con la mente tambaleándose por el repentino cambio de realidad. Luego, con un suave sonido mitad sollozo, mitad risa, se funde en el beso y levanta los brazos para rodear el cuello de Mike.

El mundo estalla a su alrededor. La multitud, momentáneamente aturdida por este acontecimiento inesperado, estalla en una cacofonía de vítores, jadeos y exclamaciones. Los flashes de las cámaras captan el momento para la posteridad.

Sobre el hielo, los compañeros de Mike titubean en su celebración, intercambiando miradas de sorpresa y asombro. En el palco de prensa, a Zoe Rodríguez se le cae el bolígrafo de los dedos, de repente sin fuerzas, y se queda boquiabierta ante la escena que se desarrolla a sus pies.

Y en el centro del hielo, ajenos al caos que han desatado, Samantha Merritt y Mike Donovan se aferran el uno al otro, perdidos en un momento que lleva semanas gestándose.

Cuando por fin se separan, sin aliento y enrojecidos, la realidad empieza a volver. Los ojos de Samantha se abren de par en par al contemplar la escena que les rodea, y el impacto de lo que han hecho se abate sobre ella como una ola.

La mano de Mike se acerca a su mejilla, atrayendo de nuevo su atención hacia él. Sus ojos buscan los de ella, con una mezcla de alegría y aprensión arremolinándose en sus profundidades.

"Sam", dice, con voz ronca y llena de emoción, "se acabó jugar con las reglas que nos separan. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos. ¿Qué me dices?"

Samantha le mira con el corazón palpitante. En ese momento, sabe que está ante el precipicio de una decisión monumental. Todo por lo que han trabajado, todos los sacrificios que han hecho, pende de un hilo.

Pero cuando mira a Mike a los ojos y ve en ellos amor y determinación, Samantha siente que la invade una sensación de claridad. Con una sonrisa que podría eclipsar al sol, le da su respuesta.

"Yo digo que empiece el juego".

El juego ha cambiado, irrevocablemente. Y mientras Samantha y Mike se presentan ante el mundo, sin avergonzarse de su amor y comprometidos con su profesión, es evidente que esta nueva era del hockey no ha hecho más que empezar.

Puede que haya sonado el pitido final del último partido, pero para Samantha, Mike y todo el mundo del hockey, un partido totalmente nuevo acaba de empezar.

También por Cassidy Berg

Navidad en Snow Falls

Complicaciones del Café de Navidad

Doble reserva

Más que un amigo invisible

Romance organizado

Demasiado tarde para el amor

Los 12 odios de la Navidad

Guardabosques Recluso

Mezcla de los 12 días de Navidad

Docena de fechas navideñas

Dos bichos navideños

Amor en Star Valley

Segunda oportunidad en el rancho

El conservador y la mixta

Otra oportunidad en el amor

Rumbo a casa

Chica Sundae

Corazones que curan

El camino hacia la eternidad

Amor en Jackson Hole

Desintoxicación digital

Refugio remoto

Love After Likes

Amor en Seattle

Volar hacia el amor
Te conocí en mi memoria
Tras las pistas del amor
Tono de dos corazones

Una petición rápida del autor.

Si te ha gustado este libro, ¿podrías dejar una reseña allí donde busques recomendaciones de libros? En un mundo ajetreado y abarrotado, siempre nos viene bien un poco más de "dulzura" en nuestras vidas.

Leo todas y cada una de las reseñas. Gracias por compartir mi mundo conmigo.

Hola lector,

Espero que hayas disfrutado de nuestro conmovedor viaje al amor, al encanto navideño y a los momentos más dulces de la vida en mi última novela romántica. Si te han cautivado los personajes, la magia navideña y la alegría de los dulces, ¡tengo una deliciosa sorpresa para ti!

Tengo un cofre del tesoro lleno de dulces novelas románticas esperando a que te sumerjas en ellas. Cada libro es una escapada especial al mundo del amor y el romance, donde cada página es una celebración de momentos tiernos y finales felices. Mis historias son perfectas para esas tardes acogedoras en las que quieres acurrucarte con un buen libro, junto a tus dulces navideños favoritos.

Pero aún hay más para ti. Al unirse a mi exclusiva lista de correo electrónico, usted tendrá acceso a:

- **Acceso anticipado:** Serás el primero en enterarte de mis próximos lanzamientos. Echa un vistazo a mis nuevas historias antes de que salgan a la venta.
- **Contenido exclusivo:** Disfruta de historias cortas especiales, capítulos extra y contenido exclusivo que no encontrarás en ningún otro sitio.
- **Dulces sorpresas:** Espere sorpresas ocasionales como recetas navideñas, recomendaciones de libros y mucho más para alegrarle el día.

Me encantaría darte la bienvenida a nuestra comunidad de entusiastas del romance y ofrecerte estas fantásticas ventajas. Para empezar, visite www.EntradaBooks.com y suscríbese a mi boletín. Considere esta su invitación para estar entre los primeros en experimentar el próximo romance conmovedor de mi parte.

Gracias por elegirme como fuente de dulces romances. Espero compartir muchas más historias llenas de amor contigo.

Saludos cordiales y feliz lectura,
Cassidy

Cassidy Berg

Cassidy Berg es una cautivadora y dulce autora romántica que teje conmovedoras historias de amor, magia navideña y la dulzura de la vida. Su pasión por todo lo relacionado con la Navidad y los dulces es evidente en cada página de sus encantadoras novelas, lo que la convierte en una figura muy querida en el mundo de la ficción romántica sana.

Los escritos de Cassidy están impregnados del encanto de la Navidad. Cassidy cree en el poder de las fiestas navideñas para reparar corazones, reavivar el amor perdido y crear nuevos comienzos. Las historias de Cassidy transportan a los lectores a mundos en los que reina la magia de la Navidad, ya sea en el acogedor ambiente navideño de un pequeño pueblo o en un bullicioso paisaje urbano adornado con luces centelleantes.